


Accessions
273,556.
Shelf No.
D.150b.112
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
FROM THE
Ticknor Fund.
Rec.d Jan. 29, 1880.





COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES,

RAROS Ó CURIOSOS.

TOMO DÉCIMOTERCERO.

VARIAS RELACIONES

DEL

PERÚ Y CHILE

Y

CONQUISTA DE LA ISLA DE SANTA CATALINA,

1535 Á 1658

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

calle de Campomanes, 8

1879



ADVERTENCIA.

Con este volúmen damos principio á la publicacion de una serie de Relaciones, que, inéditas unas, impresas otras y todas rarísimas, son muy importantes para los que se ocupan del estudio de nuestra historia patria.

Las que hoy salen á luz se refieren todas á sucesos ocurridos en América, y ocupa el primer lugar, además de por su fecha por su importancia, la del Sitio del Cuzco y principio de las guerras civiles del Perú hasta la muerte de Diego de Almagro. *Existe el manuscrito de donde la hemos copiado en la Biblioteca Nacional, sala de Manuscritos, J.* 130, *en un tomo en* 4.°. *de*

letra al parecer del siglo XVI *y consta de* 137 *folios, mas dos blancos al fin, sin que en ninguno de ellos ni al final aparezca el nombre del autor; lo cual demuestra que es una copia, que tampoco hemos podido confrontar con el original por no saber dónde se encuentra, si es que todavía se conserva, ni tenemos noticia de que se haya impreso.*

No hemos sido más afortunados en cuanto á poder dar á conocer á nuestros lectores el nombre del autor de la Relacion, que segun de la misma se desprende era acérrimo partidario de los Pizarros, y con objeto de predisponer en favor de ellos el ánimo del Emperador, dirige á éste lo que pudiéra llamarse hábil é intencionada defensa.

Sigue á esta Relacion otra no ménos importante y áun todavía más curiosa, por referirse á otra rebelion acaecida tambien en el Perú y ménos conocida que la anterior. En efecto, muchos y muy importantes documentos se han publicado en nuestros dias res-

pecto á la rebelion de los Pizarros (1) *que puso en peligro la dominacion de los Reyes de España sobre aquellas lejanas comarcas; pero poquísimos conocemos de la que llevó á cabo Francisco Hernandez Giron* (2) *y tuvo tambien grande importancia. Á ella se refiere la que damos hoy á luz copiándola de la manuscrita que poseemos; segun el carácter de letra es anterior á la de los Pizarros, y nos parece escrita á raíz de los sucesos que refiere; tampoco sabemos si llegó á imprimirse alguna vez ni quién fué su autor.*

Las otras tres con que se completa este volúmen han sido todas impresas; pero además de su rareza se refieren á hechos poco conocidos y estudiados,

---

(1) Especialmente en la *Coleccion de Documentos Inéditos para la Historia de España* que publicamos.

(2) Nuestro buen amigo el Sr. D. Pascual de Gayángos, posee una Relacion impresa sobre el rebelion de Francisco Hernandez Giron; confrontada con la nuestra es distinta y mucho más breve y concisa.

como son las paces con los Araucanos, y la conquista de la isla de Santa Catalina.

Nuestro propósito es que á las Relaciones que hoy se publican sigan otras de Flandes, África, Italia, Alemania, Asia y Oceanía, llegando con el tiempo, si nuestros deseos se realizan, á formar una coleccion de ellas, cual no es probable se encuentre reunida en ninguna Biblioteca pública ni particular.

F. del V. S. R.

RELACION

DEL

SITIO DEL CUZCO

Y PRINCIPIO DE LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ
HASTA LA MUERTE DE DIEGO DE ALMAGRO,

1535 Á 1539.

Biblioteca Nacional, sala de Ms., J. 130.



S. C. C. M.

Porque por experiencia se ha visto, de estas partes no informar los hombres á su Príncipe, sino de lo que más hace á su caso, por cuya informacion incierta podria ser el juicio de V. M. no conformarse con su católico propósito, he tomado atrevimiento, con celo de verdadero vasallo, por no dar lugar á falsas opiniones, para representar lo que en estos reinos ha sucedido despues que el Inga, principal señor entre los naturales, se rebeló; porque somos por la mayor parte como los tahures, que porfiamos lo que á nuestro propósito hace más al caso, para que por lo que yo dijere alguno se justifique más, porque en parte se conozca quién está más justificado. Porque, como testigo de vista, desde que los naturales se rebelaron hasta el dia de hoy, puedo hacer relacion, con protestacion, que ninguna ma-

nera de aficion me haga salir del quicio de la verdad.

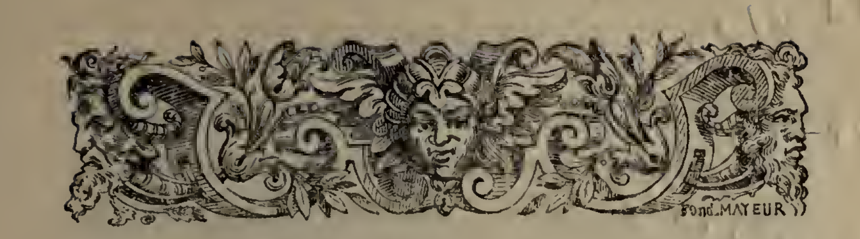
Escribo desde que el Inga se alzó, que de allí tomó principio el merescer de cada uno; V. M., como Rey y señor, puede con la clemencia templar el rigor de la justicia, aunque vea muestras de mayor culpa, porque cosas hay que los principios dellas disculpan los sucesos, por grandes que sean, de cosas que con la poca razon de comenzallas, aunque ménos recias, se hacen más dignas de castigo.

Suplico á V. M. perdone mi atrevimiento, porque las subcedidas, siendo tan árduas, las quise sumar en la brevedad de mi juicio, para dar cuenta dellas á V. M., á quien todos la debemos dar, y es bien que la resciba, no como paresce el gasto, que sería grande el alcance, mas con la fuerza y necesidad de hacerlo se disimule la ejecucion de la paga, porque desta manera los que os han sido servidores con fundamento dellas queden satisfechos, y los que por el contrario, castigados; porque, en ley de buen conocimiento, harta punicion y castigo es perdonar al que erró. En cuya católica clemencia confio en nombre de todos, pues la misericordia, como digo, pone más arrepentimiento en el culpado, y propósito y nueva obliga-

cion para hacer mayores servicios, que el que no lo fué; así que, debajo destas condiciones, por parte de ambas partes se tomen... (1).

E oso decillo así, porque en tal caso no ha de hallar en mí un punto ni una sílaba que toque en perjuicio, la una más que la otra, aunque en seguir la razon en servicio de V. M. me abrace con quien me pareció más amigo de seguille y tenelle. Á quien humilmente suplico al tiempo que estas nuevas oyere, la súpita alteracion halle lugar en el pecho, pues para muy mayores casos lo ha tenido y tiene, hasta que se conozca por el fiel á donde cargó más la balanza; porque no se haga mayor cargo al que por ventura debe ménos.

(1) La última palabra no se entiende.



Al tiempo que Hernando Pizarro venía á esta ciudad, con propósito que los vecinos della hiciesen servicio á V. M., como ya en la ciudad de Los Reyes quedaba hecho, habíanle escrito al Gobernador, que el Inga, principal señor entre los naturales, estaba preso por sospecha que dél se tuvo de querer alzarse, para que viese lo que era bien hacerse sobre ello. El Gobernador respondió que Hernando Pizarro venía ya de camino, que, llegado, él haría lo que le paresciese ser más servicio de V. M., porque él traia poderes muy bastantes para todo.

Despues que allí llegó, halló no estar en la ciudad Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, que eran idos á castigar ciertos caciques que se habian alzado y muerto un español, hallando ya el Inga puesto en su libertad, á quien encareció mucho cuanto debia al servicio de V. M., porque

una de las cosas más principales que en esta jornada mandó, fué entender en su buen tratamiento, favoreciéndole en su real nombre, de que el Inga se mostraba estar tan favorecido y contento, que no se sospechaba dél ninguna ruin voluntad ni propósito. Hernando Pizarro, venido Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, habló en el Cabildo cuánto convenía que los vecinos hiciesen á V. M. algun servicio, pues estaban tan aprovechados de la tierra, y la Real hacienda tan gastada con las guerras del turco y franceses; desto se resabiaron muchos, y en tanta manera que decian él haber ordenado de sí mismo este servicio por hacelles mal, á cuya causa quedó mal quisto de algunos, como V. M. adelante verá.

Estando entendiendo en la fundicion, vino nueva que el Collao estaba alzado, y los indios habian muerto ciertos españoles que estaban en las minas, y que Villahoma, un indio muy principal á quien tienen ellos en la veneracion que nosotros tenemos al Papa, era vuelto de la jornada del Adelantado D. Diego de Almagro, con quien iba, y estaba por Capitan de la gente de guerra. Hernando Pizarro preguntó al Inga si sabia ser esto así; el cual dijo, que era verdad quel Collao estaba

alzado, que él queria ir á conquistarlo, yendo su misma persona del dicho Hernando Pizarro con él y no otro Capitan, y que Villahoma era cierto haberse tornado, mas que no estaba con los indios de guerra, ni fué en hacellos alzar, sino que por los malos tratamientos que les hicieron las gentes del Adelantado D. Diego de Almagro, se habian alzado, y que Villahoma se volvió porque así mesmo le trataban mal y le querian llevar en una cadena, como llevaban á Paulo que es hermano del mismo Inga.

A este tiempo se publicó entre los españoles que este Paulo se soltó al Adelantado, y que estaba aquí escondido. Desto rescibió la Ciudad muy gran alboroto, requiriendo á Hernando Pizarro prendiese al Inga, porque sin duda ninguna tenía á su hermano escondido, que si era así, era muy claro indicio de se querer alzar. El Inga respondió á esto que se lo levantaban, porque en su voluntad jamás habia errado, que si Paulo fuera venido no habia causa ninguna para escondelle, que él queria enviar á llamar á Villahoma para que todos perdiesen la sospecha y se conosciese su intencion. Hernando Pizarro le dijo que lo hiciese, porque los españoles conosciesen estar

muy engañados en lo que dél sospechaban, dándole joyas que habia traido de España, regalándole y contentándole en todo lo que podia; de que el Inga se mostraba estar tan contento, que por ninguna vía se podia sospechar dél mal propósito ninguno. El cual pidió licencia á Hernando Pizarro para salir á rescibir á Villahoma; él se la dió, y ambos á dos se vinieron á las casas del Sol, adonde Villahoma viniendo enojado de los españoles que iban á Chile, le aconsejó que se alzase y no dejase español á vida. Acordado todo esto vinieron todos juntos á ver á Hernando Pizarro, á los cuales rescibió mostrando mucho contento con Villahoma; el Inga lo llevó á sus aposentos, y de ahí á dos dias vinieron con muchos principales á pedir licencia para ir á una jornada de aquí á un valle que se dice Yucay, para celebrar ciertas ceremonias á Guainacaba, su padre, que estaba allí enterrado y tenía por costumbre de hacerlas cada año. Tomada la licencia, partiéronse miércoles á 18 de Abril, llevando consigo á Villahoma y dejando algunos indios principales que entre los españoles eran tenidos por sospechosos, para con ménos sospecha hacer lo que tenían determinado.

De ahí á dos dias que de aquí partieron,

vino un español, que á la sazon estaba fuera del pueblo, á avisar á Hernando Pizarro como el Inga iba camino de Lares, que es un pueblo quince leguas de la ciudad, tierra muy fragosa, á cuya causa creia sin duda ninguna que iba alzado, aunque le dijo ir á sacar cierto oro que sabia estar ascondido en aquella parte. Hernando Pizarro, estando dél muy confiado, no dió del todo crédito á ninguna cosa, ántes, por mostrar más confianza, le envió á decir con indios que se diese toda la priesa que pudiese porque ya sabia que habian de ir á castigar los indios caciques que se andaban alzados en el Collao. El cual, no haciendo caso de esto, hizo una cosa digna de hacer memoria della, y fué que, estando juntos muchos caciques y personas entre ellos señaladas, mandó traer delante sí dos vasos muy grandes de oro, llenos de brebaje de maíz que entre ellos se bebe, y dijo: «Yo estoy determinado de no dejar cristiano á vida en toda la tierra, y para esto quiero primero poner cerco en el Cuzco; quien de vosotros pensare servirme en esto ha de poner sobre tal caso la vida; beba por estos vasos y no con otra condicion.» Muchos Capitanes, y entre ellos otras personas principales, se levantaron á beber debajo de la postura,

que la cumplieron como V. M. adelante verá.

Sábado, víspera de Pascua de flores, fué Hernando Pizarro avisado por cosa muy cierta que el Inga estaba alzado con muy dañado propósito; sabido esto se declaró con el pueblo diciendo las malas nuevas que del Inga tenían, y con los de más razon y experiencia comunicó lo que para el remedio del daño que se esperaba era mejor hacer, y acordó de salir con gente de pié y de caballo en su seguimiento, ántes que tuviese lugar para hacerse poderoso. Luégo, otro dia, salió Hernando Pizarro con mucha gente, y como llegó á Yucay y se informó adonde estaba el Inga no podian ir á caballo, envió treinta peones que fuesen á dar en él; los cuales fueron, y considerando que por la dispusicion de la tierra ser muy mala, por ser en la sierra, podrian los indios desbaratarlos, fué con toda la gente que allí tenía en su seguimiento, yendo todo lo más del camino á pié y los caballos del diestro, por no poder caminar á caballo: el cual halló la gente con tanta desórden, que á no socorrellos los mataran á todos. É como sin riesgo muy conoscido, por la dispusicion del sitio adonde estaban, no podian allegar á él, acordó que, así por

esta causa como por hacer mensajeros al Gobernador haciéndole saber lo que pasaba, era razon retirarse, lo hizo así enviándole las cartas con indios amigos.

En este comedio, habia venido un vecino á pedir licencia á Juan Pizarro, que quedó en la ciudad, para ir á unos pueblos suyos de donde se le vinieron á quejar sus caciques, diciendo que gente de guerra los destruia y robaba, adonde fueron tres españoles y los mataron, porque todo era con cautela de indios; de los españoles, que escaparon algunos, se supo la traicion. Juan Pizarro salió á socorrellos, y hallando rastro de los muertos y la tierra tan fragosa que era forzado entrar á pié, paresciéndole, con la gente que llevaba, que era muy poca, no podia dejar de dar más cebo á los indios, se volvió. En este mismo tiempo fué Gonzalo Pizarro hácia la provincia del Collao, una jornada de aquí, adonde halló tantos indios de guerra, que no pudo hacer cosa ninguna; todos tres hermanos llegaron á un tiempo á esta ciudad. Luégo, otro dia, se supo como en Yucay habia mucha gente de guerra, y creyendo estar allí el Inga, dijo Hernando Pizarro á Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro fuesen á dar en él; los cuales fueron, y ántes que llegasen al rio que

pasa por medio del valle, les tenían quebradas las puentes, y no tuvieron otro remedio sino echarse con los caballos al agua. Los indios por defendelles el paso, y ellos por pasar, fué cosa muy de ver cuán bien lo hicieron los españoles, porque ganándoles el rio, mataron muchos dellos, poniéndose todos en huida.

Estando en esto, vinieron grandísimo número de indios sobre la ciudad, los cuales se pusieron en tierra muy fragosa, porque toda la más es ansí; Hernando Pizarro mandó dividir la gente en dos partes; la una, con un Capitan, para que diese en ellos por las espaldas, y con la otra dió él por la parte de la ciudad, con tanta priesa y determinacion, que los indios desmayaron de tal manera que todos huyeron. Hernando Pizarro, paresciéndole que era bien en los principios ejecutar para poner escarmiento en lo adelante, fué corriendo el alcance, hiriendo y matando en ellos, bien dos leguas; aquí murió un español que se desmandó de los demas. Vueltos á la ciudad, vino luégo Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro. El dia siguiente, paresciendo sobre ella grandísimo número de indios por todas cuatro provincias (porque está fundada de manera que las divide todas cuatro, que son

la provincia de Chinchasuyo, Collasuyo, Condesuyo y Andasuyo, y de todas vienen á dar en este pueblo), Hernando Pizarro, acordó, con todos los españoles juntos, dar en una sierra fragosa, adonde estaba la gobernacion de Condesuyo; los indios lo esperaron al pié della, adonde tenían hecha una albarrada junto al rio. Hernando Pizarro y sus hermanos acometieron, con todos los demas, con tanto denuedo, que por mucho que hicieron los indios, no pudieron tanto que pudiesen defender el albarrada, porque arremetió Hernando Pizarro, y llegó hasta dar con los pechos del caballo en el albarrada, que era toda de piedra seca, y hizo camino por do todos pasaron; los indios se comenzaron á mejorar en la sierra echando piedras grandes puestas á mano desde lo alto, mas todo les valió poco, porque Hernando Pizarro y los que le seguian les dieron tanta priesa, que les ganaron todo lo alto. Pusiéronse en huida, yendo siguiendo el alcance bien tres leguas, adonde se perdió de todos Juan Pizarro con tres ó cuatro de á caballo; Gonzalo Pizarro lo halló ménos, y temia lo matasen, porque bien vió que iba sólo. Se dió priesa á ganar un paso malo donde los indios lo habian de esperar, y si él no le

tomara primero, no pudiera dejar de perderse.

Luégo, otro dia, salió Gonzalo Pizarro á hacer guarda hácia la provincia del Collao, adonde fué acometido de tanta gente, que cercándole por todas partes, le pusieron en mucho estrecho; siendo Hernando Pizarro dello avisado, salió á socorrelle, y Juan Pizarro con él, con alguna gente de caballo que los siguió. Los indios los esperaron en el llano, donde fué cosa muy de ver la escaramuza que anduvo, porque Hernando Pizarro rompió por uno dellos que era de los que peleaban con hondas y lanzas, y Juan Pizarro dió en el otro que era de flecheros, adonde le mataron el caballo, y se vió en mucho peligro, y murieron otros dos ó tres caballos. Viendo Gonzalo Pizarro el buen socorro, dió tanta priesa á los enemigos, que, volviendo las espaldas, se pusieron en huida. Del escuadron de Hernando Pizarro murió un español que se desmandó, de los indios murieron muchos. Otro dia salieron Juan y Gonzalo Pizarro á desbaratar un escuadron de gente que se mostró en un cerro á la parte de Chinchasuyo; como se llegaron cerca los españoles, los indios comenzaron á huir, hasta metelles en una celada de veinte mil indios, los cua-

les salieron á ellos con tan gran ímpetu y denuedo, que los pusieron en demasiada necesidad, porque la tierra es tan áspera, que los caballos no podian hacer cosa ninguna; á cuya causa, por mucho que Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro hicieron, no pudieron tanto que, á mal de su grado, con la mayor órden que pudieron, no viniesen á espaldas vueltas retirándose á la ciudad. Los indios los venían siguiendo dándoles tanta priesa, que por el buen ánimo y órden de los españoles caudillos, no se perdieron.

Entretanto que esto pasaba, los indios amigos, que estaban en la fortaleza, escaramuzaban con los contrarios á la parte della, defendiéndoles la ladera; mas como el número de los enemigos era grandísimo, tomáronles lo alto de la cuesta y desampararon la fortaleza, viniendo huyendo por la ladera que está á esta parte de la ciudad. Hernando Pizarro, como lo vió, á mucha priesa tomó un caballo y salió en socorro de los amigos, algunos españoles que se hallaron prestos lo siguieron; el cual se dió tanta priesa y tan buena maña, que hiriendo y matando en ellos, les hizo volver las espaldas, ganándoles todas las plazas que están adelante de la muralla. Adonde ver la priesa que

con ellos traia, fué cosa muy de ver, porque fué tanta, que no lo pudiendo el caballo sufrir, le cansó de manera que poco ni mucho no le podia mover; luégo fué socorrido con una yegua y acometió los indios de nuevo, juntamente con los españoles que con él se hallaron, que, matando y alanceando muchos, les hicieron del todo volver las espaldas. Hernando Pizarro fué siguiendo el alcance tan delantero de todos que le perdieron de vista, adonde se presume que su demasiado ánimo fué parte y el todo para salir con la vida, porque como los enemigos reconoscieron que iba sólo revolviéronse sobre él, adonde le mataran sin duda ninguna sino fuera por lo que digo, tornando á juntarse con los cristianos, escaramuzando con los indios. Ciento dellos se hicieron fuertes en un alto adonde los caballos no podian subir ni pelear, y los indios se defendian muy bien, con piedras grandes echadas á mano y piedras de hondas, favoreciéndose mucho, viendo que los españoles no les podian perjudicar; Hernando Pizarro, muy enojado de vellos en soberbia, pareciéndole que si de allí no los echaba sería dejallos con demasiado atrevimiento, mandó á personas particulares, hombres sueltos y de buenos

ánimos, que se apeasen y los echasen de allí, los cuales subieron con tanto trabajo y peligro, de la infinidad de piedras que venían por el cerro abajo, que no parescia sino que, milagrosamente, Dios peleaba por ellos, porque sin morir un hombre todos los indios murieron sin dejar uno á vida; adonde los indios amigos se cebaron de manera que se esforzaron y cobraron ánimo para lo de adelante.

Vuelto á esta ciudad con esta victoria, halló ya ser venido Juan Pizarro, el cual venía herido, y, aunque entónces se tuvo en poco la herida, fué causa y principio de su muerte, por lo que despues sucedió. Hernando Pizarro le dijo que le parescia que sería bien poner guardas en la fortaleza, porque ganándola los indios no serian despues parte para tornársela á ganar, y sería poner la ciudad en mucho trabajo por estar más alta la fortaleza, de adonde los indios serían más poderosos y los tendrian allí por padrastro. Juan Pizarro le respondió que no tenía por inconveniente que la ganasen, porque todas las veces que fuese menester ganarla se la tomaria con veinte de caballo, porque hacer otra cosa era dividir la gente, lo cual no se sufria siendo tan poca. Este mismo dia mandó Hernando Pizarro que de toda la

gente de caballo hiciesen tres compañías, encomendándolas á Gonzalo Pizarro y á otros dos Capitanes; no se hallaron más de noventa de caballo sin los Capitanes, cada una de treinta, repartiéndolos la ciudad en tres cuarteles. A Gonzalo Pizarro dió la guarda á la parte de la fortaleza y de la provincia de Chinchasuyo y Condesuyo, y al otro Capitan la parte del Collao, de los Canes, de los Canches y de Tambo, y al otro Capitan la parte de Andasuyo y Collasuyo; á los peones no se les dió cuartel por ser muy pocos, y porque los indios hacían muy poca cuenta dellos.

Otro dia, sábado, dia de San Juan Ante-Portam-Latinam, amanesció tomada la fortaleza y por todas las provincias y partes que he dicho cercada la ciudad, dividida toda la gente en nueve partes; en que habia escuadron de veinte mil indios, y de doce mil y diez mil, que por todos, segun despues se averiguó, eran cien mil indios de guerra y ochenta mil de servicio. Luégo, á la parte de la fortaleza, pusieron fuego á las casas que estaban en la ladera, y así como se iban quemando venían ganando tierra, haciendo por las calles albarradas y cavas. Acaeció este dia hacer muy gran viento, y,

como los altos eran de paja, en un punto no parescia sino que toda la ciudad era una llama de fuego, adonde era tan grande la grita de los indios, y el humo tan espeso que no se veian ni oian los unos á los òtros. Cada Capitan tenía cargo de su cuartel, adonde era tanta la priesa que los indios les daban que nò se podian valer, ni dar á manos; Hernando Pizarro andaba con mucha priesa favoresciendo á donde veia la mayor necesidad. Los indios se favorescian en tanta manera, pensando ser ya todo hecho, que con grandísima determinacion se metian por las calles y peleaban mano á mano con los españoles.

Pareciéndole á Hernando Pizarro que segun el estrecho en que estaba era menester de usar de algun ardid, para que los españoles no desmayasen y los enemigos no cobrasen mayor esfuerzo, sacó de las compañías hasta veinte de á caballo, y con ellos salió hácia la parte de Condesuyo, dando en los indios con tanto esfuerzo, que hiriendo y matando en ellos los llevó hasta las quebradas que se hacen á la sierra, adonde se rehicieron, y pasó gran parte del dia que no se conosció mejoría de los unos á los otros. Viendo esto Hernando Pizarro y pareciéndole que en la ciudad habria nescesidad, segun el es-

tado en que la dejó, mandó retirar á los españoles; los indios le vinieron siguiendo hasta lo llano, y como allí los vió Hernando Pizarro, dió la vuelta sobre ellos y escarmentólos de tal manera, que en todo aquel dia no osaron salir de su sitio. Aquí perdió un español el caballo por apearse en un mal paso. Este dia y los otros siguientes siempre ardia la ciudad, y la gente de guerra se ensoberbecia, pareciéndoles que ya los españoles no eran parte para defenderse.

Villahoma, que era el caudillo y Capitan general, tuvo cuidado de ganar la fortaleza apoderándose en ella, paresciéndole que como la tuviese la ciudad estaba sin resistencia. El Inga en todo este tiempo estaba tres leguas de aquí haciendo proveer de gente para el combate. Como las casas fueron del todo quemadas, los indios podian andar por encima de las paredes, que, como con los caballos no los podian ofender, andaban muy á su salvo; de manera que de dia ni de noche los cristianos no descansaban, porque en anocheciendo salian á derribar paredes para desocupar el campo, y deshacer albarradas y cegar oyos y cavas muy grandes, y romper acequias por donde los enemigos traian agua para encharcar las tierras, porque los

caballos no pudiesen salir al campo, luégo, en amaneciendo hasta que anochecía, tornaban á pelear. Y en este tiempo Hernando Pizarro, pasados seis dias de trabajo y peligro, en fin de los cuales los enemigos estaban apoderados casi de toda la ciudad, porque los españoles no tenían ni poseian más de la plaza con algunas casas á cercuito, múchas personas particulares mostraban ya mucha flaqueza, los cuales aconsejaban á Hernando Pizarro que desamparase la ciudad y se buscase camino para salvar las vidas. Hernando Pizarro sonrriéndose, el rostro alegre, les respondió: «No sé yo señores cómo quereis poner eso por obra, porque á mí no me viene ni ha venido temor alguno.» De vergüenza destas palabras no osaban declarar sus propósitos; otros muy á la clara hacían corrillos. Hernando Pizarro disimuló con ellos todo aquel dia, y en siendo de noche mandó llamar á Juan Pizarro y á Gonzalo Pizarro, y á todas las otras personas de quien se hacía cuenta, y, estando juntos, pareciéndole que si disimulaba más con ellos podria ser que se le desvergonzasen para dejalle la ciudad, el rostro sereno, no mostrando punto de temor, viendo en la confusion que todos estaban, les habló desta manera:

«Heos, señores, pedido por merced que os juntásedes para hablar á todos juntos, paresciéndome que los indios cada dia se nos desvergüenzan más, y creo que lo causa el encogimiento y tibieza que en algunos han conoscido, que no es poco claramente decir que desamparemos el pueblo; porque si vos, Juan Pizarro, tal voto diésedes, paresceria que tuvistes ánimo para defendello á Almagro cuando se quiso alzar, y que para con los indios, que no le tuvieron respeto os falta; y á vos, Tesorero, os paresceria muy feo hablar en tal cosa, pues teneis á cargo los reales quintos, y sois obligado á dar cuenta dellos con la mesma obligacion como tiene el Alcalde á dar cuenta de su fortaleza; y vosotros, señores Alcaldes y Regidores, no es razon que al pueblo que teneis encomendado para administrar en él justicia le hagais tan grande sin razon que le entregueis y dejeis en mano de los tiranos, porque mal contado me sería á mí que la tierra que D. Francisco Pizarro, mi hermano, tiene conquistada y poblada, se diga que por ninguna manera de temor Hernando Pizarro la desamparaba. Porque quien tuviere conoscimiento claramente verá que, conosciendo los indios flaqueza, es acrecentar en ellos el ánimo. En ser-

vicio de Dios y del Rey, sustentando vuestras casas y haciendas, morís; ved si son prendas que por desamparallas era bien buscar el peligro que tenemos, cuanto más huille, no piense ninguno en tal cosa, porque ya que lo querais poner por obra, ha de ser dejándome sólo, adonde con la vida pagaré la deuda que me puso obligacion de hacer lo que digo, que no quiera Dios que se diga que otro ganó el pueblo y que yo le perdí. Esforcémonos todos con la razon que tenemos de pelear, y no sentiremos el peligro, porque ya sabeis que con el esfuerzo se alcanza lo que parece imposible, y sin él lo fácil se hace dificultoso. Esta es mi voluntad; suplícoos que la de todos se conforme con ella, porque, con division, clara cosa es perdernos sin enemigo.»

A todos les paresció estas palabras de hombre valeroso, y á una le respondieron que, pues á él así le parecia, que, como á persona que á todo tenía experiencia, diese el remedio, porque todos estaban aparejados á ponello luégo por la obra. Hernando Pizarro, agradeciéndoselo mucho, dijo: «Ya veis como toda la gente está cansada y desvelada, los caballos flacos y muy fatigados, la fortaleza en poder del enemigo, de donde recibimos

todo el daño, porque ella les hace espaldas para metérsenos en el pueblo, á cuya causa tienen tanto atrevimiento, que, segun el estado en que estamos, conservarse el pueblo dos dias es imposible pues ya no tenemos ni poseemos más de la plaza; así que es necesario perder todos las vidas ó ganar la fortaleza, porque ganándola se asegura el pueblo, y de otra manera sería perderse, y para esto es menester que yo vaya luégo de mañana á tomalla, con toda la más gente de á caballo que estuvieren más á punto.» Todos respondieron que era muy bien, que los de caballo estaban aparejados á morir con él, ó salir con ello. Viendo Juan Pizarro lo que estaba determinado, paresciéndole así muy bien, dijo: «Por mi causa se dejó de poner guardas en ella, y á esta causa dije, que todas las veces que fuese menester la tomaria, y pues es así, mal paresceria que aquello á que yo me obligué, siendo vivo me sacase nadie de la deuda.» Y pidió á Hernando Pizarro le mandase dar gente para ir á allá, habiéndolo él por bueno. Hernando Pizarro le dijo que fuese, y que holgaba dello, y Juan Pizarro dijo que lo tuviese por bien quedando su persona en el pueblo, pues era bien menester, que él en todo caso queria hacer

aquella jornada; luégo se apercibió para ello con cincuenta de á caballo, apercibiéndose asimismo Gonzalo Pizarro y otro Capitan, Hernando Ponce.

Otro dia, por la mañana, puestos á punto los que habian de ir, Hernando Pizarro avisó á Juan Pizarro que fuese por el camino real que va á la ciudad de Los Reyes, y que se alejase obra de una legua, porque, aunque la fortaleza está muy cerca, eran tantas las cavas y albarradas que tenían hechas los indios, que era imposible ir allá sino arrodeando á tomalla por las espaldas. Estando en la plaza Hernando Pizarro ordenando esto, abajaban indios á tomar una fuerza que se habia hecho para reparo de la misma plaza, porque de allí se sojuzgaba toda, y dos hombres que la guardaban habíanse dormido, por donde la gente de guerra, ántes que pudiesen ser socorridos, se apoderaron della. Hernando Pizarro, como lo vió, mandó á mucha priesa á hombres sueltos de á pié que allí se hallaron, que fuesen á ganalla, los cuales fueron y lo hicieron con tan buena diligencia que echaron della á los indios. Hecho esto, mandó Hernando Pizarro juntar toda la gente de pié y de caballo para ganar una albarrada muy fuerte que tenían hecha los

indios junto al pueblo, en el camino, para que no pudiesen salir los españoles al campo; estaba para defendella toda la guarnicion de Chinchasuyo que eran bien veinte mil hombres, y fué menester ir toda la gente para poder salir con ello: é hobo lugar de desamparar el pueblo, siendo tan cerca lo que iban á hacer, porque como era de mañana no era bajada toda la gente de sus cuarteles. Como los españoles salieron así juntos, los indios decian á grandes voces: «Ya aquellos cristianos que tienen los caballos buenos, se van huyendo, y estos que quedan son los dolientes, dejémoslos alejar y matallos hemos á todos.»

Juan Pizarro llegó á combatir el albarrada adonde halló muy grande resistencia; mas no pudieron tanto hacer los indios, por muchos que eran, que no se la ganasen pasando los cincuenta de á caballo adelante, volviéndose los demas á la ciudad. Del cuartel junto á la fortaleza abajó un escuadron á pelear; Hernando Pizarro salió á él con los que con él estaban haciéndole tornar á retirar á su sitio, porque como áun todas las otras guarniciones no habian venido, no se atrevia aquel escuadron sólo á resistille. Juan Pizarro fué su camino dando la vuelta sobre

la mano derecha, y tomando el camino por lo alto de las lomas, vino ganándolas á los enemigos y escaramuzando con ellos hasta que se puso junto á las plazas que estaban adelante la misma fuerza; los indios que estaban en el comedio della y de la ciudad, muchos dellos se metieron dentro, y otros se pasaron á partes más fuertes, y como por esta causa dejaron desembarazado el camino, pudo Hernando Pizarro enviar mensajeros á Juan Pizarro, enviándole todos los peones é indios amigos, avisándole que en ninguna manera se determinase á combatir hasta la noche, porque los contrarios eran muchos y estaban hechos fuertes, que no podian ganar honra con ellos; enviándole asimismo á avisar que él no pelease, porque, como por la herida que habia sacado de la escaramuza de Chinchasuyo no podia ponerse celada, sería muy grande desatino entrar sin ella á pelear. Los españoles les mostraron hacer noche con mucha disimulacion; los indios á esta causa estuvieron con algun descuido, hasta que paresciéndole á Juan Pizarro que era tiempo, mandó acometellos y que tomasen unas plazas cercadas que tenía la fortaleza delante. Gonzalo Pizarro, con toda la gente de un tropel, comenzó á combatillos; como los indios

los vieron subir, vinieron grandísima infinidad dellos defendiéndolas, mostrando tanta resistencia, que, aunque Gonzalo Pizarro hacía todo lo que podia por salir con su propósito, los españoles comenzaron á aflojar; Juan Pizarro, no lo pudiendo sufrir, arremetió á favorecellos, y como era coyuntura adonde se aventuraba mucho, animando los españoles él y Gonzalo Pizarro delante de todos con los demas Capitanes, á pesar de los enemigos, les ganaron las plazas, metiéndose á vueltas de ellos por ellas, llegando hasta el cuerpo de la fortaleza; y queriendo Juan Pizarro conseguir la victoria con entrar dentro y tomalla del todo, arremetió á la puerta, la cual era de esta manera: desde la puerta del muro salian de una parte y de otra unos paredones hasta hacer otra puerta adelante, y estos cubiertos por cima, y allí hicieron cava ahondando todo lo cubierto los indios, los cuales, como iban huyendo cayeron unos sobre otros en tanta manera que cegaron con sus mismos cuerpos lo que habian hecho sus manos, donde le hirieron, de una pedrada á mano, echada de lo alto, en la cabeza, con tanta fuerza que como por lo que ya dije venía sin celada, dieron sin ningun sentido con él en el suelo. Gonzalo Pizarro hizo todo lo

que pudo, mas no le valió nada porque los cristianos aflojaban cada hora más, paresciéndoles ser imposible ganar la fuerza por la mucha gente que estaba dentro, la cual era tanta, que por no caber ni poderse revolver cayeron en la cava ya dicha; á Juan Pizarro abajaron al pueblo. Hernando Pizarro, presumiendo la necesidad que podria haber arriba por la falta de su hermano, luégo subió esa noche aunque se lo quisieron estorbar, y mandó que por entónces cesase el combate hasta que otro dia se mirase bien por dónde sería mejor acometello. Otro dia de mañana, Hernando Pizarro la rodeó mirando bien si tenía alguna entrada, y vió que por todas las partes estaba cercada de muro muy alto, é paresciéndole que sin escalas era por demas pensalla tomar, todo aquel dia hasta bien tarde no se entendia en otra cosa sino en hacellas.

Gonzalo Pizarro y el otro Capitan, en todo el tiempo que en esto se entendia, con la gente de caballo andaban con mucho trabajo estorbando á los contrarios viniesen á socorrer los cercados, porque á grandes voces y con señas hablaban y llamaban á capitanes particulares porque viniesen á socorrellos, los cuales venían y trabajaban por tomar á Gonzalo Pizarro

lo alto, el cual se defendia muy bien; en esto se trabajó mucho, porque venía mucha gente de guerra á socorrellos. Hernando Pizarro, conociendo que la vida de todos y el seguro destos reinos estaba en que se tomase la fortaleza, con celo de buen capitan, era cosa muy de ver lo que trabajaba socorriendo á unas partes y á otras, á las flaquezas de algunos socorriendo con gente de refresco, y á otras con su persona y esfuerzo animando y peleando; era tanta la revuelta y gritos que todos traian, andando muy mezclados, por no perder aquel alto que tenían ganado, que no parescia sino que todo el mundo estaba allí revuelto. Como el Inga supo el estado en que estaba la fortaleza, á mucha priesa envió á socorrella con cinco mil hombres, gente muy lucida; con este socorro se vieron los españoles en mucho aprieto, porque como llegaron de refresco, acometieron determinadamente. Como toda la gente sobrevenía á socorrer á Villahoma, que estaba en la fortaleza, á la ciudad no le daban tanta priesa, porque como vieron los indios á los otros cuarteles la furia que andaba en la fortaleza, no apretaban tanto á la ciudad, aunque hubo algunas escaramuzas, y tambien porque la mejor gente estaba peleando con la gente de caballo

al socorro de la fortaleza, porque á dársela, segun que arriba tenían en que entender, viéranse en demasiado peligro.

Acabadas que fueron las escalas de hacer, Hernando Pizarro y la gente de pié comenzaron el combate, á vísperas, con tanta priesa y denuedo, que Villahoma, pareciéndole que aquella era determinacion que no podia dejar de llegar al cabo, determina de huir; comunicándolo con algunas personas particulares, saltaron á la parte del rio por unos terrados tan encubiertos que no fueron vistos, porque como hacia aquella parte, que es la del río, es tierra muy agra no lo pudieron ver los españoles. Tomando ellos la quebrada del rio, fueron por ella muy encubiertos que no fueron sentidos; los cuales recogieron la gente de Chinchasuyo y se fueron do estaba el Inga, el cual estaba tres leguas de ahí, proveyendo lo necesario para el combate, y como supo lo mal que lo pasaban los suyos, estuvo con tanto coraje que se queria morir, porque Villahoma llegó á él otro dia adelante, despues que huyó, y le dijo lo que pasaba. En la fortaleza quedó un Capitan muy estimado entre ellos, que era uno de los que bebieron por los vasos que he dicho, y con él estaban los demas que

pasaron debajo de aquella condicion que he dicho que puso el Inga, los cuales pelearon aquel dia y toda la noche, adonde Hernando Pizarro trabajó tanto porque los españoles no aflojasen, que parescia cosa imposible podello sufrir. Como otro dia amaneció, los indios que estaban dentro comenzaron á aflojar, porque habian gastado todo el àlmacen de piedras y flechas. Viéndolo el Capitan que estaba dentro, no se escribe de romano ninguno hacer lo que hacia y despues hizo, porque con una porra en la mano andaba discurriendo por todas partes, y al indio que iba cobarde, luégo con ella le hacia pedazos, echándole abajo; en este tiempo le dieron dos saetadas é hizo tan poco caso dellas como si no le tocaran, é viendo que su gente del todo afiojaban y los españoles por las escalas y por todas partes cada hora le apretaban más, no teniendo con qué pelear, viendo clara la perdicion de todo, arrojó la porra que tenía en las manos á los cristianos, y tomando pedazos de tierra la mordia fregándose con ella la cara con tanta congoja y bascas que no se puede decir. Y no pudiendo sufrir ver á sus ojos entrarse la fortaleza, conociendo que entrada era forzado morir segun la promesa habia hecho á el Inga, se echó

del alto de la fortaleza abajo porque no triunfasen dél. Luégo los demas, con su muerte, aflojaron de manera que dieron lugar á Hernando Pizarro y á todos para que se entrasen, poniendo á cuchillo los que estaban dentro que serían pasados de mil y quinientos hombres; de los españoles murió otro, sin Juan Pizarro, y quedaron muchos heridos.

Habida esta victoria tan señalada, mandó Hernando Pizarro poner en lo alto una bandera para que todos los indios viniesen en conocimiento della, poniendo alguna gente de pié que la guardasen; fué tanto el temor y desmayo que desto rescibieron los enemigos, que luégo á la hora dejaron las estancias que tenían junto al pueblo, y se retiraron á sus reales que tenían muy fortalecidos.

Otro dia por la mañana, pareciéndole á Hernando Pizarro que los indios se dejaban de ir por no tener aviso del Inga, y que segun estaban atemorizados holgarian de tener alguna causa para ello, mandó á los Capitanes que cada uno con su compañía fuesen á echallos de allí; él tomó consigo la capitanía de Gonzalo Pizarro y dió en la gente de Chinchasuyo, y desbaratólos y siguió el alcance hasta la noche. Aquí, al tiempo de recogerse, ha-

lló ménos á Gonzalo Pizarro, que por ser la tierra áspera y fragosa se habia apartado en el alcance, y le volvió á buscar de noche, y topóle que venía con otros cuatro, y á no volver por él le mataban los indios que habian quedado atrás del alcance, porque eran cerca de veinte mil y los españoles no más que los dichos. Y otro dia salió Hernando Pizarro tambien á los de Collasuyo, y otro dia á los de Condesuyo y así los desbarató, haciendo en cada rompimiento destos conoscer el valor de su esfuerzo y persona. Fué esta victoria tan señalada á veintinueve dias del mes de Mayo de mil y quinientos y treinta y siete años.

Hecho esto y vueltos á la ciudad, Hernando Pizarro mandó á los Capitanes y á toda la otra gente se juntasen, á los cuales dijo desta manera: «Pues Dios ha sido servido de darnos tan gloriosa victoria que pudiésemos ganar la fortaleza y descercar la ciudad, por donde de aquí adelante podremos gozar de alguna folganza y descanso, nobles y virtuosos señores, paréceme que para asegurar mejor la ciudad es bien prevenirse con tiempo, recogiendo bastimentos, los cuales se podrian traer aquí del valle de Xaquixaguana, donde de razon, por la ocupacion que han tenido los

indios en el cerco, el maíz estará por coger, y es bien anticiparnos ántes que ellos lo cojan, porque despues será mayor inconveniente buscarlo más léjos, y á nos de ser forzados ir á traello.» Todos se alborotaron desto, diciendo que áun no era tiempo de dividir la gente, porque los enemigos, de razon, estaban muy cerca y podria ser verse en mayor peligro que el pasado; Hernando Pizarro les respondió que no lo tuviesen por tan gran inconveniente, que por veinte y cinco de caballo que faltasen, no era forzado perderse, y que faltando el bastimento era ponerse en doblado peligro. Á todo le contradijeron diciendo que tres meses largos podrian sufrirse sin más bastimentos, y que en este medio tiempo no era posible dejar de venir socorro de la ciudad de Los Reyes. Á esto les respondió que la distancia del camino de aquí á Los Reyes era larga, y que habia rios y muy malos pasos, por cuya causa, y que tambien en Los Reyes podria haber falta de gente, no esperasen socorro, sino que hiciesen cuenta que no habia otros en esta provincia sino ellos en quien tener confianza, y que, pues esto era así, se determinasen de hacer el corazon ancho á todo lo que les viniese; y que pues él no se eximía del mismo peligro que ellos habian

de pasar, que no se escandalizasen tanto mirando los inconvenientes. Y así, contra su voluntad, envió á Gonzalo Pizarro; el cual fué, y pasados cinco dias volvió con indios é indias cargados con mucha cantidad de maíz.

Vuelto Gonzalo Pizarro, y los indios hechos sus sacrificios á la luna nueva, porque en todos los cercos ó guerras que hacen tienen por costumbre de todas las lunas nuevas dejar de pelear, y entender en hacer sacrificios, y así cuando le levantaron fueron á hacerlos, (porque aunque se dice levantar el cerco, entiéndese que se apartaban tres ó cuatro leguas á sacrificar y reformarse de gente, sacrificaban ovejas y palomas al sol porque entre los señores principales y en la mayor parte de la tierra no sacrifican hombres ni adoran ídolos, sino al sol, aunque en algunas provincias sujetas á este señor sacrifican hombres y adoran ídolos); hecho su sacrificio volvieron á cercar la ciudad, y como hallaron guarda en la fortaleza, no pudieron apretar tanto la ciudad como la vez primera.

Las estancias de la gente española se pusieron fuera del pueblo, de manera que los indios no pudieron ganar ninguna cosa de la ciudad; duró este cerco veinte

dias, hasta el tiempo de volver á hacer su sacrificio; hubo por todas partes muy grandes escaramuzas cada dia, en que se mataron muchos indios, aunque por causa de no haber cegado los hoyos y albarradas, todavía pusieron en mucho trabajo la ciudad. Alzado este cerco, le paresció á Hernando Pizarro que para desanimar los indios era bien irlos á buscar, y supo que el Inga estaba en un pueblo que llaman Calca, seis leguas de aquí; mandó apercibir cincuenta de caballo muy contra voluntad del pueblo. Caminando toda la noche dió sobre él muy de mañana; la gente que tenía era poca, y él y ella huyeron, el Inga por gran ventura por una sierra se escapó: matóse alguna gente en el alcance. Hernando Pizarro se informó de algunos indios que se tomaron á vida, que era la causa de estar con el Inga tan poca gente, los cuales dijeron haberse aquella noche partido todo el ejército con propósito de dar en el Cuzco, y que la causa porque él no habia topado con ellos era por haber llevado otro camino. Hernando Pizarro á mucha priesa mandó á doce de á caballo que se viniesen á meter en la ciudad del Cuzco, los cuales viniendo hallaron en un paso malo muchos indios que se le defendieron; fuéles for-

zado volver á dar aviso á Hernando Pizarro. Y fué muy grande ventura no querer pasar, porque, á proballo, no dejaban hombre dellos á vida segun la disposicion del sitio adonde estaban.

Luégo, por la mañana, se vino con toda la gente por el camino mismo; cerca del paso halló hasta mil indios en lo llano y el rio en medio, queriendo usar de un ardid, que, acometiéndolos y huyendo, ellos llegarian al paso primero, adonde tenían piedras grandes para no dejar á vida ninguno dellos. Hernando Pizarro sintió el ardid de los indios, y mandó á todos los peones que allí habia é indios amigos que fuesen delante, y él con la gente de caballo hizo rostro á los enemigos, para ocupalles porque la gente de pié pasase, los cuales pasaron y tomaron los altos, y entretanto los de caballo se habian mezclado con la gente de guerra, desbaratándola, matando algunos dellos, porque como estaba la sierra cerca tuvieron lugar de ponerse en salvo; con este buen aviso pasó Hernando Pizarro sin revés ninguno, porque de otra manera no pudiera dejar de perder alguna gente, ó no ganar la sierra que fuera muy mayor inconveniente. Llegado á la ciudad, halló que por todas partes venía mucha gente

de guerra con propósito de tornarla á cercar; luégo mandó á los Capitanes que se pusiesen en sus estancias, y hiciesen guardar lo más léjos que pudiesen la ciudad, porque no se acercasen los indios como la primera vez. Luégo se puso por obra, aunque no pudieron alejarse mucho á causa de los muchos hoyos y albarradas que habian hecho, que por no habèr tenido lugar no se habia entendido en deshacellos.

Los indios asentaron su real, en que vino grandísimo número de gente; Hernando Pizarro y todos los demas Capitanes pelearon con ellos aquel dia y otros veinte, adonde acaecieron cosas muy señaladas, porque como ya tenían toda experiencia de la guerra, atrevíanse á lo que ántes les parecia ser imposible salir con ello. Pasado este tiempo, paresciéndole á Hernando Pizarro que los indios tenían proposito de perseverar en sostener el cerco, supo que al cuartel de uno de los Capitanes, estaba un Capitan muy principal y toda la más y mejor gente tenía consigo, y en persona con algunos de á caballo fué á visitar aquel cuartel. Los indios hacian sus ademanes á manera de escarnio llamándolos que fuesen á pelear, tocando muchas vocinas y otras maneras

de instrumentos que entre ellos se usaban. Hernando Pizarro, viéndolos tan desvergonzados, no lo pudo sufrir y arremetió á ellos con los que le siguieron, llegando á un albarrada que tenían hecha al pié de la sierra junto al rio, adonde halló grandísima resistencia; mas, como iba con gran determinacion, peleó con ellos de tal manera que se la ganó, y fué hiriendo y matando en ellos la sierra arriba hasta lo alto, tan embebido en castigallos y ponelles escarmiento, que cuando miró por sí se halló con ocho de á caballo, que los demas se habian quedado abajo viendo la dispusicion de la sierra. Como los indios reconoscieron ser tan pocos, revuelven sobre ellos; aquí fué menester el esfuerzo de Hernando Pizarro, porque como la subida habia sido agra, no podian abajar sino los caballos de diestro, y fuérales forzado perder las vidas. Viendo el tiempo en que estaban, fué cosa hazañosa de ver la escaramuza y vuelta que con ellos traian, (porque los ocho que con él estaban eran personas de honra, y determinados á morir ántes que desamparallo) concertados de manera que hacian la escaramuza tan trabada, que queria parecer ó parescia juego de cañas, porque, así como arremetian á ellos los indios, todo lo que duraba

lo llano encima del cerro los iban alanceando á las cabezas de los caballos; como se acababa lo llano, revolvian los indios á las colas de los mismos caballos, con una grita que parescia rasgarse el cielo con ellos: esto era hasta que los españoles volvieron en su pùesto, que era otro alto adonde se fortalecian. Fué tanta la necesidad en que les pusieron, que, por no cansar del todo los caballos, no salian sino de tres en tres; y desta manera se sostuvieron obra de dos horas con tanto peligro y trabajo, que parescía cosa imposible podello sufrir. Gonzalo Pizarro estando en su cuartel vió lo que pasaba, é paresciéndole que en tanta dilacion no podia Hernando Pizarro dejar de llevar lo peor, temiendo le acaeciese algun desastre, puso las piernas á su caballo siguiéndole algunas personas de su compañía, y no paró hasta subir toda la sierra y juntarse con su hermano, que á esta hora traia el caballo ya tan cansado, segun lo mucho que habia hecho, que á no socorrelle fuera forzado morir él y los que con él estaban. Pues como el socorro vino, dieron todos juntos en los enemigos haciéndolos alejar, de manera que tuvieron lugar de apearse, y, echando los caballos adelante, abajan á toda la más priesa

que podian; los indios, viendo que se retiraban, vuelven á ellos con tal priesa que por poco se hobieran de perder, porque con la ventaja que les tenían en tener lo alto ejecutaban todo lo que podian. Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro iban traseros de todos, volviendo de cuando en cuando á hacelles rostro hasta abajar á lo llano, adonde los dejaron. Pues viendo los indios cuán pocos españoles les habian ganado la sierra, paresciéndoles que á ser acometidos con más propósito no podian dejar de rescibir mucho daño, determinan de alzar el real é irse muy tristes viendo cuán mal les sucedia perdiendo cada dia mucha gente.

El escuadron de la provincia de Chinchasuyo, que era en el cuartel de Gonzalo Pizarro, perseveraba en estarse quedo y salir á escaramuzar; viendo esto Hernando Pizarro, juntóse con Gonzalo Pizarro y dieron en los indios, los cuales comenzaron á defenderse; mas no tardó mucho que fueron desbaratados, siguiendo el alcance dos leguas adonde se alancearon muchos, y con esto se alzó de todo el cerco, que fué el segundo. Pasados algunos dias despues desto, supo Hernando Pizarro como en un valle que se dice Mohina, dos leguas de aquí, se juntaba mu-

cha gente, mandó á Gonzalo Pizarro que fuese con su compañía á dalles una vista, el cual fué y peleó tan animosamente con ellos que los desbarató y mató más de trescientos hombres. Con esta victoria volvió á la ciudad, y venido, enviole luégo Hernando Pizarro al valle de Xaquixaguana á traer el maíz que habia quedado de la otra vez. Los indios como lo supieron vinieron á darle grita, pensando que le harian dejar la presa, mas sucedióles al revés que rompió por ellos de tal manera que mataron y prendieron muchos dellos, y trajo bastimentos casi para un año. Luégo que esto pasó tornaron los indios á juntarse y cercaron la ciudad, mas no con tanta furia como primero, porque los españoles con los indios amigos se habian dado mucha priesa en deshacer albarradas y cegar hoyos, y á esta causa, con temor de los caballos, no se osaban llegar. Viendo Hernando Pizarro la perseverancia que tenían en cercarle la ciudad, mandó á todos los españoles que en los alcances no dejasen mujer á vida, porque cobrando miedo las que quedasen libres no vendrian á servir á sus maridos; hízose así de allí adelante, y fué tan bueno este ardid que cobraron tanto temor, así los indios de perder á su mujeres como

ellas de morir, que alzaron el cerco.

Idos los indios, mandó Hernando Pizarro á un Capitan fuese á castigar el cacique que por engaño mató los tres españoles en el principio de la guerra, y que trujese bastimentos, el cual fué y hobo batalla con los indios de aquella provincia, y los venció y desbarató, y lo hizo tan bien, que allende de hacer muy grande castigo trajo mucha comida; y, venido, mandó Hernando Pizarro á otro Capitan fuese con toda la gente que habia de buenos caballos á traer ovejas hácia la provincia de Collasuyo, con término de seis dias.

Acaeció en la misma sazon que el Inga hacía gran gente de los Charcas y otras provincias comarcanas, que son más de ciento y cuarenta leguas de aquí, los cuales traian consigo tigres y leones mansos, y otros muchos animales fieros para poner espanto y temor en los cristianos; el Capitan se topó con ellos, y dióse tan buena maña que mató muchos y los desbarató todos. Luégo como salió el Capitan, de ahí á dos dias envió Hernando Pizarro á Gonzalo Pizarro al camino de Tambo, adonde estaba el Inga, que á la sazon, como dije, convocaba muchas gentes para que tomasen lengua de lo que hacían y pensaban hacer, el cual se topó con la gente de Chin-

chasuyo y peleó con ella muy gran parte del dia, con tan buen ánimo y destreza que los desbarató y mató más de ciento, y prendió hasta doscientos, y á todos les cortaron la mano derecha en mitad de la plaza, y los soltaron para que se fuesen, lo cual puso demasiado espanto y escarmiento en todos los demas; en un dia entraron con estas victorias entrambos Capitanes. Hecho esto, sabiendo Hernando Pizarro que el Inga estaba y residia en Tambo, donde siempre les corria el campo y hacía mucho daño en toda la comarca, determinó de ir á cercarle escogiendo para ello la mejor gente y caballos que habia en la ciudad, que fueron hasta sesenta y obra de treinta peones; con esta gente salió llevando asimismo cantidad de indios amigos. Como salieron al campo mandó á Gonzalo Pizarro que se adelantase con veinte de caballo y que trabajase de saltear las espías, porque si fuese posible diesen en el Inga sin ser sentidos, el cual dió en un escuadron de indios flecheros y peleó con ellos y desbaratólos; fué siguiendo el alcance hasta un rio donde se hicieron fuertes y se detuvieron algun tanto, hasta que llegaron ocho peones, hombres sueltos, y pasaron el rio, y los indios se retrajeron á una sierra fragosa donde los caba-

llos no podian pelear; los peones fueron á escaramuzar con ellos, y, como los indios tienen en poco la gente de pié, cerraron con ellos con tanta presteza que, como eran pocos, fueron desbaratados volviendo las espaldas. Los indios los siguieron de manera que mataron uno dellos; los de caballo, que á esta hora se habian apeado, viendo lo que pasaba cabalgaron con mucha priesa y fueron en socorro dellos, hiriendo y matando en los indios, con tanto enojo de Gonzalo Pizarro, que aunque la tierra era tal que parescia imposible muy despacio caminar por ella á caballo, los desbarataron y mataron gran parte dellos. Hecho esto, llegó Hernando Pizarro allí con toda la gente y asentó real, y otro dia de mañana tomó el camino de Tambo, el cual está metido entre dos sierras, y por la una parte pasa un rio muy grande y por la otra parte le sujuzga una de las sierras, y para tomar el alto de esta sierra, porque los indios la tenían toda barreada y hechas sus fuerzas y andenes en ella, mandó á un Capitan que fuese con la mayor parte de la gente á ganarlo, y para esto habia de tomar el camino dos leguas ántes porque de otra manera no tiene subida, y él caminó el rio abajo con la gente que le quedaba, donde no pasó pequeño tra-

bajo y peligro hasta llegar á poner su real en una plaza pequeña llana. Porque como iba por la ladera de la sierra, y el rio va culebreando, llega muchas veces tan junto con la sierra que corta el camino, de manera que le hubo de pasar ántes de llegar á la dicha plaza cinco ó seis veces, y en cada parte le resistian el vado; de manera que fueron siempre peleando hasta ponerse en el lugar ya dicho cerca del pueblo, el cual tiene once cercas una más alta que otra, y en todas ellas habia gente de guerra, flecheros. Los que estaban de la otra parte del rio eran honderos, porque el pueblo está fundado entre las dos sierras, y entre el mismo pueblo y el rio se hacía la plaza llana donde estaba Hernando Pizarro. Los indios honderos los ofendian de esa parte del rio, y lo mismo los flecheros desde el pueblo, y los de la sierra tambien, la cual tenían muy bien barreada; de manera que peleaban los indios con él por tres partes, los unos desde la ladera de la sierra, y los otros de la otra parte del rio y los demas desde el pueblo. Metióse en este estrecho, porque como el pueblo está entre las dos sierras y va el rio por la una parte, no habia en todo aquel sitio adonde se poner otra ninguna parte llana, porque lo demas es todo sierra ó agua donde no se pueden

aprovechar de los caballos, y en las mesmas sierras, é como tengo dicho, tenían los indios hechas sus fuerzas, y por lo demas es todo andenes; y por esta causa se puso allí y por estar mas cerca para ofendellos. Ansí estaba y los españoles con temor de las flechas no se osaban llegar á la muralla.

Hernando Pizarro, viendo esto, dijo á un viejo que con él estaba: «Pues los mozos no osan llegar ni hacer ninguna cosa, vamos los viejos á probarlo», y tomó al viejo canó consigo y arremetió á las cercas hasta dar en ellas con los pechos del caballo, y alancearon dos indios, y á la vuelta fué cosa de ver las flechas que sobre ellos llovían y la grita que les daban. Hernando Pizarro recognosció la fuerza ser tal, que aunque llevara dos mil hombres era poco para allí por ser la sierra tan áspera y los enemigos tantos y tan animados, y el pueblo tan fuerte, que áun con artillería, segun las fuerzas de las cercas, les hiciera poco daño. El Inga estaba en la mesma fuerza con mucha gente de guerra y muy á punto, el cual, como vido llegar á los españoles, manda que todos finjan que huyen, porque la codicia de seguir el alcance los desbarataría y sería causa para en revolviendo sobre ellos desbara-

tallos por ser toda la tierra de andenes, adonde no serían señores de los caballos.

Hernando Pizarro, sintiendo la cautela, mandó que ninguno se moviese; los contrarios, viendo que su ardid no tuvo efecto, vuelven sobre ellos fuera de las cercas, con una grita tan grande que parecia la sierra venirse abajo: é de improviso pareció tanta gente por todas partes, que no se divisaba cosa en aquel circuito que no estuviese cubierta de indios. Viendo Hernando Pizarro el atrevimiento de los contrarios, que por ser la tierra mala era grande, traba con ellos una escaramuza tan reñida como nunca se vió por ambas partes; el Inga, viendo la cosa en este estado, mandó sacar á mucha priesa el rio de madre, por acequias que ya tenía hechas para este fin, de suerte que los caballos por ninguna vía podian pelear. Hernando Pizarro, viendo por el presente que cuanto más perseverase era llevar la peor parte, porque el otro Capitan no habia tomado el alto, y volvióse que no pudo subir por amor de las piedras que los indios de arriba echaban, y á esta causa los indios, con tener las espaldas seguras, se atrevian muy animosamente é les habia crecido la soberbia, mandó á Gonzalo Pizarro que con veinte de á caballo fuese

á dar en una guarnicion de gente que les teníán tomado un paso del rio, por donde forzado habian de pasar, avisándole que en ninguna manera le desamparase hasta que fuese noche escuro. Gonzalo Pizarro lo hizo muy bien, porque ganándoles el rio les hizo retraer, quedando él en su lugar.

Entre tanto que esto pasaba, como ya las tierras estaban encharcadas en agua y los caballos no podian escaramuzar, los indios se metian todo lo que podian. Hernando Pizarro, animando los suyos y acometiendo á los enemigos, se sostuvo con tanto peligro de todos, que á no ser por su esfuerzo y cordura fuera imposible salir hombre dellos. Luégo como anocheció, Gonzalo Pizarro se vino á juntar con él, á quien mandó que con los que consigo traia tomase la delantera y comenzase á caminar, todos muy callados; tras él mandó caminar toda la gente de á pié é indios amigos en fardaje. A un Capitan mandó que con quince de caballo se pusiese en el medio del mismo fardaje, y él se quedó con todos los demas en la rezaga. Mandó que los toldos se quedasen asentados porque los indios no sintiesen que se retiraban. Como comenzaron á caminar, luégo fueron sentidos, viniéndose sobre ellos con tan grande alarido, que algunos

españoles se comenzaron á desmandar para adelante más de lo que era menester. Conosciendo Hernando Pizarro que en tales tiempos era tanto saber con órden retraerse, como en otros acometer animosamente, teniendo ya los enemigos á las colas de los caballos, volvia á ellos de cuando en cuando haciéndoles rostro, deteniendo los españoles en pasos malos, adonde algunas veces se apeaba poniéndose en demasiado peligro, animando á unos y avergonzando á otros, hecho escudo de todos en las mayores afrentas, hasta que los españoles tenían lugar de pasar algunos pasos malos estrechos, tornándose con mucho tiento á juntar con ellos; y en algunas partes, donde era llano, volvia con tanta presteza sobre ellos, que con muerte de algunos escarmentaban los demas. Desta manera fué hasta llegar al segundo vado, donde, por ir el rio hondable, los dejaron del todo los indios, tan victoriosos que les paresció todo el mundo ser poco para ellos.

A el Inga le pesó en gran manera de írsele Hernando Pizarro, porque bien pensaba él que si á otro dia esperaba que no se le escaparia español ninguno; é sin duda ninguna quien viera la manera de la fuerza no pudiera creer otra cosa. Tuvo

Hernando Pizarro en tanto poder salir de allí sin perderse, como haber en otra parte victoria contra cien mil hombres; porque crea V. M., que en semejantes casos, adonde caballos no pueden pelear, es la gente del mundo más ejecutiva. Esta noche caminaron tres leguas; otro dia llegaron á esta ciudad, adonde supo Hernando Pizarro que se hacian é venían gran número de gentes á ponelle cerco, porque luégo, como salia fuera, venían, pensando que hallando poca gente la tomarian fácilmente. Despues que vinieron, como las otras veces, todos los dias habia escaramuzas muy de ver, donde se señalaban los españoles; mas como por lo que Hernando Pizarro mandó, que era matar en los alcances todas las mujeres que pudiesen, con este temor no venían á traer bastimentos á sus maridos, y como ellos forzado lo habian de traer, no venían con tanto aparejo para sostener los cercos como de ántes, porque en acabándoseles eso poco que traian luégo se iban á sus tierras, y por esta causa este cerco duró poco y murió alguna gente dellos. Pasados cinco dias que los indios se fueron, parescieron sobre un cerro á vista de la ciudad hasta cien indios dando muy gran grita. Salió á ellos Hernando Pizarro con hasta

cuatro de á caballo que se hallaron más prestos; como llegaron cerca, los indios huyeron dejando en el suelo dos lios: Hernando Pizarro con los demas fué siguiendo el alcance bien una legua. Vuelto á el lugar donde estaban ántes los indios, mandó llevar los lios á la ciudad, llevando consigo tanta tristeza cuanta por aquella muestra era razon que mostrase, porque hallaron dentro cabezas de cristianos. Llegado á su posada halló que en el un lio venían seis cabezas, y en el otro muy grande cantidad de cartas rasgadas, y entre ellas casi una entera de la Emperatriz, nuestra señora, en que hacía saber á esta tierra la victoria que V. M. habia conseguido contra la Goleta y reino de Túnez, y contra Barbaroja y los turcos que con él allí estaban. Por otras cartas particulares se supo como el Gobernador habia enviado gente á socorrer á esta ciudad; Hernando Pizarro, para saber qué se habia hecho de ella hizo dar tormento á algunos indios que se habian prendido, los cuales dijeron que mucha gente habia venido de Los Reyes, y que todos habian sido muertos por los indios de guerra, porque el Inga tenía doscientas cabezas de cristianos y ciento y cincuenta cueros de caballos, diciendo tambien que el Gobernador con toda la gente que con-

sigo tenía en Los Reyes se habian embarcado y desamparado la tierra. Oyendo esto los españoles, en todos cayó grandísima tristeza, quedando tan tibios y pensativos que no sabian de sí, todos muy temerosos. Hernando Pizarro, viendo que era tiempo de animallos y dallos á entender que todo era por mejor, mandándolos juntar les habló así:

«En grande manera estoy maravillado, nobles y muy virtuosos señores, y con mucha razon, que adonde están personas que tanto estiman la honra mostreis por ninguna vía flaqueza, en tiempo que con mayor esfuerzo os habíades de animar, pues se apareja para que con más experiencia se conozca el valor de vuestras personas, y el deseo que teneis y siempre habeis tenido en señalaros en servicio de vuestro Príncipe; cuanto más que cosas de indios no se han de tener por tan ciertas como las juzgais. E ya que por las muestras tengamos por cierto que así fuese, de los muertos no nos debe pesar pues murieron en servicio de Dios y en defensa destos reynos; de saber que es embarcado el Gobernador y los demas, debeis alegraros por que aquella gloria se ha de tener en más que se atribuye á ménos, porque quedando nosotros en esta ciudad, en tierras tan

extrañas, trabajando de sostenernos hasta que viniendo gente de España queden todas reducidas á la Corona real, por cierto que me paresce que gozaremos de la gloria: y digo que, por gozar de una cosa tan señalada como ésta, tengo por bien que el Gobernador, mi hermano, nos haya dejado, porque áun con el deudo que le tengo no querria que participase conmigo de la victoria que pienso conseguir en sostener estas provincias. Bastimentos tenemos para más de año y medio; podemos coger el maíz que tenemos en esta comarca y tornaremos á hacer nuestra sementera. Con el ayuda de Dios pienso sostener esta ciudad seis años, y holgaria que en todo este tiempo no nos socorriesen, porque tengo confianza en vuestros ánimos que sería para más aumentar nuestra gloria.»

Con estas palabras de tanto esfuerzo quedaron algunos con alguno, y otros todavía descontentos, porque quisieran que por alguna vía se diera órden en desamparar la ciudad y salvar las vidas. Y porque es bien que V. M. sepa qué fué la causa de traer los indios estas cabezas acaesció así, que las cartas que Hernando Pizarro envió con indios al principio de la guerra al Gobernador, haciéndole saber

como el Inga era alzado, de donde no se podia esperar sino muy gran desservicio de V. M., para cuyo remedio, á la mayor priesa que pudiese, enviase gente de caballo, las cartas fueron á su poder; sintiendo tales nuevas como era razon, juzgándolas por principio de mucho mal y temiendo perder lo que con tanto trabajo ganó y pobló en nombre de V. M., determinó de enviar gente de caballo por el camino que se dice de Guaytara, enviando por capitan á Gonzalo de Tapia, su cuñado, y asimismo envió otro Capitan por el camino de Xauxa con ménos gente para que estuviese de guarnicion en un pueblo que se dice Vilcas, porque de allí pudiese avisar de lo que en esta ciudad pasaba, y guardase aquel paso para que todos los españoles que fuesen é viniesen pudiesen pasar con ménos riesgo; é asimismo habia proveido á Panamá, que con dineros que allí tenía le enviasen toda la más gente que fuese posible, enviando tambien por socorro á la Nueva España, que no fué poco necesario lo uno y lo otro, segun suscedieron las cosas. Ambos Capitanes partieron de Los Reyes un dia; Gonzalo de Tapia iba muy satisfecho con sesenta de caballo que llevaba, porque en aquel tiempo se pensaba poder ir con ellos hasta

Chile, aunque toda la tierra estuviera de guerra, y recibió desto muy gran engaño segun le subcedió, porque al pasar de un rio grande, que está pasado el despoblado de Guaytara, pasáronle por una puente adonde se hace un paso muy fragoso; estaban indios en celada en la parte del rio hácia Los Reyes, y muy mayor cantidad despues de pasado hácia esta ciudad sobre una sierra por donde va el camino, que es uno de los peores pasos desta tierra.

La gente de caballo y fardaje comenzaron á subir el paso, los indios se estuvieron quedos hasta que los tuvieron en el medio de la sierra; cuando aquí los vieron parescieron por lo alto della grandísimo número dellos, echando piedras muy grandes por la ladera abajo, que tenían puestas y aparejadas para aquel fin. Los españoles, viendo la mala disposicion de la tierra, adonde los caballos ántes estorbaban que aprovechaban, quisiéronse retirar á la puente, más cuando llegaron ya estaba cortada de los indios que de la otra parte del rio quedaban escondidos, que eran para aquesto. Los españoles quedaron encerrados entre el rio y la sierra, de manera que unos con otros se embarazaron; el Capitan y personas particulares pelearon muy bien, mas ¿qué les aprove-

chaba? que de los caballos no se podian aprovechar, y á pié, como los indios tenían lo alto, era tanta la multitud de piedras que caia sobre ellos que no dejaba ninguno á vida, y así murieron todos peleando, que ninguno escapó si no fueron algunos esclavos que tomaron á vida para presentar al Inga.

Hecho esto, dicen los naturales que este mesmo su capitan, que hubo esta victoria de los españoles, fué la vía de Xauxa en busca de Morgovejo, que era el otro Capitan, el cual á esta sazon habia llegado á un pueblo que se dice Parcos, adonde le salieron indios muchos de paz, que lo tuvieron por buena señal porque ya llevaban alguna sospecha de estar alzada la tierra. Otro dia, despues del que llegaron, llegó un anacona de un vecino de Los Reyes que estaba con el Capitan; su amo le habló aparte, de manera que los indios no miraron en ello: el cual dijo que toda la tierra estaba de guerra (este anacona se entiende por un correo que venía á avisallos), y que el cacique de un pueblo que se llama Gamara, habia muerto cinco españoles que iban al Cuzco y á todos los indios de paz que llevaban, y que estaban esperando á ellos para matallos. Sabido esto por el vecino de Los Re-

yes, de aquel su indio, avisó al Capitan, el cual sintió las nuevas como era de razon, en verse con tan poca gente. Luégo mandó juntar á todos los principales de aquel pueblo donde estaban, con un hermano del cacique que estaba allí, á los cuales hizo meter en una casa, y fecha la pesquisa, y sabido como era verdad lo que el anacona decia, y que ellos asimismo estaban confederados con los otros para ser en la traicion, hizo quemar vivos veintitres principales, y al hermano del cacique puso en una cadena; hizo mensajeros á Xauxa, á un Capitan que estaba proveido para descubrir aquel paraje la tierra dentro, con sesenta hombres, para que se viniese á juntar con él en Guamanga, que eran dos jornadas de allí.

Despachado este mensajero é pareciéndole á este Capitan que este castigo bastaba para ir hasta Guamanga que es tierra más llana, adonde se juntaria con el otro Capitan, partió de allí en buena órden llevando al hermano del cacique preso. A la bajada de una sierra grande para un rio, salieron grandísimo número de indios que estaban en celada, los cuales dieron en la rezaga que iba con seis de caballo; no pudiendo en el camino defenderse ni ofendellos, porque es muy cuesta abajo,

saliéronse dél á un lado tomando un alto, adonde se defendian lo mejor que podian, mas ¿qué les valía? que les dieron tanta priesa, que, muerto un español y su caballo, los cinco que quedaban no tuvieron otro remedio, viendo que ya no podian valerse con ellos, sino retraerse fuera del camino á juntarse con la vanguardia. El Capitan y los que iban eran hasta catorce ó quince de á caballo, é viendo la grita que los indios traian en lo alto con los españoles, vuelven á media rienda la sierra arriba hasta llegar á un mal paso, adonde hallaron ya indios puestos que se le defendieron. Los españoles pelearon con ellos lo mejor que podian, mas todo les valía nada porque el camino era muy angosto y los indios señoreaban lo alto, y á esta causa eran señores dellos. Pareciéndole al Capitan y á los que con él estaban que los de la rezaga serían ya muertos, y que allí era imposible poderse sostener si toda la gente sobrevenía, acordó de bajarse al rio con la mejor órden que pudo, metiéndose entre dos brazos; no pasó del todo á la otra parte porque estaba la barranca llena de gente de guerra. Á esta hora habian llegado los cinco españoles tan cansados los caballos y ellos, que no sabian de sí; los indios pasaron á un brazo,

é pusiéronse en una arboleda donde salian á pelear con ellos, y los que estaban de la otra parte ni más ni ménos, de manera que por todas partes estaban cercados. Desta manera se sostuvieron todo el dia, adonde eran tan combatidos que milagrosamente se podian sostener.

Visto por el Capitan el ruin aparejo que allí habia para hacer noche, porque ellos ni sus caballos no tenían que comer, acuerdan, ya puesto el sol, de pasar el rio y ponerse en un llano que está de esta otra parte; y pudiéronlo hacer sin riesgo porque los indios se habian retirado á un alto para pasar la noche. Recogidos allí, tomaron parescer unos con otros sobre lo que debian hacer, y fué acordado que á prima noche tomasen el camino de Guamanga y hallarian mejor sitio y que comer, porque allí no lo tenían, y volver atras era excusado, que mil de caballo no bastaban á subir la sierra de los indios. Esto paresció bien á todos, y otro remedio ninguno no habia. Dos horas eran pasadas de la noche cuando partieron, dejando muy grandes fuegos hechos, llevando toda la rezaga en medio. Pues como iban con tanto aviso de no ser sentidos, dieron en mil indios de guerra que estaban durmiendo en un llano, los cuales no sintie-

ron cosa ninguna hasta que los comenzaron á lancear matando muchos dellos; con tal victoria, pasaron adelante muy contentos, paresciéndoles que con esto quedarian escarmentados para perder alguna soberbia. Toda la noche caminaron muy poco á poco por no perder ningun indio de los que llevaban; ántes que amaneciese, una hora, llegaron á un muy mal paso, el cual no se atrevieron pasar, pensando haber celada, hasta venir el dia, y como amanesció luégo paresció de la otra parte mucha gente de guerra. Viendo el Capitan ser imposible por allí pasar, temiendo que llegasen los indios que dejaron á las espaldas, no sabian en qué determinarse; aquel indio que dige que habia avisado al vecino de Los Reyes del alzamiento, dijo que los llevaría por donde pudiesen pasar si no hobiese quien lo estorbase, y el Capitan tomó ocho de caballo dejando todos los demas allí que hiciesen muestra como los contrarios pensasen que era toda la gente, y, lo más encubierto que pudo, fué por una quebrada hasta dar en el paso que el indio habia dicho, que es tan malo que no pudieron subir sino á pié y los caballos del diestro; y hiciéronlo tan bien, que sin ser sentidos dieron en ellos de sobresalto con

tanta determinacion, que algunos, por huir, se despeñaron, y otros caian en manos de los españoles. Hecho esto, pasó toda la gente y asentaron real en un aposento que les pareció tener mejor dispusicion, para esperar allí á Diego Pizarro, aunque ponian en mucha duda su venida. Aquí hallaron en una cámara mucha ropa de españoles, alguna della tinta en sangre, y luégo conoscieron ser de los cinco cristianos que allí habian muerto; allí hallaron mucho herraje, y lo tuvieron en tanto que no lo podian encarecer.

Tres horas serían pasadas del dia, cuando un cristiano que tenían puesto para reconoscer si venía más gente, dijo como á la parte por donde vinieron comenzaban á parescer indios de guerra. Los españoles cabalgaron á mucha priesa, mas los caballos estaban tales de lo pasado que poco ni mucho se podian tener; luégo comenzó la grita y por los cerros más cercanos donde ellos estaban á parecer grandísimo número de gente, adonde venían unas andas y mucha cantidad de lanzas en derredor, por dó conoscieron ser la guarda de Tey-Yupangui, capitan del Inga, que venía en aquellas andas, segun que despues se supo. Los españoles tuvieron un aviso muy grande, que no aba-

jaron de su sitio todos á escaramuzar, sino de cinco en cinco por no acabar de matar los caballos. Los indios se multiplicaban de tal manera, que no se divisaba cerro ni valle, de ahí á cuarto de legua, que no estuviese lleno de indios enemigos; aquí se tornó á ver el Capitan muy congojado, pareciéndole que la venida de Diego Pizarro era excusada, el cual otro dia no se podria sostener, porque ya los contrarios se les venían hasta poner encima de las paredes de sus aposentos, y los caballos estaban tales que no osaban salir con ellos á pelear, porque conociendo su flaqueza del todo no se les atreviesen. Con este trabajo y peligro se sostuvieron toda la noche, esperando el dia siguiente remedio ninguno; los enemigos, conosciendo esto, comenzaron á decir cantando á voces muy altas: «Mañana mataremos á estos cristianos, porque ya tienen cansados los caballos y no se nos podrán por ninguna vía escapar.» Las naborias de los españoles, como lo entendian, lloraban muy de corazon, teniéndolo así por muy cierto. Viendo el Capitan que si no usaba de alguna cautela, que como los indios decian era excusado dejar de morir, acuerda esa noche, sin ser sentidos, irse con toda la gente hácia

Vilcas, por un despoblado que para salir á él hay pasos muy malos. Determinado esto y hechos fuegos como la noche pasada, al cuarto de la prima, con mucho silencio, alzaron real, llevando delante todos los indios é indias que hasta allí habian traido, por no dejallos en manos de los enemigos, que áun no fué poca virtud, pues se aventuraban ellos á perder por salvallos; y esta noche con demasiado trabajo subieron al despoblado, por donde caminaron tres dias sin hallar resistencia.

Un dia por la mañana, estando en un pueblo para partirse, comenzaron á parecer indios de guerra por lo alto; á mucha priesa tomaron los caballos, y por estar en parte que no se podian aprovechar dellos, salieron al camino y fueron por él hasta dar en un llano, adonde los enemigos los dejaron. El camino abajaba una quebrada y parescia de la otra parte una sierra muy alta; preguntado á el indio que los llevaba si habia otro camino, dijo que no, que por fuerza habian de bajar abajo y subir á la sierra. Viendo el Capitan que lo imposible no se podia excusar, abajó hasta un pueblo pequeño, adonde hallaron sólo un indio, que con tormentos confesó que encima de la sierra estaba y los esperaba toda la tierra de guerra, y que por

fuerza habian de pasar por donde estaba la junta. Visto no tener otro remedio sino caminar aquel paso de noche, partieron como las noches pasadas, y abajaron á un rio de muy malos pasos, adonde á la mano derecha del camino, por lo alto, parescian fuegos, por donde conocian que lo que el indio dijo era verdad. Yendo á tiento por no saber el camino y ser demasiadamente fragoso, se perdieron seis españoles de todos los otros, los cuales, no sabiendo adonde irian, dieron en un pueblo adonde hallaron con mucho descuido, por no ser por allí el camino, muchos indios de guarnicion en un grande aposento, que antiguamente con otros muchos se hicieron para este efecto. Los seis españoles dieron en ellos con tan buen ánimo, que no paró hombre con hombre; hecho esto, viendo estar perdidos de su Capitan y entre tanta gente de guerra, no sabian qué se hacer. Uno dellos, diciendo á todos que estuviesen quedos, fué sólo á buscar el camino, y, no sin mucho peligro, se dió tan buena maña, que lo halló y volvió á llamarlos y los guió por él, yendo siempre delante, por el rastro de los caballos, de que iban todos en alguna manera contentos, hasta que lo perdieron porque el Capitan, por aviso del indio que los

guiaba, habia dejado el camino real y tomado una senda por despachar un pueblo adonde les estaba esperando la gente de guerra.

Los seis españoles iban por el camino teniéndose por descaminados, porque tenían por cosa muy cierta, que venido el dia no podia escapar ninguno dellos, porque, demás de ser tan pocos, iban unos caballos heridos y otros lisiados. Media hora podia haber ántes que amaneciese cuando el español que guiaba y otro con él, yendo á pié porque así habian andado toda la noche por no acabar de matar los caballos, vieron á una parte y á otra del camino indios de guerra; los dos españoles, como hombres que les parecia ser imposible poder escapar, iban determinados de morir ántes que mostrar punto de flaqueza; los indios estuvieron quedos, y ellos, echando mano á las espadas y las capas á los brazos, los llamaban que viniesen. Estando en esto, vieron delante de sí un escuadron de más de dos mil indios en el camino, todos con lanzas y rodelas, y paresciéndoles que volver atrás á dar aviso á los compañeros era perderse más presto, pues era dalles ánimo, no tuvieron otro remedio sino meterse entre ellos, hiriendo á diestro y á siniestro

con tanto denuedo, que los indios, ó porque siendo de noche pensaron que eran más, ó porque Dios lo quiso así, no paró indio con indio, que todos huyeron con tanta priesa que caian unos sobre otros, adonde acuchillaron todos los que pudieron. Los que venían más atrás vinieron al ruido, y viendo lo que habia pasado, se maravillaron en gran manera.

Pasando adelante, dieron en un pueblo muy grande con muchos fuegos, adonde estaban aposentados esta gente de guerra; no pararon en él poco ni mucho, y á la salida no podian acertar por el camino, á tiento tomaron por donde mejor les pareció saliendo á un llano donde les amaneció. Viéndose allí seis hombres, no sabiendo adonde estaban ni por dónde se habian de ir, mirábanse los unos á los otros como suspensos, no sabiendo qué decir ni á qué se determinar; el español que la noche pasada habia hallado el camino, dijo: «Ya veis cuán imposible nos es dejar de morir, porque, allende de ser tan pocos como somos, los caballos y nosotros estamos tales, que por ninguna vía, tornando á ser acometidos, no podemos dejar de perdernos; el mejor remedio que tenemos es, que pues tenemos tan cerca la muerte, vendamos á estos infieles

tan caras las vidas, que si agora á sus manos muriésemos, que somos seis, queden con tanto escarmiento que otro dia no osen acometer á otros.» A todos les paresció ser así muy bien, y con tal determinacion comenzaron á caminar por un llano adonde, cuanto pudieran divisar, vieron un escuadron de gente, caballos y lanzas de españoles. Unos decian que eran los indios de guerra, que habian muerto al Capitan y á los demas, que venian en sus caballos; otros que eran el mismo Capitan y los compañeros que por encantamiento salieron allí. Estando en esta confusion acabaron de conocer realmente ser los españoles, y el placer que sintieron es imposible sabello encarecer, abrazándose unos á otros con tanta alegría como aquellos que les parecia haber hallado la vida con juntarse. Los seis contaron al Capitan lo que les habia acaecido, y volviendo al pueblo dejaron allí la rezaga con cuatro de caballo, adonde la junta de los indios salió á ellos, mas por ser tierra llana el asiento del pueblo, se lo tomaron y le pusieron fuego; hecho esto, volvieron adonde dejaron la rezaga, y como los indios sintieron que se iban, tomáronles la ladera por donde forzado habian de pasar, donde se vieran en mucho aprieto si no fuera

por el esfuerzo del Capitan, que animando los suyos, peleando con los contrarios, salió á los llanos adonde alancearon algunos indios.

Hecho esto, caminaron aquel dia por tierra llana sin ningun revés hasta un pueblo que se dice Guaila, adonde algunos indios les salieron de paz y entre ellos vino el cacique, el cual dijo que estaba muy enojado de lo que atrás les habia acaecido, porque era amigo de cristianos y enemigo de los indios de guerra. El Capitan y los demas se holgaron de esto en gran manera, porque ya no tenían más de seis ó siete leguas por salir á los llanos; dijeron al cacique que le rogaban que fuese con ellos hasta el valle de Lingoana que está abajo de toda la sierra. El cacique comenzó á poner excusas, diciendo que sería bueno dormir allí aquella noche en su pueblo, y que otro dia podrian ir á dormir á lo llano; al Capitan le pareció mal convidallos con el pueblo, por donde determinó partirse luégo llevándole consigo y á muy buen recaudo. Con determinacion de caminar toda la noche, partieron de aquí llevando un español cargo del cacique, mas no lo cumplieron así, porque anocheciéndoles en un pueblo pequeño hubo muchas diferencias entre ellos

si pasarian adelante ó si dormirian allí; todos los más votos fueron de parecer que anduviesen, mas como en semejantes tiempos por mayor parte se escoje lo peor, acordóse dormir allí, y en amaneciendo partieron no con tanto aviso como era menester, paresciéndoles que ya todo estaba en juego.

Sería una hora ó dos despues del sol salido, cuando oyeron grita; algunos lo tuvieron por mala señal, otros decian que eran indios que huian de unos pueblos pequeños que de allí se parecian; no tardó mucho, yendo hablando en esto, cuando á sus espaldas sonaron muchas bocinas á vuelta de grandísima grita de gente de guerra, en tanta manera que no parescia sino que las sierras y valles se abrian. Conosciendo el Capitan el peligro, porque el camino iba entre dos sierras, por donde caballos no podian por ninguna vía pelear, no sabía qué hacerse, porque volver atrás era tomar más larga la tormenta, y esperar allí era en parte donde caminaban á pié por no ser tierra para caballos. Los españoles á grandes voces decian: «Adelante, adelante, señor Capitan, que nos perderemos, porque no hay remedio ninguno para salvarnos, si no es en lo llano.» Desta manera se iban adelantando cada

uno segun más podia. El Capitan, conosciendo que por aquella vía más presto se habian de perder, iba muy congojado; á pié, detras de todos, el cacique que llevaba un español atado, el cual se dejo caer por una ladera, el español por no ir detras dél, lo soltó, que como se vió libre, se juntó con la gente de guerra que era toda movida por su mano; desde entónces los indios comenzaron á dar más priesa á los españoles, ganándoles lo alto y echándoles piedras muy grandes. El camino era tan angosto que no podian pelear; el Capitan, habiendo echado delante su caballo muy cansado, tomó otro de un español amigo suyo, que como tambien se cansase saltó á las ancas de su mesmo caballo. A ésta hora ya habian muerto al vecino de la ciudad de Los Reyes, que dije que era amo de aquel indio que los avisó del alzamiento de la tierra. Pues yendo el Capitan y el español ambos en el caballo, vino una piedra grande por la sierra abajo, que dió al Capitan en un muslo y se lo hizo pedazos, y cayeron del caballo él y el otro español, el cual saltó en su caballo, y el Capitan quedó sentado en el suelo, los ojos puestos en el cielo, pidiendo á sus amigos le socorriesen; mas como la priesa era grande, y por ser el

camino muy angosto iban todos de uno en uno, y la gente de guerra por el mismo camino y por lo alto dándoles mucha priesa, no lo pudieron socorrer, porque por poco que paraban, los enemigos se aprovechaban mejor dellos, teniendo más lugar de ganarles lo alto para echar piedras. Desta manera se quedó el Capitan, donde le mataron, con el cual se quedó un esclavo suyo, el cual quiso más morir con él que no vivir sin él; y, segun despues se supo por relacion de los mismos indios, peleó defendiéndose á sí y á su amo valientemente, pero finalmente le mataron y murió peleando: los enemigos iban siguiendo la victoria.

Este camino les duró hasta un paso muy malo que se hace al pasar un arroyo, donde los más caballos se quedaron embarrancados unos con otros, por ser el paso muy angosto y darles en él muy gran priesa, adonde mataron otros cuatro cristianos. Los que quedaron salieron de la otra parte á un camino más llano, y, salidos, allí se quedaba un español ya de muy cansado, porque todo aquel dia habia corrido á pié, y violo el español que habia dado al Capitan su caballo, quedar, y haciendo rostro á los indios lo esperó, y echándolo á las ancas lo llevó hasta una

puente adonde los indios llegaron, y no pasaron adelante; cuatro ó cinco de á caballo pasaron por el rio y los demas por la puente. De allí adelante fueron sin riesgo por tierra llana hasta Los Reyes, donde el Gobernador los rescibió con tanta tristeza cuanta era razon de tener, considerando el peligro en que estos se habian visto, el grande en que estarían sus hermanos y todos los demas en esta ciudad, porque ninguna nueva dellos tenían, y teniendo tambien por muerto al capitan Gonzalo de Tapia, su cuñado, y á Diego Pizarro con todos los demas españoles. Y así era la verdad como lo sospechaba, que al pasar el rio de Guamanga mataron al dicho Diego Pizarro y á todos los que con él iban, si no fué un español que tomaron á vida para presentar al Inga, y al dicho Gonzalo de Tapia le mataron tambien con todos los que con él iban, adonde arriba he contado.

Luégo el Gobernador mandó que un galeon que enviaba á Chile con gente de armada á el Adelantado D. Diego de Almagro se tornase, paresciéndole bien socorrer con la gente que en él iba á lo más necesario, y porque á un Capitan que se llamaba Gaete habia enviado á Xauxa con hasta veinte de á caballo, y con él un

hermano del Inga, que le alzaba por señor de la tierra pensando que sería mejor modo para apacigualla y hacella estar de paz, teniendo por cierto que los naturales le seguirian, y paresciéndole que la muerte de los Capitanes que he dicho y su gente amenazaban con mucho más mal, y á esta causa el dicho capitan Gaete, estando en Xauxa corria riesgo por tener poca gente, temiendo no le acaesciese lo que á los otros envió allá á Francisco de Godoy, vecino de Los Reyes, con treinta de á caballo y algunos peones, el cual fué, y á una jornada de Xauxa topó con un hernano del dicho Capitan, y con otro español, el cual venía encima de un acémila quebrada una pierna, y le dijo que el Capitan, su hermano, y los otros españoles que con él estaban, dejaban muertos, porque aquel mismo dia por la mañana amanescieron sobre ellos cuarenta mil indios y los cercaron por todas partes, y que ellos milagrosamente se habian escapado de aquella manera que los veian. Viendo el dicho capitan Godoy el daño que estaba hecho, paresciéndole que con los que llevaba no era parte para sostenerse, por ser todos los más dellos recien venidos de España y estar los indios cebados en tanta gente como habian muerto,

con parecer de todos acordó de tornarse á Los Reyes, porque ya los indios andaban tan atrevidos que era menester hacer castigo con más gente y propósito. Y vueltos á Los Reyes, el Gobernador estaba con harta pena viendo cuán mal se sucedia, porque ya le tenían muertos cuatro Capitanes y casi doscientos hombres, y muchos caballos, y tambien tenía por cierto que esta ciudad estaba en gran peligro ó debia ser perdida, y muertos sus hermanos y todos los demas que en ella estaban; y por esto y por se ver con poca gente estaba muy afligido temiendo perder toda esta tierra, porque no habia dia que no le venían á decir «tal cacique se ha alzado», «en tal parte han muerto tantos cristianos que fueron á buscar que comer.» Asimismo tardar tanto Alonso de Albarado, á quien habia enviado á llamar á la provincia de Chachapoyas, que estaba allá por Capitan de la gente que conquistaba aquella provincia.

Estando las cosas en estos términos y todos á punto y aparejados para lo que subcediese, vinieron indios de alrededor de la ciudad de Los Reyes quejándose, diciendo que indios de guerra en gran cantidad bajaban de la sierra á destruirles, matándoles sus mujeres é hijos. El Gober-

nador mandó á Pedro de Lerma que fuese con veinte de á caballo, por no ser más de tres leguas de allí y tierra llana, á saber lo que era y correr el campo; el cual partió á prima noche, y estando como dos leguas de la ciudad se halló cercado de cincuenta mil indios, que venían á dar en ella la mañana siguiente. Él se estuvo quedo y mandó que ninguno se desmandase; los indios asimismo estuvieron quedos pensando que les acometerian, pero los españoles, poco á poco y á veces revolviendo sobre los indios y matando muchos dellos, se retiraron á la ciudad, habiendo avisado primero al Gobernador, como venían tan gran cantidad de indios á dar en la Ciudad, para que estuviese á punto, y como los indios venían cerca de la ciudad salió gente de refresco á dar en ellos y mataron muchos. Los indios se pusieron en unos cerros; en lo más alto dellos se puso Tey-Yupangui, con la gente principal, que venía por capitan general de toda esta gente. Los españoles arremetieron al cerro más bajo, adonde cayeron dos de caballo, y al uno dellos mataron y el otro se salvó por gran milagro más que por su posibilidad. El Gobernador, viendo tanta multitud de gente, creia sin duda ninguna que ya lo de acá era todo despa-

chado; los españoles anduvieron escaramuzando con ellos, matando muchos, especialmente una vez que los enemigos se determinaron de acercarse á la ciudad, poniéndose en unos edificios caidos. La gente de á caballo estuvo en celada, y habiendo tiempo, salieron matando y alanceando mucho número dellos hasta que se subieron en unos cerros. Al Gobernador jamás este dia le dejaron salir á pelear, pero estaba con veinte de á caballo á punto para socorrer adonde hubiese necesidad. Esa noche se hizo mucha guarda, rondando la gente de caballo la ciudad.

Otro dia amanecieron los indios más cerca, en una sierra grande, que estaba dellos cubierta que cosa della al parescer no se divisaba, de donde quitaron é hicieron pedazos una cruz grande de madera que estaba puesta en lo alto, á la parte del camino que van á la mar y al puerto; y en otro cerro algo más léjos paresció muy gran cantidad de gente, toda de la provincia de los *Atavillos*. En estos cerros los enemigos peleaban muy á su salvo, abajando á lo llano á pelear un escuadron y aquel retirado bajaba otro; en la ciudad habia algunos indios amigos, los cuales, haciéndoles espaldas los españoles, peleaban muy bien y era causa de

reservarse de grandísimo trabajo los caballos, porque de otra manera no lo pudieran sufrir. Algunos de los indios que se tomaban á vida se atormentaban cruelmente, para saber nuevas desta ciudad; unos decian uno y otros decian otro, y jamás concordaban, porque así estaban prevenidos de sus capitanes. Viendo el Gobernador que los contrarios estaban tan cerca de la ciudad y que no les podia hacer ofensa ninguna, trataba cercarlos y para esto hallaba poca posibilidad. Otras veces decian que sería bien subir de noche y tomalles lo alto; tambien esto les paresció muy dificultoso, así por ser pocos y el número de los indios tan grande, como por la fragosidad del cerro en que estaban: pero al fin acordóse ser esto lo mejor, porque de noche son muy cobardes los indios. En esto pasaron cinco dias, y acordaron de hacer un reparo de tablas para resistir las piedras; pero despues de hecho les paresció imposible poderlo llevar.

Seis dias habia que los indios estaban sobre la ciudad, cuando el general dellos, Tey-Yupangui, se determinó entrar en ella y tomalla por fuerza ó morir en la demanda, y habló primero á todas sus gentes, diciéndoles: «Yo quiero entrar

hoy en el pueblo y matar todos los españoles que están en él, y tomaremos sus mujeres, con quien nosotros nos casaremos y haremos generacion fuerte para la guerra. Los que fueren conmigo han de ir con esta condicion, que si yo muriese mueran todos, é si yo huyere que huyan todos.» Los capitanes y personas entre ellos principales respondieron que le prometian de lo hacer así; y con esto movieron todo el ejército con grandísimo número de banderas, por donde los españoles conoscieron la determinacion y voluntad con que venían. El Gobernador mandó que toda la gente de á caballo se hiciese dos escuadrones; él se puso con el uno en celada en una calle y un Capitan con él, y otro en otra. Los enemigos en esto ya venían por el llano del rio; muy lucida gente, porque toda era escogida: el general venía delante con una lanza, el cual pasó en sus andas ambos los dos brazos del rio. Ya que comenzaban á entrar por las calles, y alguna de su gente andaba por cima las paredes, salió la gente de á caballo y dieron en ellos con tan buena determinacion, que, como la tierra era llana, en un punto los desbarataron, y quedó allí muerto el capitan general, y junto con él cuarenta capitanes y perso-

nas de cuenta, que no paresció sino que los habian andado á escoger, y causólo que, como venían delanteros, fueron los primeros en quien rompieron; los españoles fueron hiriendo y matando en ellos hasta el pié de la sierra, adonde hallaron muy gran resistencia desde un reparo que tenían hecho. Acabado esto, y conocido por los españoles ser muerto Tey-Yupangui, muy alegres, lo hicieron saber al Gobernador, de que no se holgó poco paresciéndole que los indios de ahí adelante no estarian tan orgullosos; que como entre ellos fué hallado ménos, no se puede creer cuánto lo sintieron, teniendo su hecho por muy perdido, porque para indio era tan animoso, como en las palabras que dijo ántes de su muerte se paresció, y en las muertes de tantos cristianos como habia muerto.

Visto los indios cuán poca gente eran ya para con los españoles, estaban tan desmayados que no salian á pelear ni hacían otra cosa más de estarse quedos. Conoscida por el Gobernador su flaqueza, manda que otra noche en todo caso, se suban al peñol y se ponga en él otra cruz como la que los indios quitaron, señalando para ello los más sueltos y personas de más experiencia para aquel caso. Hí-

zolo Dios tan bien, que como todos andaban en su servicio, la noche que habian de subillo, vinieron indios amigos á decir como toda la gente de guerra era huida; sabiendo esto el Gobernador, mandó á mucha priesa vayan en el alcance algunos de caballo, los cuales fueron, mas no acertaron por el camino que los indios iban, porque tomaron la sierra por ir más á su salvo, por donde hobo lugar de cumplirse el voto del Gobernador, poniendo la cruz donde ántes estaba. Hecho esto, tenía grande congoja todavía, no saber cosa cierta desta ciudad, y deseaba venir él ó enviar gente en cantidad, y no habia posibilidad para ello, porque, aunque dejaran el pueblo sólo, era poca la gente que en él habia. Alonso de Alvarado llegó despues de haber pasado algunos dias que los indios habian descercado Los Reyes, con treinta de á caballo y cincuenta peones, en que habia algunos ballesteros, y Gonzalo de Olmos, que era Capitan y Teniente de Gobernador en Puerto-Viejo, con ciento y cincuenta hombres de pié y de caballo, que los habia recogido á su costa y traido á Los Reyes para el efecto del socorro del Cuzco y que hiciesen guerra á los indios, y con voluntad de ir él mesmo en persona con ellos, sino que

el Gobernador no se lo consintió, así por haber dado el cargo de Capitan general á Alonso de Alvarado, como porque tambien convenía que el dicho capitan Gonzalo de Olmos no desamparase la provincia de Puerto-Viejo, y la gente della por su ausencia se alzase, y así se tornó el dicho Gonzalo de Olmos desde Los Reyes, dejando toda la gente que habia traido para que fuesen con Alonso de Alvaradó al socorro del Cuzco.

El Goberdador holgó mucho con la venida de entrambos, y á Alonso de Alvarado mandó que luégo se aparejase para ir al Cuzco á saber de sus hermanos y de los demas. Para poderse esto hacer, fué menester socorrer muchos con caballos y armas, adonde el Gobernador despendió todo lo que tenía y tomó de algunos vecinos dineros prestados, y, no bastando todo, atrevióse á gastar de la Hacienda Real de V. M., tomando de sus quintos cierta cantidad de oro, con que se puso en órden la gente. Pedro de Lerma se afrentó desto en gran manera, porque decia que el Gobernador le habia dado palabra de enviarle con este socorro por Capitan general; el Gobernador decia que lo que él le habia dicho, era que habia sabido que Alonso de Alvarado venía mal dispuesto, que si

no estuviese para poder ir, le enviaria á él: de manera que todavía quedó resabiado. Luégo se hizo alarde para ver la gente que podria haber para enviar á esta ciudad, y hallaron ciento de á caballo y más de ciento cincuenta de á pié, en que habia cuarenta ballesteros; vista por el Gobernador la gente, parescióle que no bastaría y tambien temia que el Cuzco no fuese perdido, y, entre muchos pareceres que para esto hobo, fué acordado que fuese Alonso de Alvarado con toda ella á ponerse en la provincia de Xauxa, y que desde allí castigase la muerte de los españoles que en ella se mataron, y que en ninguna manera fuese adelante hasta que le enviase más gente; y partió de Los Reyes en principio de Abril del año de treinta y siete. Á cinco leguas de la ciudad hobo cierto recuentro con los indios de guerra, que le esperaron en un peñol muy alto, adonde los desbarató y mató muchos dellos; hecho esto, pudieron subir el puerto á su salvo, aunque no de sed, porque por falta de agua murieron de sed algunos indios, y los españoles padecieron necesidad.

De aquí fueron hasta Xauxa, que no hallaron quien les impidiese el camino, porque alguna gente de guarnicion, que

estaba en el pueblo, huyeron dejando quemada la puente. De allí á algunos dias, se comenzaron de hacer entradas á una parte y á otra, adonde se atormentaban indios para saber si esta ciudad era perdida; unos decian que eran vivos los cristianos y que estaban dentro cercados de gente de guerra; otros que se habian salido á unos llanos, y que allí se defendian, y como andaban variables á ninguno se creia. Desta manera estuvieron muchos dias esperando á que el Gobernador enviase á mandarles lo que habian de hacer. En este tiempo, paresciéndole á Hernando Pizarro que para lo que tenía determinado, que era no desamparar el Cuzco, teniendo por cierto no haber otros españoles en toda la tierra sino los que con él estaban, tenía necesidad de proveerse de bastimentos, envió un Capitan con todos los que tenían buenos caballos, que serían hasta sesenta, y todos los peones é indios amigos á la provincia de los Canches, con término de veinte dias para que trujesen mucha cantidad de ganados; alejóse obra de veinte leguas, adonde hizo ciertos castigos. Andando entendiendo en esto y en recoger bastimentos, supo el Inga como toda la gente andaba fuera de la ciudad, y que con Hernando Pizarro

no habia sino hombres tollidos y caballos mancos, hizo luégo mensajeros á todas las provincias, enviándoles á decir que era tiempo para acabar de echar los cristianos de la tierra, porque Hernando Pizarro estaba solo con los dolientes y sin caballos, que se juntasen lo más presto que ser pudiese, é viniesen sobre él.

Hechos estos mensajeros, envió cuatro mil indios á tomar el paso al dicho Capitan, que habia ido por provision, porque no pudiesen socorrer la ciudad, y en el paso hicieron cavas muy hondas y fuerzas; y eran ya diez y ocho dias que era partido el Capitan, cuando, paresciéndole á Hernando Pizarro que fuera razon tener nueva dél, envió á Gonzalo Pizarro, su hermano, hácia Tambo, adonde estaba el Inga, á fin que tomasen algunas espías de quien pudiesen informarse de lo que se hacía y lo que el Inga pensaba hacer; y, como habia de andar siete leguas y volver al Cuzco á dormir, partió ántes de media noche. Y acaesció al mismo tiempo venir dos guarniciones de gente de indios de guerra hácia la ciudad, y pasó Gonzalo Pizarro por medio de ambos escuadrones sin verse los unos á los otros. Como fué de dia, diez y ocho de á caballo que llevaba partiólos, enviando los nueve por un

camino y él con los otros se apartó por otro, y tomaron algunas espías, y como entre ellos no habia ninguno que supiese la lengua, no pudieron entender más de saber de la gente que habia pasado hácia la ciudad. Los nueve de caballo toparon con la guarnicion de Chinchasuyo, que serían hasta cuatro mil indios, y como traian los caballos fatigados de lo mucho que habian caminado, estuvieron en muy poco de perderse porque los indios los acometieron con mucha determinacion y muy osadamente, y ellos lo mejor que podian se venían retrayendo hácia el pueblo.

Gonzalo Pizarro y los que iban con él se toparon con la guarnicion del Inga, que serían hasta quince mil indios, gente por extremo muy lucida. Parescióle á Gonzalo Pizarro que no era coyuntura de romper con ellos, y tan grande esfuerzo fué hacerlo y dejar de pelear, segun su condicion, como si á todos los desbaratara, porque si los acometiera no pudiera dejar de perderse. Un indio que traian los nueve de caballo fué corriendo á dar mandado á la ciudad, y salió Hernando Pizarro á socorrerlos con ocho de á caballo, que no habia más en la ciudad que pudiesen ir con él. Hernando Pizarro llegó á tiempo que Gonzalo Pizarro andaba en

busca de los otros nueve de caballo, y los quince mil indios le venían siguiendo con grandísima grita. Los cuatro mil indios de Chinchasuyo ya habian dejado los nueve de caballo que Gonzalo Pizarro andaba á buscar y vinieron á tomar en medio dellos, y de los quince mil indios á Gonzalo Pizarro ántes que llegase Hernando Pizarro; y paresciéndole que el mejor consejo era vencer ó morir peleando, pone las piernas al caballo, y siguiéndole los que con él iban, arremetió rompiendo por ellos, adonde hizo tales cosas que bien daba á entender y mostraba el valor de su persona, y con lo mucho que hizo, ayudándole los demas, que eran nueve de caballo, se sostuvieron hasta que llegaron los otros nueve de caballo que iba á buscar, y Hernando Pizarro con los ocho, el cual, como vió á su hermano con tanta necesidad, métese por el escuadron de los enemigos con tanto denuedo, que no le pudieron sufrir y vuelven las espaldas rehaciéndose en una sierra, adonde, por ser la tierra muy mala y estar los caballos muy fatigados, los dejaron y se volvieron á la ciudad.

Considerando Hernando Pizarro el peligro en que estaban, por ser tan pocos y tener tan cerca tanto número de enemi-

gos, allende de los que cada dia venían y áun los demas que habian de venir, estaba en aquella misma noche muy congojado, porque ninguna nueva tenía del Capitan que habia enviado por bastimentos, y pensando mucho en ello, teniendo por gran inconveniente esperar á ser otro dia cercados, pues forzado habia de ser conoscida de los enemigos la falta de gente y caballos que tenían, paresciéndole que el principal remedio consistía en acometer los indios aquella noche, porque en aquella junta estaban todos los principales caudillos y gente más escogida del Inga, dijo á Gonzalo Pizarro:

«La ciudad está en peligro más que nunca estuvo, porque si somos cercados otra vez no tenemos caballos para pelear de un dia arriba, y ya que pudiésemos, no podemos defender que no nos cojan el maíz que tenemos sembrado, lo cual sería grandísima falta y nos meteria en mucha más necesidad, y no se puede excusar que esta noche volvamos á dar en la junta que dejamos, aunque se nos haga trabajo por lo mucho que hoy los caballos y la gente ha hecho, porque desbaratada esta junta, como es la principal, todos los demas perderán el orgullo que tienen; si lo comunico esto con los españoles, sé cierto

que me han de contradecir porque están cansados, y dejándolo de hacer, sé cierto que nos hemos de perder; por tanto, conviene que esta noche vos en persona apercibais á todos los que estuvieren para ir, porque muy de mañana demos en ellos.»

Gonzalo Pizarro lo puso luégo por obra paresciéndole muy buena la determinacion de su hermano Hernando Pizarro, y juntó hasta veinte y seis de á caballo, que no habia más que pudiesen ir. Hernando Pizarro mandó guiar en saliendo de la ciudad por otro camino por ir más encubierto, y á esta causa fueron sin ser sentidos hasta dar sobre los indios, y llegaron á tiempo que se bajaban de la sierra para venir á poner cerco á la ciudad. Gonzalo Pizarro enderezó con veinte de caballo á un llano, en el cual habia una laguna grande, en el cual estaban veinte mil indios, y Hernando Pizarro con los seis de caballo tomó por un alto adonde estaban mil flecheros que bajaban á tomar en medio á Gonzalo Pizarro, y trabó con ellos una de las más hermosas escaramuzas que jamás se vió, porque como veia que en aquella coyuntura estaba perderse la tierra ó ganalla, hizo cosas tan señaladas que no se puede creer, porque, como eran flecheros y de la guarda del Inga, era muy

buena gente y que peleaban muy sin miedo. Hiriéronle á Hernando Pizarro su caballo y otros dos de los seis, de flechazos, el cual tomó dello tan buena venganza, que de los mil flecheros quedaron los ciento tendidos en el campo y los otros se subieron á la sierra; cosa por cierto muy señalada que con tan pocos de á caballo y con caballos tan cansados pudiesen haber tal victoria. Gonzalo Pizarro entre tanto que esto pasaba habia acometido el escuadron que estaba en lo llano junto á la laguna, y quedaba envuelto con los indios, que como eran muchos y escogidos defendíanselе muy bien; pero como vieron desbaratados los flecheros, desmayaron en tanta manera, que se pusieron en huida, adonde se alancearon pasados de trescientos indios y en la laguna se metieron otros muchos; Gonzalo Pizarro los acometió echándose á el agua: fué muy hermosa montería, que se tomaron como pescado sobre agua. Donde no se siguió más el alcance porque se subieron luégo á la sierra, y los caballos estaban fatigados.

Con esta victoria se vinieron aquel mismo dia á esta ciudad, y en la plaza della cortaron las manos derechas á cuatrocientos que se trujeron presos, envián-

dolos al Inga. Fué tanto el temor que desto los demas cobraron, que todas las guarniciones que estaban en esta comarca se deshicieron, y los cuatro mil indios que tenían el paso al Capitan que fué por bastimentos le desocuparon, el cual entró luégo á otro dia siguiente sin contraste, con pasadas veinticinco mil ovejas y mucho maíz. De ahí adelante los españoles estaban con más descanso, aunque no sin sobresalto porque todas las lunas nuevas tenían rebatos y cercos, mas como ya eran conoscidos de los indios, en saliendo á ellos no paraban. Tenía en todo esto Hernando Pizarro un ardid muy bueno, que así como la gente de guerra alzaba el cerco, iba él luégo y sus Capitanes en busca dellos, de manera que en todo un año que la guerra duró, no se halló que todos juntos tuviesen un dia de descanso, porque viniendo una compañía salia otra. Entre estos indios que se tomaron, se dijo que el adelantado D. Diego de Almagro daba vuelta, como ántes se ha dicho; dióse en alguna manera crédito á ello porque los indios de guerra, todas las veces que se topaban con españoles, les amenazaban diciendo que venía el Adelantado muy enojado, que era su amigo y que los habia de matar á todos. Esto an-

duvo entre los indios bien dos meses, hasta que vino nueva de estar el Adelantado con quinientos españoles á siete leguas desta ciudad, el cual, andando en su descubrimiento, le escribieron como le eran venidas provisiones de V. M. en que le hacía merced de docientas leguas de gobernacion, que comenzasen despues de acabadas las docientas y setenta leguas quel gobernador D. Francisco Pizarro tiene por límite de la suya; pareciéndole que contadas desde el rio de Santiago, donde toma principio, con gran parte no llegan á esta ciudad, no mirando la diferencia que hay á contallas Norte-Sur, ó por las jornadas que se caminan, porque contadas como se han de contar entra esta ciudad del Cuzco con veinte y tantas leguas más adelante en los límites de D. Francisco Pizarro. Lo cual debiera de muy bien mirar el que lo escribió, ántes que dar ocasion á tan grandes deservicios como dello á Dios y á V. M. han sucedido, pues allende del daño que con su vuelta se hizo, se perdió el mucho provecho que del descubrimiento de la tierra se pudiera seguir, no mirando cuánto mejor era ganar de infieles aquello que no venir á tener guerra con los españoles sobre lo que ya estaba sujeto á V. M. y á su Real corona.

Hernando Pizarro, presumiendo que la vuelta del Adelantado pronosticaba mucho mal, tomaba desto que los indios decian alguna sospecha de ser así; mas pareciéndole que podria ser viniese desbaratado, no daba crédito á lo que algunos le decian, diciendo que él no podia creer que él viniese con mal propósito. Considerando, por otra parte, ser imposible su vuelta, no lo podia acabar de creer, y para saber si era cierto hizo un mensajero al Inga para que se informase disimuladamente de la verdad, con una carta en que le decia que no diese lugar á mayores daños, y que lo pasado fuese pasado, que se viniese al Cuzco con seguro de su persona y de los demas que consigo trujese, y que en nombre de V. M. le perdonaba. El indio fué con esta carta, y al tiempo que llegó á Tambo, donde el Inga estaba, eran venidos á él tres españoles mensajeros del adelantado D. Diego de Almagro, con una carta suya en que le hacía saber como era venido y quedaba en Urcos, un pueblo cerca desta ciudad, que le rogaba se viniese adonde le paresciese, y se juntasen para dar órden y manera á que lo pasado se perdonase y V. M. no fuese más deservido.

Aquel dia y otro siguiente tuvo el Inga

consigo los españoles mensajeros, mostrándoles mucho contentamiento, jugando y regocijándose con ellos, y díjoles como estaba allí un indio de Hernando Pizarro que le traia una carta, y que estaba determinado de mandalle matar, que si á ellos les parecia bien que lo mandaria hacer. Ellos le respondieron que sería bien hecho; y decíanlo por complacelle porque tenían muy grande deseo que se viesen él y el Adelantado. Ya estaban bien arrepentidos los españoles de estar en su poder, porque cuando vinieron se habia derrocado una puerta por donde entrasen, y ya la habian tornado á cerrar y habian puesto gente de guarda en ella. El Inga se entró en una cámara con sus capitanes, donde consultó mucho sobre lo que haria de ellos; unos eran de parecer que los matasen, y otros que no, y al fin se acordó que los dejasen ir y que respondiese á la carta del Adelantado; y así lo hizo, y se la dió diciéndoles, primero que se despidiesen, que no quería mandar matar al indio de Hernando Pizarro, sino cortalle la mano derecha, y un español de los tres, por hacerle placer, se la cortó. El Inga mostró en el semblante que le pesaba, porque le pareció gran crueldad; y así se fueron y el indio volvió al Cuzco y dijo á Hernando

Pizarro lo que le pasaba, y que el Inga le habia hecho curar de la mano y le habia pesado de lo que los españoles habian hecho en cortársela, y le dió mantas, que es de lo que ellos se visten, y le envió. Y como se tuvo por cierta la venida del Adelantado, y que estaba tan cerca, y que no habia escrito á Hernando Pizarro, los españoles que estaban con él tuvieron grande alteracion y estaban sospechosos que, pues no escribia y contrataba con los indios, que se confederaba con ellos para venir contra Hernando Pizarro y contra los que con él estaban, y tomarles el pueblo. Hernando Pizarro, no satisfecho con todo esto, mandó á un Capitan que fuese con algunos de caballo hasta Urcos y se informase de toda la verdad; el cual fué y en el camino tomó algunos indios, de los cuales supo que mucha gente de caballo eran idos á Tambo, y para certificarse de lo cierto fué él mesmo y atravesó el camino donde lo halló muy hollado de caballos.

Con esta nueva envió un español á Hernando Pizarro, por donde se acabó de certificar ser el Adelantado, el cual estaba en gran manera espantado como no le escribía ó hacía saber su venida, y presumiendo si por ventura venía desbaratado

y con poca posibilidad, y que el Inga se carteaba con él para engañarle y matarle, acordó de ir hasta Urcos en persona para saber la gente que era, porque los indios le certificaban que le tenían cercado indios de guerra. Y salió con cierta gente de caballo y de á pié, y llegó al mismo valle de Urcos, á donde salió á él un Capitan diciéndole que no pasase adelante, porque él habia quedado allí con cierta gente, y que el Adelantado era ido á verse con el Inga para traello de paz; Hernando Pizarro le respondió: «Yo no vengo á contradecir la voluntad del Adelantado en aquello que fuere servicio de nuestro Príncipe, ántes me habian dicho que venía desbaratado de indios de guerra y venía á socorreros, y si esto no es verdad declaradme vuestra intencion, que yo no querria errar por estar mal informado.» El Capitan respondió: «La intencion del gobernador D. Diego de Almagro es venir y tomar la posesion de esta tierra, de que le hace Gobernador S. M.» Entendiendo Hernando Pizarro el propósito del Adelantado, y viendo el poco reposo que se le aparejaba á cabo de un año que con tanto trabajo y peligro habia sostenido esta tierra, considerando el mucho mal que de esto habia de suceder, paresciéndole por una parte

que el Adelantado venía con determinacion de meterse en el Cuzco, por la otra sabiendo que no tenía provision de V. M. que tal le mandase, porque las que tenía él se las habia traido y suplicado á V. M. por ellas cuando vino en España, parecíale ser gran poquedad entregarle la tierra que estaba dada en gobernacion á su hermano, sin primero ver expreso mandato de V. M. para ello, y como hombre celoso de su honra, tenía en sí ser obligado á dar cuenta desta ciudad á quien se la habia entregado; y comunicó con los suyos lo que se debia hacer, y aconsejáronle que prendiese aquel Capitan y los que con él estaban, y que no diese lugar á mayor daño, porque ellos habian sostenido y defendido esta tierra con mucho gasto de sus haciendas y peligro de sus vidas, y que sobre esto no querian tratar con Gobernador nuevo, y no cierto. Hernando Pizarro les respondió: «No permita Dios que yo haga principio en tan gran deservicio suyo, porque no se podrian excusar muertes de hombres si lo que decís se pusiese por obra, y no quiero sino la paz y concordia que el Adelantado conmigo quisiere, porque basta el desasosiego que hasta ahora hemos tenido, sin comenzar otros de nuevo.

Algunos pronosticaban lo que podia suceder por lo que la otra vez en esta ciudad habian pasado, y pesábales de ver á Hernando Pizarro tan justificado, porque claramente sabian que el Adelantado venía á tomar el Cuzco y hacerse Gobernador dél; y como algunos vecinos la primera vez habian servido y favorecido á su Gobernador, sabian cierto que siendo Gobernador el Adelantado habian de ser desposeidos de sus repartimientos y muy mal tratados, y dijeron á Hernando Pizarro: «Pues vuestra merced no quiere prender á estos, agora que tiene poder y que están divididos, hacemos os cierto que os vereis en tiempo que querais asiros de la oreja y no podais, porque nosotros conocemos la intencion del Adelantado desde la otra vez que se quiso alzar con el Cuzco, y agora que se ve con pujanza no dejará de hacerlo.» Hernando Pizarro les respondió: «Bien conozco que ha de ser así, pero no quiero dar lugar á que se pueda decir á S. M. que yo fuí el primer movedor de tan gran daño, ántes me quiero poner á todo lo que me viniere, y procurar con él toda paz y concordia.» El sufrimiento de Hernando Pizarro en este tiempo se debe tener en mucho, porque si él entónces quisiera bien pudiera pren-

derlos todos, y, éstos presos, el Adelantado no fuera tanta parte. Despues de esto hecho, volvió al Cuzco con mucha priesa, temiendo que el Adelantado no entrase primero en el Cuzco estando él fuera, y para esto caminó toda la noche, y en llegando mandó aderezar las casas del Adelantado para que posase, y hacer el aposento para la gente que con él venía.

El Adelantado era ido con cantidad de gente de pié y de caballo al valle de Yucay, que está cerca de Tambo, para desde allí trabajar de traer al Inga de paz, el cual disimulaba con él todo lo que podia, asegurándole y enviándole presentes de cosas que sus gentes de guerra habian tomado á los españoles que habian muerto, pensando por esta vía asegurarle y traerle á Tambo para matarle con todos los que consigo traia. El Adelantado le envió un Capitan para que le hablase y le dijese que le rogaba viniese de paz, diciéndole que él era Gobernador en la tierra y le desagraviaba de cualquier mal que le hobiesen hecho, porque V. M. le daba esta Gobernacion. El Inga se holgó mucho con el Capitan y le hizo muy buen tratamiento, juntamente con un paje del Adelantado que llevaba consigo, porque entendia bien

la lengua, mas no los dejó volver con la respuesta, esperando que el Adelantado habia de ir por él, y como no fué, hízolo poner á buen recaudo y comenzó á dar guerra á el Adelantado; el cual se salió de Yucay con mucho trabajo, porque habia muchos indios de guerra sobre él y por todas partes le daban harto que hacer. Ántes desto habia escrito Hernando Pizarro al Adelantado con un indio, y envió con él cuatro de caballo, porque la gente de guerra no le matase y porque le dejasen pasar; á los cuatro de caballo tomaron los españoles del Adelantado y los llevaron presos delante dél, y leyeron la carta que llevaba el indio de Hernando Pizarro, en la cual decia así: «Que mirase dónde entraba, porque los indios es gente cautelosa y podríanle órdenar alguna traicion donde se viese en mucho peligro», y otras muchas palabras de buena crianza y mucho comedimiento.

El Adelantado se informó de los españoles en secreto, y uno de ellos le avisó muy particularmente de todo lo que él queria saber, dándole cuenta de toda la gente de pié y de caballo que habia, contándole por sus nombres algunas personas, así vecinos como de los demas, que le servirian á él en todo lo que se le ofreciese,

porque estaban mal con Hernando Pizarro; y estos vecinos son los que dije que le querian mal por el servicio que para V. M. les pedia.

Como estos españoles no volvieron á la ciudad, estaba Hernando Pizarro muy enojado, temiendo no los hubiesen muerto los indios de guerra; y á esta sazon vino un indio que habia ido con los cuatro de caballo, y dijo como el Adelantado los tenía presos. Sabido esto, y pareciéndole que lo debia de hacer á fin de venir sin ser sentido y meterse en la ciudad, mandó á muchos indios se pusiesen por los cerros en atalaya y le avisasen cuando viesen venir el Adelantado, y ellos lo hicieron así, y visto venir la gente volvieron á gran furia á dar aviso de como venían.

Hernando Pizarro mandó tocar al arma, y junta toda su gente salió al camino por donde venía el Adelantado, y á media legua de esta ciudad topó dos caballeros del dicho Adelantado, y á los cuatro de caballo que le habian prendido, los cuales le dieron una carta del Adelantado en que le hacía saber su venida, y que la causa porque no le habia escrito habia sido por ver si pudiera traer de paz al Inga, y que le habia querido burlar y le habia dado guerra y tenido dos dias sin comer, y

muerto un caballo á su capitan Rodrigo Orgoñez, y que le perdonase por haber detenido sus mensajeros, que lo habia hecho por informarse dellos de la guerra pasada, que venía deseoso de saber nuevas. Hernando Pizarro dijo á estos caballeros, que á él le habian dicho que le tenía presos sus mensajeros, y que si era así, creyendo que el Adelantado venía de mal propósito, habia acordado de salirle al camino, pero pues ello no era ansí y su voluntad parescía no ser tan dañada, que él se queria volver, y que dijesen á el Adelantado que le pedia por merced se viniese al pueblo á aposentar, que sus casas le estaban aderezadas, y para su gente tambien estaba hecho aposento; y mandó al capitan Hernando Ponce, y al tesorero Riquelme, y á Gabriel de Rojas, y al licenciado Prado que fuesen á hablarle, enviándole á decir que mirase en la dispusicion que hallaba la ciudad, por donde veria que al servicio de Dios convenia mucho el sosiego y toda paz y concordia, porque siendo lo contrario sería ocasion para que todos se perdiesen, y el Inga se quedase señor de la tierra, y V. M. desposeido de estos reinos y Nuestro Señor muy deservido con la muerte de los cristianos; y que si en algo se queria poner,

que ante todas cosas hiciese mensajeros al gobernador D. Francisco Pizarro, porque él vendria en todo aquello que fuese razon, y que entre tanto podia venirse á la ciudad con todos los que consigo traia, porque descansasen de los trabajos pasados, y ofreciéndole su casa y hacienda, con otros muchos cumplimientos. Y con esto se volvió él á la ciudad, y los mensajeros fueron; los cuales, despues de haber hablado en público al Adelantado, se apartaron en secreto, donde hobo alguno entre ellos que derramó tanta cizaña, que fué causa del mucho mal que despues sucedió.

Los mensajeros volvieron esa noche y dijeron á Hernando Pizarro que el Adelantado no queria venir á aposentarse á la ciudad hasta ir á sacar su gente de Urcos, que estaban en tierra fragosa y en peligro; Hernando Pizaro le proveyó á él y á toda su gente de comida aquella noche, y le envió á decir que se viniese á descansar á la ciudad, porque traia su gente fatigada, y que él iria con la suya que estaba más descansada á sacarlos de Urcos, y el Adelantado se lo tuvo en merced y dijo que no queria sino ir él á sacarlos. Otro dia, por la mañana, paresció junto á la ciudad con toda su gente á punto de

guerra; en la ciudad tocaron al arma, juntándose en la plaza para esperar lo que quisiese hacer, creyendo que se venía á meter en ella; el cual dejó el camino real y subió por una calzada que va á dar á la fortaleza y pasaron por detras della, y fueron rodeando hasta ponerse sobre las laderas de Andasuyo, de donde se veian los unos á los otros. Luégo se bajó de allí y se fué por el camino de Urcos, y desde á dos dias volvió con toda su gente y asentó real una legua desta ciudad; esto fué lúnes diez y ocho de Abril de mil quinientos y treinta y siete años. Y sabiendo Hernando Pizarro que estaba allí, le envió sus mensajeros diciéndole que para qué asentaba real tan cerca de la ciudad, que se viniese á ella pues le estaba hecho aposento; el cual, viéndose ya con toda su gente junta, mostró el ruin propósito que tenía, y respondió con soberbia: «Decid á Hernando Pizarro que yo no tengo de entrar en la ciudad si no por mia, y que no tengo de posar sino en las casas que él posa.»

Hernando Pizarro le tornó á enviar sus mensajeros y á decir que mirase que los indios estaban de guerra, y que sería muy gran daño que entre ellos hobiese revuelta, que holgase de venirse á la ciudad

y estar en ella como amigo, y que entre tanto que venía D. Francisco Pizarro, ó le hacían mensajeros para que entre ellos hobiese concierto, procurarian de hacer la tierra de paz, y si quisiese que conquistarian juntos, ó que partirian la conquista, y que desta manera se podria V. M. servir y aquellos reinos pacificar. El cual respondió que él tenía provisiones de V. M. de Gobernador, y habia de entrar en la ciudad por suya, y que el que se lo quisese defender le pesaria dello; miéntras pasaba esto, salian del pueblo muchas personas á se comunicar con sus amigos y hablar con el Adelantado, donde iban algunos que se tenían por sospechosos, los cuales hicieron tanto daño en lo que tocaba á tener confederacion y paz, que fuera mejor no ser nacidos, porque si cizañas y parlerías no hobiera, jamás vinieran á las manos; y estos con razon deben ser castigados por sus malas lenguas, pues guardando sus personas del peligro causaron tanto mal como lo que hasta agora en esta tierra se ha seguido.

Luégo comenzó á caminar el Adelantado al paso de los caballos, sus banderas tendidas, á meterse en esta ciudad, y ántes que llegasen, dejando el camino, se apartó á la parte de Condesuyo en

torno de la ciudad, hasta ponerse muy cerca, asentando campo en unas tierras un tiro de ballesta del pueblo, adonde su Capitan general, que se decia Rodrigo Orgoñez, ordenó la gente desta manera: de toda la de á caballo hizo un escuadron, y de los piqueros y arcabuceros y ballesteros otro, y las banderas enarboladas. Hernando Pizarro, al tiempo que ellos comenzaron á caminar hácia la ciudad, mandó luégo tocar al arma y se puso con su gente en la plaza para resistirla, y, visto lo que el Adelantado hacía, mandó hacer de su gente otros dos escuadrones, el de á caballo encomendó á su hermano Gonzalo Pizarro, y él se puso delante la infantería con un montante en las manos; y aquí conosció la tibieza de muchos que no quisieron salir por estar ya prevenidos del Adelantado, de aquel tiempo que se habia comunicado la una gente con la otra: y desta manera estaban los unos y los otros. Hernando Pizarro juntó allí consigo los de cabildo y acordóse que fuese un Alcalde con dos Regidores á requerirle de parte de V. M. que no alborotase la ciudad, y que si provisiones de V. M. tenía, que las presentase en el cabildo y que se veria si V. M. le daba esta ciudad en gobernacion. El cual dijo que ansí lo haria,

y asentaron treguas entre él y Hernando Pizarro por aquel dia hasta otro dia á medio dia. Luégo, por la mañana, envió á presentar las provisiones, y ántes que las presentase requirió á Hernando Pizarro que no estuviese con los Regidores por cuanto era parte, y él lo hizo así; y presentadas las provisiones é vistas por los Alcaldes y Regidores, con consejo de letrado, le respondieron que obedecian la provision de V. M., y en cuanto al cumplimiento della, que V. M. le daba por gobernacion doscientas leguas que se contasen desde donde se acababan los límites de la gobernacion del gobernador Don Francisco Pizarro en adelante, y que la dicha gobernacion no estaba partida ni dividida, y que esta ciudad habia poblado D. Francisco Pizarro y la tenía por de su gobernacion, y que se hiciese la division y particion, y que hasta que esto se viese por pilotos no diese lugar á tan gran escándalo, porque era para perderse los unos y los otros y tornar esta tierra á poseerla el Inga como de ántes; y que si esta ciudad, hecha la dicha division y particion, cupiese en sus límites, que estaban prestos de le rescibir por Gobernador, y que desde entónces le daban por rescibido, y en otra manera no.

Y vista esta respuesta por el Adelantado, no contento con ella, siendo hora de medio dia, mandó tocar arma para meterse en esta ciudad, y asimismo Hernando Pizarro para defendérselo; y salieron el Tesorero de V. M. y el licenciado Prado á meter paz entre ellos, y lo que pudieron acabar entónces fué alargar las treguas hasta el miércoles á vísperas, porque el Adelantado decia que queria probar como caia en sus límites esta ciudad, y segun paresció fué cautela para aquella noche dar sobre el pueblo y tomarlos descuidados, como lo hizo despues: con esto pasaron los unos y los otros esperando el miércoles. Hernando Pizarro, teniendo por cierto que se guardarian las treguas, estuvo aquella noche más descuidado que fuera menester, y tambien porque pensaba de venir en medio con que hobiesen concordia hasta que el Gobernador supiese lo que pasaba. La media noche sería cuando en el real del Adelantado hubo alboroto, fingiendo que las puentes de la ciudad se quebraban; y no mirando las treguas que tenían puestas, con toda la priesa que pudieron, apellidando: «Almagro, Almagro y mueran los traidores,» entraron de golpe por todas cuatro puentes, que ninguna hallaron quebrada, y vinie-

ron á se juntar en la plaza, y desde allí se repartieron á tomar las calles. Y Orgoñez, capitan general del Adelantado, con el mayor golpe de la gente entró en las casas del gobernador D. Francisco Pizarro con grandísimo alboroto de voces apellidando: «Almagro, Almagro.» Hernando Pizarro estaba muy descuidado echado sobre su cama, teniendo confianza en las treguas, y levantándose se armó á mucha priesa, y lo mismo su hermano Gonzalo Pizarro, y salió con una lanza y una adarga; y algunos que con él dormian en su posada, que serían hasta ciento, huyeron, que no quedaron con ellos más de quince hombres: él se puso á una puerta del aposento y Hernando Pizarro á otra adonde se defendian lo mejor que podian.

La gente que se derramó por la ciudad saqueaban las casas de los vecinos, y en la casa de Hernando Pizarro y en todos los otros aposentos hacían lo mismo. Orgoñez y su gente arremetieron á las portadas que guardaban Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro, en las cuales hallaron gran resistencia, de manera que, aunque las puertas eran grandes y los que las guardaban pocos, no se atrevieron á entrar, y aquí era toda la mayor priesa, porque como sabían que estaba allí Hernando

Pizarro, parecióles que si lo mataban ó lo prendian era todo acabado. Mas él trabajaba tanto y peleaba con tanto esfuerzo, que viendo Orgoñez la mucha resistencia que en su persona hallaba, y que á esta hora le habian herido algunos de su parte, envió á decir al Adelantado que estaba en la plaza que Hernando Pizarro se defendia con los suyos, y que no habia otro remedio sino echalle fuego á la casa. El cual respondió, que si no le podian prender se hiciese así; y áun no era vuelto el mensajero con la respuesta cuando ya el aposento comenzaba á arder, y á la claridad del fuego se veian muy bien todos, y Hernando Pizarro tenía en su adarga muchas saetas hincadas que le tiraban desde fuera, que por animar su gente estaba siempre delante defendiéndolos. Y como ya estaba toda la ciudad tomada y habian quitado las armas á los vecinos, cargó allí toda la gente, y era la priesa tanta, que apénas cabian en el patio de la casa.

El aposento donde estaba Hernando Pizarro era grande como una iglesia, y edificado á la manera de indios, y en aquel lienzo que salia al patio tenía dos portadas grandes sin puertas, en las cuales estaba defendiéndose Hernando Pizarro y su hermano, el cual andaba de una

puerta á otra, acudiendo siempre adonde habia la mayor priesa; habria de una puerta á otra quince pasadas. Ya en este tiempo ardía por todas partes la posada, y caian ya pedazos de fuego encima de Hernando Pizarro y de los suyos, y tambien le habian muerto un hombre y herido siete ú ocho de los catorce que con él estaban, y ellos habian muerto otro español y herido á muchos, porque eran ofendidos de muchos; pero no por eso mostraba punto de flaqueza, ántes era la priesa tanta, que parecia que diez mil hombres se combatian, y los suyos decíanle viendo que no se podian por ninguna manera dejar de quemar ó prender, que se diesen, y él respondíales que peleasen. Pero era ya tanto el humo y el calor que por ninguna vía se podia sufrir; y viendo esto los que con él estaban, que eran tan pocos que no llegaban á diez, decian: «Señor, mejor sería que os diésedes á prision que no morir quemado juntamente con nosotros, y ya que no lo hiciésedes por vos debríadeslo hacer por no ver morir á Gonzalo Pizarro, vuestro hermano;» él respondió: «Esperaos que aún tiempo hay.»

Así se sostuvieron un poco hasta que ya se venía abajo toda la madera de la

casa, y los de fuera estaban admirados de ver la perseverancia de Hernando Pizarro; mas como los que estaban con él viesen que el aposento se venía abajo, avisándole á mucha priesa dello, él miró arriba, y, como vió que era así, sin apresurarse ninguna cosa salió al patio, y aún no estaba bien fuera cuando vino abajo toda la casa, y luégo cargaron sobre él y sobre Gonzalo Pizarro, quitándoles á mucha priesa las armas y tan al redropelo que no se daban á manos, y los echaron presos á ellos y á otras personas, tomándoles los caballos de sus posadas.

Toda esta noche, hasta que amaneció, no se entendió en otra cosa sino saquear las casas de las personas que sabian estar bien con el gobernador D. Francisco Pizarro, hasta que el dia comenzó á descubrir el desacato y deservicio que se hizo á Dios y á V. M. Y siendo bien de dia, estando los amigos del Gobernador presos y otras personas principales del pueblo, cabalgó un secretario del Adelantado, con un pregonero á las ancas del caballo, pregonando que mandaba el gobernador don Diego de Almagro que todos los vecinos y otras cualesquier personas, so pena de muerte, saliesen á la plaza para que oyesen pregonar la provision Real; adonde salie-

ron todos sin armas, con todo silencio, como si fuera auto de posesion. Serían ya dos horas de dia, cuando por esta solemnidad se soltaron algunos Regidores, y les mandó Almagro que se juntasen todos en cabildo en la iglesia mayor y le recibiesen por Gobernador, y ellos se juntaron y lo reçibieron, aunque algunos contra su voluntad. Hecho esto, se pregonó la provision, y luégo llevaron á Hernando Pizarro y á Gonzalo Pizarro á las casas del Sol por ser aposento muy fuerte, poniendo con ellos un Capitan con treinta hombres para que los guardasen, y no dejasen que ninguna persona hablase con ellos, porque no les diese algun aviso.

El Inga estaba esperando en Tambo, con mucha gente de guerra y muy á punto, pareciéndole que matándose los unos con los otros podia él entrar á despartir y matar los que quedasen y quedar señor de toda la tierra, y no llevaba mal camino su propósito, si Dios por hacernos muy señalada merced no lo remediara de manera que murieron pocos españoles. El Adelantado le hizo mensajero, diciéndole que ya podia venir seguro al Cuzco, porque él era Gobernador y tenía presos á sus enemigos, que viniendo le perdonaria todo lo pasado. A esto le respondió el

Inga que mirase quién era Hernando Pizarro, y que era señor y que le tratase muy bien; intervenia en estos conciertos Paulo, su hermano del Inga, y de secreto le enviaba á decir que le querian engañar para quemarle, y esto hacíalo el Paulo porque, no viniendo el Inga, era él señor. Y en esto intervenian cartas que escribia el Adelantado, y el Inga respondia y daba razones por donde no le estaba bien venir de paz. De ahí á ocho dias se hicieron grandes pesquisas de las personas que se hallaron en favor de Hernando Pizarro, y de otras muchas cosas que, por ser casos de proceso, no escribo. A Hernando Pizarro tenían con muy gruesos grillos y cadenas en las casas ya dichas, y muy pocos dias se pasaban que no tenían sobresaltos que los querian degollar; sobre esto habia muchos acuerdos, y unos decian que era bien y otros que no, y al fin no se hizo, pero si alguno hablaba algo en favor del Gobernador y de sus hermanos luégo lo prendian.

Ya arriba digimos como el capitan Alonso de Alvarado estaba en Xauxa, esperando la gente que el Gobernador le habia de enviar para venir á este pueblo, porque, sospechando ser todos muertos, no se determinaban á venir sino con gran

posibilidad. Esperando esto estuvo muchos dias en Xauxa, enviando cartas por muchas vías á Los Reyes, las cuales no podian pasar por el mucho cuidado que los indios de guerra tenían en guardar los caminos, para que no pasase gente de guerra de la una parte á la otra, y, como el Gobernador le habia mandado que sin carta suya no fuese adelante, estaba en gran confusion, porque algunas personas particulares amigos de Hernando Pizarro, con deseo de saber de él, le daban mucha priesa que fuese al Cuzco, porque mayor inconveniente sería por falta de socorro morir todos los que estaban en él, que no hacer la jornada sin licencia del Gobernador, y para esto le hicieron un requerimiento para que se partiese luégo al socorro del Cuzco, de lo cual el Capitan quedó enojado; y pareciéndole manera de escándalo, porque Pedro de Lerma le queria mal, determinó prenderle con otras personas que entendian en ello, al cual tuvo preso haciendo proceso contra él para enviarle preso al Gobernador. Esto no hobo efecto porque se entendió en ello de manera que se disculpó el Pedro de Lerma, diciendo que su intencion era buena.

Pues viendo Alvarado no habia ni es-

peraba aviso del Gobernador, determinó con alguna gente de á caballo y de á pié llegarse hácia Los Reyes, y escrebir todo lo que pasaba al Gobernador, y acordó de irse á un cacique que estaba de guerra por castigalle y traelle de paz; y estuvo allí un mes, donde escribió, y el Gobernador le respondió y le envió con el capitan Gomez de Tordoya mucha gente de caballo y de pié que ya era venida de Castilla y de la Nueva-España. Y sabido esto por Alonso de Alvarado, fué á esperalla á un pueblo que se dice Guadacherí, adonde hay un mal paso, con temor que los indios de guerra no los esperasen, porque estaba allí en guarnicion un capitan del Inga guardando aquel paso, el cual, temiendo no le tomasen en medio los cristianos, se retiró, y así subió la gente española que venía de Los Reyes á su salvo, y se juntó con el capitan Alonso de Alvarado, y caminaron luégo todos por Xauxa, y de allí al Cuzco porque así se lo encargaba el Gobernador; el cual quiso venir con esta gente, si no se lo estorbara con requerimientos la ciudad, poniéndole delante su edad y el trabajo que se le ofrecia delante, paresciendo á todos ser muy grande inconveniente, teniendo por muertos todos los desta ciudad, poner su

persona en aventura, de manera que casi por fuerza se lo estorbaron.

Llegó Alonso de Alvarado á Xauxa y juntó toda la gente; hobo muchas opiniones porque habia mucha falta de indios que les llevasen bastimentos: unos decian que fuesen á entrar y los traerian, otros que fuesen al Cuzco como pudiesen, al fin acordaron que se fuesen á entrar para traer indios. En esto se tardó cerca de un mes, al fin del cual, traidos indios, partieron de Xauxa con mucha buena órden, y hecho alarde todos los que eran, se hallaron doscientos hombres de caballo y trescientos piqueros, y arcabuceros y ballesteros, y de todos quinientos. Era Alonso de Alvarado capitan general. Fueron por sus jornadas, que no hallaron resistencia sino en un rio que tiene la puente de peña; aquí los esperaban una guarnicion de gente de guerra. El Capitan esa noche dió en ellos al cuarto del alba y pasó por un vado y les ganó el paso, y mataron y prendieron mucha gente; de los presos se informó del Cuzco, y como siempre decian los unos en contrario de los otros, no creian cosa. De aquí fué por sus jornadas hasta llegar á Andaguaílas, treinta leguas desta ciudad, donde hizo un mensajero á Hernando Pizarro, escribiéndole

como iba á socorrelle porque ya indios le habian dicho que era vivo, y estaba aquí sin ningun peligro, dándole cuenta como no se habia podido enviar el socorro en más breve tiempo, y que por nuevas de indios sabía que el Inga estaba fuerte en Tambo, que si le parescia iria á él por aquella parte, y su gente de acá podria ser prendelle ó desbaratalle. Estos mensajeros fueron con esta carta, á los cuales prendió cierta gente de caballo que estaba puesta en la puente de Apurima por el Adelantado, para que no fuese ni viniese ningun aviso, y los trujeron con las cartas al Adelantado.

De aquí vino Alvarado á Cochacaxa, veinte y dos leguas desta ciudad, adonde dijeron los indios que en una bajada grande, que de allí al rio que llaman de Abancay hay, habia pasos quebrados; Alvarado, temiéndose de indios, envió á Pedro de Lerma con gente de caballo y de pié á descubrir el campo, el cual llegó hasta una puente de red por donde se pasa el rio, adonde halló un peon que entónces le acababa de pasar, el cual dijo de la manera que el Adelantado habia entrado en el Cuzco, con todo lo demas que habia suscedido. A todos pesó en gran manera destas nuevas, paresciéndoles que era oca-

sion para que la tierra jamás se conquistase; Pedro de Lerma envió con el peon dos de caballo para que informase al General de lo que pasaba, enviándole á decir que queria dormir aquella noche en la puente. Estas nuevas pusieròn á todos en muy gran confusion, porque unos decian que era bien pasar adelante y seguir su camino, y otros que esperasen allí, otros que se retrajesen y lo hiciesen saber al Gobernador. Otro dia, de mañana, Alvarado envió á llamar á Pedro de Lerma, para que con parescer suyo y de otras personas se determinase lo que sería mejor hacer, el cual, venido, se acordó que todos se estuviesen quedos por ser el paso muy fuerte por el rio y la cuesta, y donde podrian esperar á que el Gobernador les enviase á mandar lo que habian de hacer.

Como las cartas que el general Alvarado escribia á Hernando Pizarro llegaron á poder del Adelantado, supo por ellas la gente que traia, é paresciéndole que sin mucho riesgo no se podia aprovechar della, acordó de escribille una carta, contrahecha la firma de Hernando Pizarro, en respuesta de la que él habia enviado, en que le decia que fuese bien venido y que no dejaba de venir á buen tiempo,

aunque hasta allí, por haber tardado el socorro, se habian sostenido con gran peligro; que á lo que le escribia de la manera que le parescia habian de ir al Inga, era así muy bien acordado, que de su gente hiciese dos partes, enviando la una por un camino que se aparta para Tambo y que la otra viniese por el camino real á juntarse con él, y que por esta vía, tomándole en medio, no se les podia escapar de muerto ó preso. Despues desta carta escrita, escribieron otra en que escribian diciendo, que Hernando Pizarro decia que era mejor que todo el ejército viniese junto para aprovecharse mucho dél. Con este ardid tenían pensado que Orgoñez con toda la gente se viniese á los aposentos de Apurima, los cuales tienen una quebrada hácia el camino de Los Reyes, y desde ella para los dichos aposentos se hace una calzada angosta, con sola una entrada por donde no puede subir más de uno ó dos de caballo, y que estando él allí en celada, uno á uno y dos á dos los desarmarian y los harian jurar que rescibian por su gobernador á el Adelantado; y como Alonso de Alvarado estaba ya informado de todo lo que pasaba, holgó en alguna manera de ver cuán ruin salida tenía la cautela, y fingiendo que no

lo entendia les respondió dando á entenderlo.

Viendo el Adelantado que su ardid no tuvo efecto, envió á Diego de Alvarado y á Gomez de Alvarado y otras personas, para que de su parte hablasen á Alonso de Alvarado; en este tiempo tenía guardas en la puente, y con ellas por capitan á Cristóbal de Villalva, hijo del coronel Villalva, y al tiempo que llegaron los dichos mensajeros, habia ido Alonso de Alvarado á ver el recaudo que tenía en la puente el dicho Villalva con la gente que le habia dado para guarda della, y cuando se quiso volver, trajo consigo al real los mensajeros, los cuales comunicaban y hablaban con algunos que conoscian, no dando á entender que traian provisiones hasta saber de qué propósito hallaban la gente. Algunos que eran amigos del gobernador Pizarro, avisaron á Alonso de Alvarado diciéndole que convenia mucho prendellos y no dar lugar á que convocasen las gentes, y que por ser personas principales podian, con tenellos presos, venir á partidos con el Adelantado, y que allende desto cumplia mucho á su honra, porque, siendo deudo dellos, dirian que se confederaba con ellos para ser contrario y enemigo de don Fran-

cisco Pizarro. Paresciéndole bien este aviso á Alonso de Alvarado, habló á los dichos mensajeros con muy buen comedimiento, diciéndoles que convenia al servicio de V. M., y para que entre los Gobernadores hobiese paz, quedasen en su poder presos, que les pedia por merced le perdonasen, y, tomándoles las armas, con guardas de confianza los puso en una tienda, vedando que no les dejasen hablar con personas de sospecha.

A ésta sazon ya el Adelantado venía con todo su real á la puente, con gran copia de gente para guardalla; sabido por Alonso de Alvarado como venía tan cerca y la gente que traia, y que dejaba á Hernando y Gonzalo Pizarro en el Cuzco con grandes prisiones, mandó á treinta de á caballo fuesen á guardar un vado, y asimismo por todos los demas vados por donde se presumia poder pasar hizo poner españoles, para que si algo viesen le avisasen luégo. El Adelantado llegó y asentó su real desta parte del rio, y mandó hacer requerimientos á los de la puente para que le desembarazasen el paso, porque él era Gobernador y no otro; las guardas respondieron que sin licencia de su Capitan general no eran ellos parte para ninguna cosa. Los indios de Paulo, andaban

corriendo el campo el rio arriba y el rio abajo, los cuales vieron treinta de caballo, y paresciéndoles gran cantidad de gente, presumiendo que iban por un camino que hay por allí despoblado á meterse en el Cuzco, fueron á mucha priesa á avisar al Adelantado, que le puso la nueva en tanto sobresalto que no sabía de sí, y luégo despachó un mensajero al Cuzco con un mandamiento para el teniente que dejó en el Cuzco, en que le mandaba que si españoles de Alonso de Alvarado fuesen, que luégo cortasen la cabeza á Hernando Pizarro. Él se partió con toda la gente, que no paró hasta entrar en esta ciudad; Orgoñez llegó de ahí á dos dias con la rezaga.

Un vecino del Cuzco que se llamaba Castañeda estaba muy atemorizado, porque él habia sido en enviar el español que avisó á Alonso de Alvarado, y amenazábanle que le habian de justiciar; con este temor y porque supo que hacian pesquisa contra él, una noche, al medio della, determinó de huirse al real de Alonso de Alvarado, llevando consigo diez ó doce mil castellanos que tenía, y fuése fuera del camino. Los que estaban en su casa avisaron luégo al Adelantado, el cual mandó á Paulo que con toda la diligencia que

fuese posible enviase muchos indios á buscarle, y vivo ó muerto se lo trajesen; doce leguas de aquí le alcanzaron y queriéndole prender, y á él paresciéndole afrenta dejarse atar de indios, no lo consintió, de manera que le mataron y cortaron la cabeza, la cual trujeron con los dineros á el Adelantado, para dar testimonio de su buena diligencia. El cual, viendo la buena voluntad con que Paulo lo servía, paresciéndole que el Inga era ya excusado venir de paz, determinó de hacelle Inga é principal señor entre los naturales, y para ésto convocó muchos caciques y gente principal y comun de toda la tierra, los cuales le rescibieron é juraron segun entre éllos lo usan, apercibiéndoles que estuviesen prestos con sus armas y á punto de guerra, para ir sobre Alonso de Alvarado. Con esto Paulo hacía llevar al real de Alonso de Alvarado muchas cartas y avisos con indios, que no eran sentidos porque, como se metian entre los indios del real, no los conoscian y daban sus cartas y llevaban respuesta de muchos al Adelantado, en que se le ofrecian, avisándole que viniese presto, que todos moririan por él. Estos se supo despues que eran de la parcialidad de Pedro de Lerma.

En este medio, Alonso de Alvarado habia enviado un Capitan con catorce de caballo á avisar al Gobernador de todo lo que pasaba, y visto por Alonso de Alvarado no venir el Adelantado ni haber nueva dél, envió un Capitan con treinta de caballo, gente escogida, á correr el campo y tomar nuevas de indios de lo que hacía; al tiempo que llegaba cerca de la puente de Apurima, venía ya el Adelantado con toda la gente, y aunque quiso defenderse en un paso que tomó, dejando los caballos, no pudo porque sobrevinieron muchos de los contrarios, y forzado se hobieron de dar á prision; algunos se salvaron que no se apearon, que fueron á dar aviso á Alonso de Alvarado y su ejército, que no fué poca alteracion la que rescibieron. Pedro de Lerma ya muy á la clara se mostraba parcial del Adelantado, porque allende de lo que en sus palabras se parescia se carteaba con el Adelantado, enviándole á decir que qué hacía que más amigos que contrarios tenía en aquel real; Alonso de Alvarado fué avisado desto, y en secreto hizo enviar gente para prenderle. Pedro de Lerma lo supo, y pareciéndole ser culpado se escondió, y á pié huyó el rio arriba, donde fué preso de cuatro hombres de pié que guardaban un

vado, y teniéndole preso se confederó con los tres dellos, y confederados prendieron el otro y lleváronlo por fuerza, y en el camino se les soltó y vino á decillo á Alonso de Alvarado.

En esto era llegado el Adelantado y habia sentado real desta parte del rio con trescientos de caballo y otros tantos de á pié, y habia muy grandes requerimientos de una parte y de otra, adonde Alonso de Alvarado pedia la libertad de Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro, y el Adelantado no queria venir en ello. En este tiempo no se podia vadear por muchas partes el rio; para remedio desto tenía Alonso de Alvarado hecho un baluarte muy largo, puestas unas piedras sobre otras sin mixtura ninguna, adonde estaban puestos piqueros y ballesteros y algunos arcabuceros, y Alonso de Alvarado estaba en la puente con cincuenta hombres sobresalientes de quien más se fiaba para socorrer á la necesidad, y en lo alto estaba un Capitan suyo con poca gente por guarda de los prisioneros. A prima noche comenzó á jugar la artillería, los indios de Paulo que eran pasados de diez mil estaban hechos escuadrones á la orilla del agua, y era tanta la infinidad de piedras que con las hondas echaban de la otra

parte, que no habia español que pudiese andar sino por detrás del baluarte; toda la noche duró la grita de los indios por sus cuartos para desvelar los españoles. Media hora sería ántes del alba cuando trescientos de caballo, todos de un tropel, se echaron al rio; los que estaban de la otra parte y otros amenazaban á los que tocaban al arma, de manera que apellidando «Almagro» llegaron al baluarte, adonde no hallaron sino dos ó tres hombres que se le resistiesen, y como no eran parte, desamparándole, fueron dando voces, «arma, arma», hácia la puente. Toda la gente de caballo pasó á la otra parte y se apearon luégo, paresciéndoles ser mejor pelear á pié por ser de noche y la tierra fragosa.

Alonso de Alvarado, como fué avisado que los enemigos habian ganado el baluarte, hallóse con obra de cincuenta hombres en el camino angosto que se hace entre el rio y una sierra, adonde se defendió y los hizo retraer hácia atrás, como muy valentísimo hombre; los del Adelantado comenzaron á dar voces diciendo: «arriba, arriba, ganémosle lo alto»; Alonso de Alvarado, paresciéndole que si le ganaban lo alto era del todo perdido, quísolo él ganar primero por un camino

angosto que venía á dar á quella parte con veinte hombres que siguieron á Alonso de Alvarado, y por ir á pié tuvieron lugar los contrarios de ser arriba tan presto como ellos, porque para esto habian ya tomado los caballos. Viendo Alonso de Alvarado y los pocos que con él estaban no ser ninguna parte para defenderse, diéronse á prision abajando todos al rio, donde estaba el Adelantado que habia ya pasado el rio. A todos hablaba muy bien paresciéndole que los habia menester por amigos, porque tenía determinado de ir luégo á Los Reyes; un Capitan suyo con ciento de caballo subió á lo alto, donde tenía Alonso de Alvarado á Diego y Gomez de Alvarado, sus prisioneros, y los soltó, y robó y saqueó cuanto habia en el real, y lo mismo hacían abajo en el rio. Luégo avisaron á Diego y Gomez de Alvarado que el Adelantado queria cortar la cabeza á Alonso de Alvarado y Gomez de Tordoya, que fuesen á rogar por ellos pues eran sus deudos, y ellos fueron á mucha priesa; fué mucho acabar con el Adelantado los dejase de justiciar. Murieron de la parte de Alonso de Alvarado, D. Pedro de Sotomayor y otros cinco hombres, y del Adelantado dos que se ahogaron en el rio.

Hecho esto y preso Alonso de Alvarado y otras personas, se tornó á su real con toda la gente, salvo el Capitan que estaba arriba haciendo llamar los españoles que estaban puestos por los vados, los cuales no pudieron hacer otra cosa sino venir, viendo ya no haber otro remedio. A Alonso de Alvarado y Gomez de Tordoya echaron grillos, é á Cristóbal de Villalva, amenazándolos cada momento con la muerte. Visto por el Adelantado el buen subceso que en la entrada del Cuzco y en esto habia tenido, paresciόle á él y á otros que si luégo iba á la ciudad de Los Reyes y prendian ó mataban al Gobernador, que no dejaban cosa por hacer; mandóse apregonar que todos se apercibiesen para la jornada, así los que vinieron con Alonso de Alvarado como los que él tenía de ántes, y para saber qué gente habria se hizo alarde. Algunos, viendo que bastaba lo hecho, fueron de contraria opinion en esto, y tambien porque tomando por fuerza á Los Reyes, no podria dejar de haber muy gran desconcierto por haber mujeres casadas, contradecian mucho tal propósito al Adelantado y á Orgoñez que insistian en ello, temiendo que el Gobernador, como estaba en el puerto, hiciese gente y despues no fuese parte

para resistilla. En determinar esto estuvieron dos dias, en fin de los cuales se determinó venir á esta ciudad del Cuzco, adonde llegados, por dar contento á la gente que consigo tenía, mandó pregonar que ningun vecino se sirviese de sus indios, porque él suspendia los repartimientos, no queriendo que ninguno tuviese cosa conoscida hasta que él hiciese el repartimiento general. Desto redundaba gran daño para la pacificacion de la tierra, porque los españoles se desmandaban, y á rienda suelta robaban los caciques, y como cada uno quiere mucho lo que es suyo, por defendello mataban muchos que no sabian; de donde los naturales, hasta agora, han tenido y tienen temor de venir de paz, y aunque algun vecino se quejaba que le detenian su repartimiento, respondia el Adelantado que hobiese paciencia que no habia cosa propia.

Por todos los caminos que habia para la ciudad de Los Reyes habia puestos indios de Paulo, á fin que no dejasen pasar ningun español que fuese para el Gobernador, lo cual fué causa de matar á cuatro españoles del mismo Adelantado pensando ser de los que habian venido con Alonso de Alvarado. Viendo el Inga que su propósito no tenía efecto, se retiró á las sierras

de Tambo, á un pueblo que se dice Amaybamba, dejando los caminos por donde pasó cortados, que ningun caballo podia caminar, llevando consigo los españoles que tenía presos. El Adelantado mandó á Orgoñez que fuese á buscarle y muerto ó preso se lo trujese, el cual fué con trescientos hombres de pié y de caballo, con mucho trabajo, que los caballos no podian pasar los pasos quebrados, y fuéles forzado ir todos á pié; en un llano, dos leguas de donde estaba el Inga, esperaron algunos indios, mas como habia mucha gente volvieron las espaldas. La nueva fué al Inga, el cual huyó en unas andas y se fué á Urcos, donde hay muy malos pasos de rios. Los españoles siguieron el alcance, bien siete leguas ú ocho, prendiendo y matando mucha gente; los españoles que el Inga llevaba presos tuvieron lugar de esconderse, saliendo al camino á Orgoñez, el cual se quedó con algunas personas muy cansado esperando los caballos, porque habian ido españoles con indios á abrilles el camino; los demas fueron en el alcance hasta una puente de un rio grande, adonde con mucha priesa, por pasar, se ahogaron muchos indios de los que huian, deshaciéndose parte de la puente, porque llegados cristianos no se

la dejarian deshacer: los españoles no osaron pasar adelante porque se hallaron pocos y muy cansados.

Orgoñez llegó otro dia de mañana, y mandó cortar arboledas y aderezar la puente; todo aquel dia se pasó en esto, y el siguiente, ántes que amaneciese, pasaron, y no habian andado gran trecho, cuando tornaron á dar en indios de guerra del Inga, no parando de correr hasta llegar al pueblo de Urcos, ya tan cansados los caballos que no podian pasar adelante; aquí se hallaron mucha ropa de los españoles muertos, adonde por saquealla se derramó la gente por el pueblo, dando lugar á que el Inga se alejase, que al tiempo que ellos llegaron salia él de allî tan fatigado y desamparado de los suyos, que iba á pié por no haber quien le llevase. Orgoñez pasó adelante con tres ó cuatro de caballo, dejando en las casas del Sol españoles que las guardasen, porque dejaron allí el Sol con todas las mujeres que tenían cargo dél. Esa noche llegó al pié de un puerto muy alto y de mucha nieve, habiendo dejado detras las andas, y llevaba consigo no más que veinte indios lucanes, que es la más suelta gente que hay en estas partes, los cuales á ratos le llevaban del brazo, porque de cortado y cansado

no se podia valer; Villahoma iba allí esforzándole todo lo que podia.

Pues como Orgoñez llegó al puerto con cuatro de caballo, mandó á los dos que le subiesen porque tenían los caballos mejores, y él quedó esperando gente; á media noche, poco más, se juntaron hasta veinte de caballo, y con ellos subió el puerto y caminó toda la noche, y otro dia anduvo hasta un pueblo donde estaban los indios tan descuidados, que conocieron claramente haber errado el camino que el Inga llevaba; desde allí se volvieron porque no podian pasar adelante. Vuelto á Urcos hizo repartir por los españoles toda aquella ropa; y el Sol que el Inga habia dejado allí, que era de oro finísimo, con otras piezas de oro y plata, lo hizo llevar para Paulo, porque entre ellos es tenido en la veneracion de Dios, porque dicen que el Sol es el que hace y cria todas las cosas. En este comedio, el Adelantado escribió á Orgoñez que se viniese, porque indios le habian avisado que venía mucha gente de Los Reyes, y dejando las cosas del Inga se vino al Cuzco.

Arriba dije que Alonso de Alvarado envió trece de caballo á hacer saber al gobernador Pizarro lo que pasaba; como se partieron, fueron con toda la priesa

posible hasta llegar á la costa, adonde en un pueblo que se dice el Guarco se encontraron con el Gobernador, que, habiendo recogido toda la más gente que pudo, se venía á esta ciudad para entender en la pacificacion de la tierra, y como fué informado de todo lo que pasaba hasta el estado en que los trece habian dejado las cosas, dijo suspirando: «Buen pago me ha dado el Adelantado, habiendo perdido un hermano tan buen caballero como Juan Pizarro y despendido con la gente que llevo todo cuanto en mi vida he adquirido, y juntamente con ello de lo que he tomado de los quintos reales.» Y despachando luégo el Capitan, y con él cincuenta de caballo, escribió á Alonso de Alvarado que en ninguna manera hiciese ni moviese cosa por donde viniesen á rompimiento, sino que se estuviese quedo, y si le pareciese se retrajese trabajando todo lo posible por venir en toda quietud y concierto.

Cuando esta gente volvió, ya el ejército de Alonso de Alvarado era desbaratado, y paresciéndoles que mejor era dar la vuelta y hacerlo saber al Gobernador, lo hicieron así, y, hallándole en el valle de La Nasca, sintió tanto las nuevas como era razon, habiéndose hecho tantos de-

servicios á Dios y á V. M., y más los muchos que se esperaban; y por evitar lo futuro, acordó enviar al factor Illan Xuarez de Carvajal, y al licenciado Espinosa, y á Diego de Fuenmayor y al licenciado de La Gama al Cuzco para que hablasen al Adelantado, y diesen medios entre ellos de manera que lo por venir se remediase. Llegados al Cuzco y comunicando con el Adelantado á lo que venían, no quiso venir en concierto ninguno, diciendo que no perderia un palmo de tierra de la que V. M. le habia dado por su provision, y que para esto estaba determinado de ir á Los Reyes y tomar la posesion de la ciudad; é visto por los dichos Factor é Licenciados no querer ponerse en razon, Diego de Fuenmayor le manifestó una provision de la Audiencia que reside en la Española que, pronosticando estas diferencias, traia para este fin, poniéndole por autoridad della muy grandes penas para que él ni sus Capitanes no saliesen con mano armada de esta ciudad hasta que V. M. proveyese lo que más fuese servido. El Adelantado y los demas hicieron burla dél teniendo en muy poco sus requerimientos. Visto por el Fuenmayor el poco caso que desto se hacía, pidió licencia al Adelantado para se volver; él se

la dió. En este tiempo ya habia gente delante para estorbar que ninguno fuese á la ciudad de Los Reyes.

Partido Diego de Fuenmayor, con algunos de los que con él venían, informaron al Adelantado que iba muy afrentado de lo que se habia hecho contra él. Sabido esto, despachó un mensajero á Apurima, á Pedro de Lerma que allí estaba, mandándole que se lo trujese á él y á los que con él iban; Pedro de Lerma le alcanzó veinticinco leguas desta ciudad, y le hicieron volver contra su voluntad, y venido Fuenmayor, le dió sus disculpas como le paresció, y el Adelantado le hizo muchos ofrecimientos y le dió licencia y se fué, y en La Nasca halló al Gobernador, y le hizo el mismo requerimiento. El Gobernador se partió luégo para Los Reyes, adonde procuró de llegar la más gente que pudo, porque decian que el Adelantado tenía voluntad de nó parar hasta tomar posesion de la ciudad de Los Reyes; hízosele muy bien, porque, como los indios se habian alzado, habia enviado á pedir socorro y cada dia le venía gente.

El Adelantado, despues de haber enviado toda la mayor parte de la gente á unos pueblos que se dicen los Lucanes, para que allí le esperasen, él se quedó

haciendo salir á muchos contra su voluntad; no pudiendo hacer otra cosa, á los que dejaba por sospechosos tomábales las armas y los caballos. Hecho esto, en fin de muchos pareceres, acordó llevar á Hernando Pizarro consigo y dejar á Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado y otros muchos, presos con mucha guarda, dejando el cargo dellos y de la ciudad á Gabriel de Rojas; con Hernando Pizarro iban veinte de caballo, que no tenían otro cuidado sino mirar por él de dia y de noche: su persona iba en un caballo, sin espuelas. Llegado á los llanos, adonde estaba ya Orgoñez con toda la gente, fueron por sus jornadas, sin saber nueva del Gobernador ni de otra parte, hasta entrar por el valle de La Nasca, que llegaron dos españoles que habian partido desta ciudad y le dijeron como pasados veinte dias que él habia salido de ella, Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado y los demas que estaban presos se soltaron una noche, porque las guardas que tenían dieron lugar para ello, y siendo de dia, en medio de la plaza, obra de cincuenta que eran, se pusieron á punto en sus caballos, é sin contradicion ninguna se fueron. Sabido esto por el Adelantado, sintiólo mucho y se fué por sus jornadas al valle de Chin-

cha y fundó allí un pueblo de cristianos, y puso Alcaldes y Regidores y determinó de no pasar adelante. Ya el gobernador Pizarro tenía mucha gente consigo, y se le habian llegado Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado y los que con él partieron, y mandó el Gobernador á sus Capitanes hacer alarde para saber la gente que tenía, y halláronse mil hombres y entre ellos habia ciento cincuenta arcabuceros. Sabido por el Adelantado la gente que el Gobernador tenía, hízose fortalecer de cavas y baluartes, y hizo poner por los caminos y entradas del valle todos los indios de Paulo, para que ningun español entrase ni saliese sin ser visto.

El Gobernador, contra la voluntad de muchos que estaban afrentados de lo que en el Cuzco y en la puente de Abancay con ellos se habia hecho, y que para enmienda de ello deseaban venir á las manos, buscaba todos los medios que para excusar el rompimiento se pudiesen hallar, paresciéndole que cuanto más poderoso estaba tanto más se habia de sufrir. Para esto fué acordado que se pusiesen pilotos, y por Juez árbitro, y por consentimiento de ambas partes para partirles los límites, el provincial Bobadilla; y para esto se fué con los pilotos á un

pueblo que se dice Mala, que está en mitad del camino que hay de Los Reyes á Chincha: adonde vista el altura y cotejados los grados con las leguas que las provisiones de V. M. mandan tener á cada uno en gobernacion, teniéndolo visto é muy bien examinado, envió á decir á ambos Gobernador y Adelantado, que con cada diez de caballo viniesen á oir la sentencia. La gente del Gobernador se escandalizó desto mucho, diciendo que no lo habian de consentir, porque en el Cuzco, sobre treguas, habia el Adelantado prendido á Hernando Pizarro, y que tambien despues con cartas contrahechas habia procurado prender á Alonso de Alvarado y á los que con él iban, en la puente; mas como el Gobernador no podia dejar de cumplir lo que el Juez ordenaba, determinó de ir pues no era justo excusarlo, y así se partió con diez hombres de confianza como estaba el concierto. El ejército, viendo ir al Gobernador, como todos le querian bien, temiendo no le acaeciese algun desastre, decian á Gonzalo Pizarro, que tenían por General, que habian de ir tras dél, y como él tambien se temia, segun lo que con él se habia hecho, fué con todo el real tras él.

El Gobernador y el Adelantado se

juntaron en los aposentos señalados para ello, y allí se rescibieron con tantas lágrimas y palabras de amor, como si cosa hasta entónces no hobiera pasado, y consideraban la buena amistad y hermandad que se habian tenido, y, viendo la discordia que á la sazon tenían, mirábase el uno á el otro como espantados de lo sucedido; y despues de muchas disculpas que el Adelantado le dió, se comunicó se diesen medios sin esperar sentencia, poniendo en libertad á Hernando Pizarro para que fuese á dar cuenta por ambos á V. M. En todo esto se pasó toda la mayor parte del dia, y como no haya amistad que pueda más que el deseo y codicia de mandar, no viniendo en ninguna cosa, determinóse que el otro dia se diese la sentencia. El ejército del Gobernador estuvo este dia en un arenal, sin agua, con tanto sol que no se podian valer, y con necesidad de bastimentos; daban grandísima priesa á Gonzalo Pizarro que caminase porque no lo podian sufrir, y porque habian oido decir que tenía el Adelantado muy cerca de allí doscientos de caballo, al cual avisaron de cómo venía la gente del gobernador Pizarro, y á mucha priesa cabalgó y se fué á su real.

El Gobernador le envió á decir que

otro dia se viniese para que se acabase lo comenzado, y no tuviese temor del ejército que sin su licencia se habia salido de Los Reyes y que ya les mandaba volver, y no se confió desto ni quiso venir. El Juez mandó parescer ante sí las personas señaladas por Almagro, y dió por sentencia, que, por cuanto esta ciudad está dentro de las doscientas setenta y cinco leguas que V. M. dá en gobernacion á D. Francisco Pizarro, y él, contra derecho, la tenía usurpada, se la volviese y saliese fuera de sus límites con toda su gente á conquistar la tierra de su gobernacion, pues estaba de guerra, y el gobernador D. Francisco Pizarro hiciese lo mismo en sus límites, y entre tanto que la tierra se conquistaba, se informase á V. M. para que mandase lo que más á su servicio fuese. Sabido por el Adelantado la sentencia, no la quiso admitir, y sus gentes blasfemaban diciendo que habia sentenciado aficionadamente; el cual, como conforme á justicia y razon habia dado la sentencia, afrentado de lo que decian, siendo esto de que le acusaban tan mal caso, determinó de ir á dar cuenta dello á V. M., paresciéndole que estaba libre de toda culpa.

Retirado el Adelantado á Chincha,

luégo el Gobernador movió su real hasta un pueblo que se dice el Guarco, y aunque cada dia se veia en mucho trabajo con la gente, porque habia gran necesidad de bastimentos, todavía tornó á mover conciertos, en los cuales capituló que el Cuzco se pusiese en tercería y despoblase el pueblo que en Chincha habia poblado, y que conquistase y pacificase Almagro con su gente la tierra por una parte y el Gobernador por otra, hasta que se proveyese otra cosa por V. M.; con tal condicion, que Hernando Pizarro se pusiese en libertad, y los repartimentos quitados á algunos vecinos del Cuzco se volviesen. Paresciéndole á el Adelantado que le estaba bien esta capitulacion, porque allí él no era parte, con parecer de sus Capitanes y letrados, soltó á Hernando Pizarro debajo deste concierto. Este dia llegó el capitan Pedro Anzures con una provision de V. M., en la cual mandaba que cada uno de los Gobernadores tuviesen y poseyesen lo por ellos conquistado y poblado, hasta que otra cosa se proveyese por V. M. El gobernador Pizarro tuvo en mucho esta provision, paresciéndole que como se notificase á el Adelantado no podia dejar de obedecerla. Hernando Pizarro pidió licencia al Gobernador para ir á dar cuenta

desto á V. M., y no se la quiso dar, pa-resciéndole que tenía mucha necesidad dél en el tiempo que estaba, y hízole Hernando Pizarro muchos requerimientos para que se la diese, y á todos respondió el Gobernador que V. M. sería muy servido en que él se hallase presente á ayudalle á defender la gobernacion que tenía encomendada.

En este tiempo ya el Adelantado era retirado de Chincha á causa del concierto que se habia hecho, á un valle que se llama Lima y Casca; el Gobernador se partió de allí á aposentarse en Chincha, por proveerse de bastimentos y estar más cerca para hacer otros partidos con el Adelantado con la provision. En este camino, que es despoblado y de arenal, hallaron ciegas unas pozas que habia en él de agua, las cuales cegaron por parte del Adelantado, lo cual puso en harta necesidad al Gobernador y á su gente. Llegados al valle de Chincha, hallaron que áun no se habia acabado de ir la gente del Adelantado, y desde aquí le hizo mensajeros enviándole á notificar la provision de V. M., á la cual respondió hacer mucho á su caso, porque desde allí hasta Chincha él lo habia conquistado y lo tenía poblado, y que, segun esto, él era

el que estaba dentro en su gobernacion y que le requería saliese della. Vueltos los mensajeros é vista la respuesta, paresciéndole más tiranía lo que el Adelantado hacía que otra cosa, y no pudiendo allí sostener el ejército porque todo el valle dejaron disipado, ordenóse pasar adelante. Como el Adelantado lo supo, por las espías que en el camino tenía, retrújose á Guaytara, que es un paso en la sierra, muy fuerte, porque para subir á él se ha de pasar tres veces un rio grande; el Gobernador se fué á aposentar á Lima y Casca. En el camino, Hernando Pizarro mandó parar la gente, y les habló desta manera:

«Ya á todos es conocida la merced que S. M. al Gobernador, mi hermano, tiene hecha, y aunque ántes que esta provision viniese estaba la justicia muy conoscida de nuestra parte, la confirmacion que S. M. agora le hace nos la pone más cierta; así que, pues la justicia tenemos de nuestra parte, y del Adelantado sola la codicia que ha tenido y tiene para usurpar lo ageno, la satisfaccion que á la Corona Real se hace, en poner esta provincia debajo de su obediencia y en paz y sosiego, sea en agradescimiento la misma tierra, la cual nos ha de pagar á todos. Bien sé que es gran yerro de mi parte, donde hay tantos

caballeros y celosos del servicio de su Príncipe y Señor, ponelles delante la obligacion que tienen á servirle, porque yo no podré tanto encarecerlo, cuanto sé que en todos hay voluntad de mostrarlo por las obras; así que, debajo de tal confianza, quiero dejar para el tiempo del efecto la presuncion de vuestra lealtad y la razon de nuestra justicia; y si algunos tuvieren necesidad de armas ó caballos ó herraje, díganmelo que de todo les haré proveer conforme á su necesidad, porque como, señores, venís de lejos, todavía terneis falta de algunas cosas.»

Todos quedaron muy satisfechos, paresciéndoles que en todo tenía mucha razon, y este dia se aposentaron en Lima y Casca, y estuvieron algunos dias con mucha necesidad de bastimentos, y fué necesario mandar á un Capitan que fuese con gente de pié á la sierra á traelles de comer; en el real del Adelantado se supo, y mandó á Paulo enviase muchos indios á defendelles que no pudiesen proveerse de cosa ninguna. Antes desto habia ido un vecino de Los Reyes á un pueblo suyo que se dice Ica, cinco leguas de Lima y Casca, á traer bastimentos; el cual, por estar los indios alzados, porque Paulo los tenía prevenidos, fué con algunos

amigos suyos, de lo cual fué avisado el Adelantado, y envió gente de pié y de caballo á prendellos, por un camino que bajaba al mesmo valle. Llegaron á media noche apellidando «Almagro y mueran los traidores», queriéndolos prender, y ellos no lo consintiendo (que se hicieron fuertes), adonde se tiraron ballestas; mas como los del Adelantado eran muchos, los prendieron y mataron dos españoles y quedaron muchos heridos. Como los pasos para subir á la sierra son fragosos, forzado se habian de pasar puentes, á cuya causa, no pudiendo el Gobernador tener nueva de lo que el Adelantado hacía, mandó á un Capitan de los ballesteros, por ser hombre suelto, que fuese con tres ó cuatro á correr el campo para tomar algun indio ó espía del Adelantado. Los españoles fueron y prendieron dos de caballo que venían á saber lo mismo y por ser el camino áspero no pudieron aprovecharse de los caballos; de estos se informó el Gobernador de lo que el Adelantado pensaba hacer, y le dijeron que estaba determinado de defender aquel paso hasta que viniese Diego de Alvarado que le habia enviado por gente á esta ciudad, porque en viniendo pensaba bajar á pelear á lo llano.

Sabido este propósito, estaba el real ya tan desproveido que no podian en ninguna manera sostenerse, y determinó ganalles el paso ó morir en la demanda, porque, si venía al Cuzco por la costa, temia el Adelantado le tomase la ciudad de Los Reyes, y ganándosela perdia toda la tierra. Hernando Pizarro lo ordenó de esta manera, que partió con todo el real un dia por la mañana, diciendo que no iba á Guaytara, y aquel dia caminó siete leguas sin parar, de que la gente iba descontenta porque ninguno sabia por qué intencion caminaba tanto, porque á nadie dió parte dello, y asentó su real junto al rio, adonde viene á dar un camino de la sierra. Allí estaba un Capitan en lo alto con obra de cien hombres para guardar aquel paso, que en extremo es fragoso y de malos pasos, y el camino por muchas partes quebrado; y puestos indios de guerra, de los de Paulo, con piedras puestas á mano para dejallas caer rodando, é iban á dar en el camino que baja al valle de Ica. Estaba Orgoñez con doscientos de caballo, y el Adelantado con toda la otra gente en Guaytara, y adonde habia necesidad estaban hechos baluartes. Las espías dieron luégo aviso como todo el real del Gobernador venía, y hacían burla dello,

teniendo por cierto que por ninguna parte podian subir sin llevar lo peor. Hernando Pizarro pensó que por aquel camino donde estaba el Capitan con los cien hombres, por ser sin agua y más fragoso, podria ser haber más descuido; determinó acometellos por allí, y partió á prima noche llevando gente de pié y de caballo, todos hombres sueltos, porque forzado se habian de apear por la mucha aspereza que habia en aquella sierra que habian de subir, que es casi una legua, todo cuesta arriba y muy derecha. El Capitan fué luégo avisado, y estaban él y los suyos esperándole teniéndole por perdido.

Con Hernando Pizarro eran trescientos hombres, y no sabian ellos realmente dónde iban; todos iban callando con mucho silencio, las mechas de los arcabuces cubiertas. Al pié de la sierra se apearon, y con las armas que cada uno se halló caminaron, las lanzas y adargas en las manos; los de lo alto estaban prevenidos y á punto, esperando tomallos bien arriba, paresciéndoles ser en su mano no dejar hombre á vida. El Gobernador habia quedado con toda la otra gente para partirse otro dia de mañana en su seguimiento, y, como dejaron los que iban con Hernando Pizarro los caballos y venían muy ar-

mados, era increible el trabajo que padecian. Los que subian á pie llevaban la delantera, y no pudieron pasar por el camino porque comenzaron á dar en pasos quebrados, y los indios arrojaban de aquellas piedras grandes que digimos tenían puestas. Pues como los delanteros conocieron ir perdidos por allí, porque iban por algunas partes de manos y por otras casi despeñándose, dieron vuelta para subir fuera de camino, y era tan cuesta arriba y con tanta arena, que cuando echaban el pie adelante se les volvia atras. Hernando Pizarro, como iba muy armado, y con la poca costumbre de andar á pié, iba algo fatigado, y maravillábanse todos de ver cómo lo podia sufrir. Cinco ó seis soldados que iban delanteros dieron en la gente de arriba, diciendo «¡viva el Rey!» con tanta priesa que los que estaban en lo alto, pensando ser todo el real, comenzaron á huir sin parar ninguno dellos. Sería medio dia cuando toda la gente acabó de subir, porque es el paso tan áspero que uno sólo basta para pelear con todo el mundo. Subidos en lo alto, Hernando Pizarro lo tuvo en mucho y le pareció buena señal para lo de adelante. El Gobernador vino luégo, porque, segun la dispusicion de la tierra

y la gente que guardaba el paso y la poca que lo ganó, fué cosa de admiracion.

Recogidos todos, determinaron de pasar tres leguas más adelante, adonde Orgoñez tenía su asiento, el que venía esa noche á juntarse con el que guardaba el paso; topó los que iban desbaratados, y queriéndolos volver consigo, diciendo que en todo caso se queria ver aquel dia con Hernando Pizarro, no se lo consintieron, porque decian que eran más de mil hombres, y así se volvió y llevó consigo toda la gente, y envió á decir al Adelantado que se fuese por el camino del Cuzco y que se juntaria con él, porque el Gobernador Pizarro venía con mucha gente y ellos iban muy desbaratados, y que no era tiempo de esperalle. El Adelantado, sintiendo mucho esta nueva, hizo á mucha priesa lo que Orgoñez le envió á decir, caminando por un despoblado de mucha nieve, adonde se juntaron. El Gobernador, con algunos que le siguieron, caminaron hasta donde Orgoñez estaba de ántes aposentado, y hallaron todos los aposentos quemados. Esa noche llegó allí muy poca gente, por la gran jornada del dia ántes, y convino, porque todos se juntasen, esperar hasta el tercer dia, que

partieron con muy buena órden camino de Guaytara, sabiendo que el Adelantado era ido. Obra de una legua podrian haber andado cuando toparon dos españoles, y avisaron que ya el Adelantado venía camino desta ciudad, y con tanta priesa, que mucha parte de la rezaga dejaba perdida. Sabido esto dieron vuelta, para atajalle, por un despoblado, y todo este dia caminaron con muy poca órden, porque iban fuera de camino y malos pasos, hasta que les anocheció y les fué forzado, aunque muy divididos, parar. Otro dia esperaron hasta hora de comer porque se recogiese toda la gente, y anduvieron por el rastro que llevaba Orgoñez. Llegados á lo alto del despoblado comenzó á llover y nevar mucho, poco ántes que anocheciese, adonde se halló la gente que no llegaban á doscientos hombres.

Esta misma noche durmió el Adelantado con su ejército una legua de allí, y estuvo muy determinado de venir á dar en el real del Gobernador, presumiendo el trabajo en que estaban por ser mucha de su gente recien venida á la tierra, y en los despoblados que hay nieve se marean como en un golfo de mar; Orgoñez lo estorbó, porque no podian pensar que estuviesen tan desbaratados, diciendo que

mejor sería esperallos allí en la rezaga, echando toda su rezaga adelante, y así se hizo. Como otro dia amaneció, vióse el real del Gobernador y la gran falta que tenía de gente, y la que habia estaba, con tanto descuido y tan desapercibida, sin contento ninguno, que tenían muy gran gana de retirarse; Hernando Pizarro, conociendo el trabajo pasado, y el que esperaban en dos ó tres jornadas que habian de pasar de despoblado con nieve, y sin comida, que no la tenían, paresciéle buen consejo tornarse á rehacer para volver mejor apercibidos, porque hasta allí venían como hombres que seguian alcance, y estaban muy engañados porque los esperaban muy á punto de guerra los enemigos. Como el Gobernador vió ser este el parecer de Hernando Pizarro, determinóse que fuese así; mandó á todos que se volviesen, salvo siete ú ocho que habian pasado adelante á correr el campo, los cuales se habian ido ántes que se determinase la vuelta, y dieron en la celada que tenía puesta el Adelantado, y prendieron dos de ellos, y los demas volvieron á rienda suelta á dar aviso, y hallaron retirado el campo. Todos se holgaron del acuerdo que se habia tomado en retirarse, porque, á no hacello ansí, ponian en mu-

cha aventura todo su hecho; caminaron hasta llegar al valle de Ica, adonde todos los más Capitanes, y otras personas, aconsejaron al Gobernador se volviese á la ciudad de Los Reyes, porque para su edad le estaria mejor descansar que no andar en tantos trabajos como de aquella jornada se le habian de seguir, y tambien porque estando allí podria con más aparejo siempre informar á V. M. de todo lo que pasase. El Gobernador lo hizo ansí, y dió poderes muy bastantes á Hernando Pizarro para todo lo que convenia; y así se partió.

El ejército caminó por la costa la vuelta del Cuzco, aunque no con tanta gente como cuando se retiró de los despoblados, porque, como era invierno y el camino de mucho rodeo, temian algunos la jornada. Hernando Pizarro, como tomó la gente á su cargo, estaba determinado de con los que le siguiesen, pocos ó muchos, llegar hasta tomar la posesion desta ciudad que habia perdido; con este propósito fué muchas jornadas con algun descuido, por estar los contrarios muy léjos, hasta que llegó al valle de La Nasca, donde estuvo algunos dias esperando se juntase toda su gente. Como todos fueron juntos, mandó hacer alarde para saber el número

de la gente que tenía, y halló seiscientos cincuenta hombres, en que habia los doscientos ochenta de caballo, y los demas arcabuceros, piqueros y ballesteros. De los de caballo hizo seis compañías, encomendándolas á Capitanes que le paresció ser personas que darian buena cuenta dellas. Acabado el alarde, hablo á la infantería diciéndoles desta manera: «Que él estaba informado que entre ellos se decia que los soldados que no tenían caballos eran tenidos en poco, para en lo que tocaba á los repartimientos de la tierra, que él les daba su fe y palabra que tal cosa jamás le pasó por pensamiento, porque los buenos soldados no se han de juzgar por los caballos, sino por el valor de sus personas; por tanto, que cada uno se señalase como bueno, que conforme al servicio habia de ser cada uno gratificado, pues no tener caballos era cosa de fortuna, y no menoscabo de sus personas.» Desto quedaron todos muy contentos, paresciéndoles ser palabras de buen Capitan. Hecho esto se partió tomando el camino de la sierra, y como ya era razon ir con más cuidado que hasta allí, mandó que todos caminasen en órden, las armas vestidas y las lanzas en las manos, porque los enemigos no los tomasen

desapercibidos, y tambien él iba armado y con su lanza en la mano; y desta manera iba caminando, rodeando mucho, porque, como era invierno y á esta causa los rios venían grandes, era forzado tomallos por los nacimientos.

El Adelantado, despues que el Gobernador se retiró de Guaytara, no paró hasta un pueblo que llaman Vilcas, adonde estuvo algunos dias reformándose. Aquí se juntó con él Diego de Alvarado con alguna gente que habia sacado desta ciudad no con poco trabajo, porque los vecinos temian, quedando tan pocos, que el Inga viniese otra vez y ganase el pueblo, porque, como estaban muchos presos y sin caballos todos, tenían razon de temello. El Adelantado se determinó de venirse aquí, y Orgoñez, su Capitan general, se vino delante con ciento y cincuenta de caballo, y lo primero que hizo, en llegando, fué juntar todas las armas que habia en la ciudad, y todas maneras de bastimentos; y asimesmo mandó pregonar alarde y paga para los que quisiesen salir con él, lo cual hizo de la hacienda que allí tomaron á Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro, y más todo el oro y plata de los quintos de V. M. El Adelantado llegó algunos dias despues, y con su ve-

nida se comenzó de entender muy de veras en todo lo necesario para dar la batalla á Hernando Pizarro, que ya sabian cómo venía, y hacian los mas dias alarde y ordenanzas para que la gente se hiciese diestra, y el Adelantado les hizo á todos muchos ofrecimientos generales y particulares, y mandó repartir con ellos mucha cantidad de oro y plata, paresciéndole que no habia cosa con que más amigos ganase; y con esto luégo entendieron todos en hacer coseletes de plata, y celadas y brazales y todo lo demas, tan bien hechos y no ménos fuertes que si fueran de Milán, porque la flaqueza de la plata la hacian fuerte con echarla doblada. Desta manera se puso la gente tan lucida, como los soldados criados en Lombardía, y, como se decia venir Hernando Pizarro con mucha gente, habian determinado de esperalle dentro desta ciudad, fortificándola hácia la parte del rio, que es por donde tenía alguna falta y lo habia menester, y para más seguridad hizo prender ciertos vecinos que él pensaba le eran enemigos por ser amigos del Gobernador.

En este tiempo, un vecino que se decia Sancho de Villegas, trataba con Paulo y con algunos españoles para pasarse á Her-

nando Pizarro, y, venido esto á noticia del Adelantado, mandóle hacer cuartos y poner por los caminos, y fué causa que siempre se guardaban mucho de lo semejante. Ya Hernando Pizarro se venía acercando, el cual venía mal quisto de todos los más de los suyos porque no les dejaba correr á discrecion ni robar los naturales; y, porque habia castigado á algunos que lo habian hecho, por esto venían todos muy desabridos y quedábanse ascondidos por los pueblos, y como le avisaban dello respondia que él no habia de consentir robar los indios, que quien le quisiese seguir habia de ser con aquella condicion, y si nó, que hiciesen lo que quisiesen, que por ciento ni doscientos ménos no habia de dejar de hacer la guerra. Llegado á unos aposentos que se dicen Hacha, acordó descansar allí cinco dias, porque la gente iba fatigada y porque pensaba andar dos jornadas juntas; y porque para ello estuviese la gente descansada, y paresciéndole que le embarazaba mucho el fardaje, dejólo allí con cincuenta hombres, y pasados los cinco dias se partió luégo, y pasó un rio muy grande, y mandó asentar real allí; porque habia tres caminos por donde ir, y por engañar los corredores de la otra parte para que no

pudiesen avisar con tiempo por cuál iba: y fué así, que los corredores fueron á dar aviso de cómo tenía asentado real, y partió Orgoñez á tomarles el paso, como adelante se dirá. Hernando Pizarro, en asentando las tiendas, las mandó tornar á levantar y que marchasen aquella noche hasta subir la sierra, y tomar el paso que los enemigos le querian estorbar; que no fué poco el trabajo que dello rescibió la gente con aquella trasnochada. Y anduvieron hasta gran parte de la noche con demasiado trabajo, porque es el camino muy cuesta arriba, y tanto que por las más partes iban de manos, á cuya causa no se hallaron aquella noche cien hombres juntos.

Otro dia fué forzado, para que se juntase el real, hacer noche en un pueblo pequeño allí junto, y estando en él, los corredores de la una parte y de la otra se toparon, y los unos se volvieron á dar mandado al real, y los otros hicieron lo mismo. Súpose por cosa muy cierta que el real del Adelantado estaba fuera del Cuzco, pero no sabian á qué parte caminaba. Este dia habia hecho alarde en la plaza de esta ciudad, Orgoñez, de toda su gente, la cual halló muy bien armada y muy lucida, con determinacion de salir al campo á dar la batalla, paresciéndoles que estaban mejor

armados que no podian venir los contrarios, y los caballos más holgados, y tambien porque habian sabido de la gente que á Hernando Pizarro se le habia quedado. Acabado el alarde, ya que querian salir al campo, Orgoñez, Capitan general, se hincó de rodillas delante del Adelantado diciendo: «Plegue á Nuestro Señor, que si esto que voy á hacer no es en su servicio y con mucha justicia, que él permita que yo no salga vivo de la batalla, é si por el contrario, que alcanceis la victoria como todos lo deseamos, pues todo es vuestro.» El Adelantado le abrazó con muchas lágrimas, y salió con toda su gente, que serían hasta seiscientos y ochenta hombres, los trescientos de caballo; y aquesta noche se le volvieron hasta ochenta peones que iban con él de mala gana. Este mismo dia llegaron á él sus corredores, los que habian encontrado con los contrarios en aquel pueblo pequeño que Hernando Pizarro hizo noche despues de tomado el paso, y le digeron como ya Hernando Pizarro habia pasado la sierra y estaba desta otra parte, y así asentó su real en las Salinas. Hernando Pizarro, despues de recogida la mayor parte de su gente, vino en mucha órden, con pensamiento de topar aquel dia con

los contrarios en un llano grande que está tres leguas de aquí, y como no los halló dejó el camino real, dejándose descolgar por unas laderas grandes, á fin de ponerse en un alto que está encima de unos llanos que se llaman las Salinas.

Orgoñez, por las muchas espías de indios que tenía, supo como habian dejado el camino real y tomado éste que digo, y movió su real con mucha órden, y asentólo tres cuartos de legua desta ciudad, en el comedio de una sierra y el rio; puso la infantería al reparo de unas casas caidas, y al costado puso la artillería, que la tenía muy buena. Los indios de Paulo mandó poner en la ladera, junto al camino real, que eran pasados de quince mil; él se puso en lo llano con toda la gente de caballo, vestidos sobre las armas camisas blancas. De manera que quedó el camino en medio de la infantería y de la gente de caballo, haciendo cuenta que viniendo Hernando Pizarro por él, siendo tan angosto, porque es hecho á mano por causa de las salinas que están de la una parte y de la otra, fácilmente los desbaratarian. Hernando Pizarro aquel dia se detuvo en levantarse hasta que entendió que estaria toda la gente bien apercibida, y vistióse sobre las armas una ropeta de

damasco naranjado, y en la celada una pluma blanca que sobrepujaba sobre todos gran parte, y oyó misa con todo el ejército con gran devocion, y acabada se bajaron á lo llano, adonde puso en órden su gente, sacando veinte arcabuceros de los más diestros para sobresalientes; de los demas con toda la infantería hizo un escuadron de tres compañías. De los de caballo se hizo otro escuadron; de las compañías de Alonso de Alvarado y Pedro Anzures, otro escuadron, y mandó Hernando Pizarro á Gonzalo Pizarro fuese con ellos. Á Mercadillo mandó que con su compañía fuese sobresaliente. Desta manera, y en mucha órden, movieron al paso de la infantería; los corredores de ambas partes se vieron y volvieron á dar aviso.

Como Hernando Pizarro supo que Orgoñez lo esperaba, previno un escribano para requerirle que le volviese la posesion de la ciudad, y, miéntras esto se hacía, mandó parar los escuadrones, y á cada uno de por sí habló desta manera: «Los enemigos nos esperan en el campo, la batalla tenemos cierta; bien sé que no hay necesidad de palabras para con ellas daros esfuerzo, como en semejantes tiempos se suele hacer, ántes, paresciéndome

que el demasiado ánimo que en todos he cognoscido nos podria dañar, causando, con la mucha codicia de acometer y ser vencedores, desconcierto que en los escuadrones podriamos haber, pídoos por merced templeis, con el sufrimiento que en tales tiempos es menester, el deseo de la victoria, de suerte que la nueva órden que llevaremos cause en los enemigos desórden y poca confianza de vencernos; miren los unos por los otros de manera que nos ayudemos con mucha órden.» Al escuadron de Alonso de Alvarado dijo que les rogaba mucho, que si no viesen que lo pasaban mal, que no rompiesen. Esto pienso que lo hizo á causa de venir allí muchos injuriados de los contrarios que se habian huido desta ciudad, paresciéndole que con deseo de vengarse no podian dejar de hacer mucho daño. Dicho esto se puso en la delantera de su batalla, y le avisaron los corredores que dejase el camino real por ser muy angosto y tener los indios tan cerca que eran parte de hacelles mucho daño; paresciéndole á Hernando Pizarro que tenían razon, se apartaron por unos llanos y de allí se subió, de donde vieron los contrarios en mucha órden, y puestos los de caballo en un llano, y la infantería algo mejorada en la ladera. Ya se habian

acercado en este tiempo los indios de la una parte y de la otra, y peleaban y nos traian mucha ventaja de la parte de Paulo por ser muchos más. Los dos ejércitos se vieron, y á cada uno dellos les paresció haber todo extremo de buen concierto en el otro. Hernando Pizarro sintió gran congoja de verse adonde se vió, porque como habia dejado el camino real, quedó el rio en medio de ambos ejércitos y tenían la salida muy alta, de manera que para Orgoñez era reparo, y así mismo habia una cienaga ántes de llegar á él, que pensaron ser muy mala. Hernando Pizarro enviaba á requerillos con el escribano ya dicho, y no hubo tiempo porque comenzó á jugar el artillería del Adelantado, y del primer tiro llevó dos soldados de la infantería de Hernando Pizarro, y pasando el escuadron adelante, muy entero, los arcabuceros sobresalientes se adelantaron, derramándose por la cienaga, y haciéndose fuertes en el rio tiraban á los de caballo y á el escuadron de la infantería. Viendo Orgoñez que estaba hecho terrero de los arcabuceros, tomó por reparo un cerro pequeño que se hace en la falda de la sierra, á fin de dejar pasar alguna gente de caballo y de la infantería para poder mejor desbaratallos, y como Almagro vió

su gente retirarse tras del cerro, parecióle que era camino de perderse, y bajó de unas andas en que estaba y pidió un caballo y vinóse hácia la ciudad, y ántes que llegase á ella supo el desbarato de los suyos, y subióse á la fortaleza.

Hernando Pizarro, á esta sazon, ya pasaba la cienaga, que fué mejor de lo que pensaron, y no paró hasta pasar el rio; ya estaban pasados de la otra parte hasta cincuenta de caballo, cuando Orgoñez salió, hecho un escuadron con toda su gente, y el arcabucería de Hernando Pizarro jugó contra él todo lo que pudo, pasando por delante de los escuadrones de pié y de caballo. Orgoñez con su infantería se vino, las picas caladas, á romper con los de Hernando Pizarro, que haciendo lo mismo se iban á juntar con ellos. Orgoñez, á la vuelta que dió, traia intencion ó hizo muestra de romper el escuadron de pié, solo, delantero de todos, y revolvió sobre los de caballo, y rompió su lanza como valentísimo hombre, aunque no como sabio, porque estas vueltas que dió fueron de hombre desatinado. Hernando Pizarro y Lerma se encontraron, é hizo su golpe Lerma en el cuello del caballo, haciéndole ahinojar; Hernando Pizarro rompió en él su lanza, siendo

acometido de un escuadron de cuarenta de caballo, todos conjurados de no entender sino en matarle, por lo cual, como él ántes de entrar en la batalla lo supiese, se vistió de aquella manera y se puso la pluma tan grande y blanca, porque no le desconociesen sus enemigos yendo tan señalado; el cual, poniendo mano á la espada se defendió muy bien, mezclándose luégo los unos con los otros.

A las compañías de Gonzalo Pizarro se les hizo muy bien, porque al tiempo que Orgoñez con su batallon dió la vuelta, dióles lado, por el cual rompieron echando muchos por tierra, y la infantería del Adelantado no llegó del todo á romper, ántes, viendo que la gente de caballo de su parte habian pasado sin órden, tomaron por reparo unos paredones que allí habia.

Andaba en este tiempo bien trabada la batalla, porque habiendo todos los más rompido las lanzas, poniendo mano á las espadas, se herian muy sin piedad; y era tanta la vuelta que andaba entre ellos, que algunas veces se desconocian, peleando contra sí mismos. Hernando Pizarro andaba discurriendo de una parte á otra, mostrando bien el deseo que tenía de ganar la victoria, y Orgoñez hacia todo aquello que podia, pero como Gonzalo

Pizarro habia rompido por el costado, como ya he dicho, hizo tanto estrago en ellos, que no pudiéndole resistir, volvieron las espaldas huyendo por la sierra arriba; los de Hernando Pizarro siguieron el alcance porque no se hiciesen fuertes en el camino. Algunos caballeros de la parte del Adelantado quedaron á pié peleando, los cuales fueron socorridos de personas que los conoscian y llevados algunos delante de Hernando Pizarro, el cual, pasresciéndole que la segunda victoria le quedaba por ganar, que era vencerse á sí mismo no usando de particular venganza, á todos los aseguraba. Gonzalo Pizarro fué siguiendo el alcance, porque, como está dicho, no se rehiciesen. El Adelantado, por estar muy malo, no habia entrado en la batalla, sino que se vino dejando sus andas y subiendo en un caballo como ya está dicho, y se acogió á la fortaleza, sabiendo su rompimiento; Alonso de Alvarado le siguió y á él se dió, y le metieron por mandado de Hernando Pizarro en el cubo donde al mismo Hernando Pizarro habian tenido preso. Quedó Hernando Pizarro en el campo trabajando no se hiciese daño en los vencidos, porque, como venían con él muchos afrentados dellos, y trabajaban por se vengar, quedaron muchos en

el campo. De la parte de Almagro, Orgoñez, su Capitan general, con hasta cincuenta personas murieron; de la parte de Hernando Pizarro, hasta quince personas. Hubo muy grandes cuchilladas por las caras, porque como venían bien armados y traian celadas, no habia otra cosa más descubierta que los rostros, y todos los más golpes se tiraban á ellos. Entre la gente baja se robaban todo lo que podian, y Hernando Pizarro los afrentó mucho por ello, los cuales blasfemaban dél, y más de ahí adelante, porque todo cuanto se robó lo hizo volver á sus dueños.

Paulo, que vió la gente del Adelantado desbaratada, huyó, y Hernando Pizarro le envió á llamar, el cual vino con no poca vergüenza de lo que habia hecho. Llegado que fué Hernando Pizarro á la ciudad, el Adelantado le envió á rogar que le fuese á ver, el cual, no mirando á que cuando él le tuvo preso nunca le quiso ver, ni tampoco á los malos tractamientos que rescibió, fué á visitarle; el Adelantado lloró con él. Apiadándose mucho Hernando Pizarro le consoló, diciendo que á las personas valerosas solian acaescer semejantes casos, y que no llorase, sino que mostrase el valor de su persona, que él sería muy bien tratado y

su justicia sería bien mirada. El Adelantado le pidió que hobiese por bien que le visitasen los que quisiesen verle; Hernando Pizarro se lo otorgó y dió licencia para ello, hasta que el Adelantado, con estas visitaciones, acometió á hacer ofrecimientos y querer ganar las voluntades á algunos Capitanes que le visitaban, los cuales avisaron dello á Hernando Pizarro, y de allí adelante mandó que nadie le visitase. Púsole el Fiscal de V. M. acusacion de que se le dió traslado, y por toda órden de derecho se le hizo proceso, el cual se tardó en hacer cuatro meses. En este tiempo entendió la justicia en deshacer los agravios que se habian hecho por parte de la gente del Adelantado, y en hacer volver todo lo que el dia de la batalla se habia robado; y para hacer esto, mandó Hernando Pizarro diputar dos personas que entendiesen solamente en esto, y así sacaron á la plaza muchos caballos y otras cosas que se habian tomado, para que las conoscieren sus dueños y fuesen entregadas á ellos.

Hernando Pizarro, hallándose con mucha gente, así de la que él trajo consigo como de la que el Adelantado tenía, y viendo que la comarca desta ciudad estaba muy fatigada, acordó de desbaratalla

desta manera: A el capitan Mercadillo dió la entrada y descubrimiento del paraje de Xauxa, el cual llevó parte de la gente. Al capitan Vergara envió á que entrase por la vía de los Guacamayos, con otra parte de gente. Al capitan Alonso de Alvarado envió á conseguir su conquista de los Chachapoyas. A Pedro de Candía, vecino desta ciudad, dió la entrada de los Andes, que es en el paraje desta ciudad; con este Capitan se juntó mucha de la gente que estaba con el adelantado D. Diego de Almagro, y habian venido con él de Chile con propósito de lo que adelante sucedió. Mandados caminar, todos se fueron á sus conquistas. La gente deste Pedro de Candía paró, en achaque de rehacerse, veinte leguas de aquí, desde adonde se carteaban con algunos amigos del Adelantado que quedaron en esta ciudad, y hablaron al capitan Castro, capitan de arcabuceros de Hernando Pizarro, que tenía á la guarda de su posada y de Almagro, ofreciéndole quince mil castellanos y mil á cada uno de sus soldados, porque se juntase con ellos y diese lugar á que Almagro se soltase; el cual avisó á Hernando Pizarro, y luégo Hernando Pizarro mandó prender á los que andaban en estos tratos, y mandó que

luégo pasase Pedro de Candía á su conquista. El cual se fué, y entradas sesenta leguas toparon alguna aspereza de camino, y echaron entre ellos nueva que por allí no podian pasar, y que por el Collao habia otra entrada mejor, y con este achaque se volvieron la vía desta ciudad; y como los que habian ordenado de libertar al Adelantado eran muchos, no lo pudieron tener tan secreto que dejase de divulgarse por todos ellos, y venían haciendo fieros, diciendo que no conoscian á Hernando Pizarro, y otras cosas, y tendieron bandera en nombre de V. M., queriendo debajo deste color, como gente amotinada, venir á sacar á D. Diego de Almagro.

A esta sazon, D. Alonso Enriquez avisó á Hernando Pizarro como en esta ciudad habia doscientos hombres concertados de sacar de la prision á el Adelantado, y que les faltaba Capitan, porque Hernando Pizarro tenía presos todos los principales Capitanes, y que á él le habian requerido que fuese su Capitan; y que asimismo tenían echado en el camino de la ciudad de Los Reyes, en pasos ásperos, alguna gente para que se le quitasen si le quisiese enviar á embarcar para enviarle á V. M. Visto por Hernando Pizarro los motines y alborotos que habia, y sa-

bido la venida de la gente de Pedro de Candía, dobló la guarda en su posada y tuvo sufrimiento hasta tanto que se cerró el proceso; y al tiempo que se acabó de concluir, llególe una carta de Villacastin, Alcalde desta ciudad, como en un pueblo que le estaba encomendado, donde habia ido á visitar sus indios, habia llegado la gente de Candía, y que le habian tratado mal á él y á otros, amenazando que habian de sacar á el Adelantado, é ir á poblar por V. M. la provincia de los Charcas, á pesar de Hernando Pizarro porque no le conoscian, y que estando en esto les habia ido nueva como Hernando Pizarro habia sabido su vuelta, y que enviaba á Gonzalo Pizarro con gente para hacerlos tornar á entrar, y que alborotados desto habian ordenado sus escuadrones para pelear con él. Vista por Hernando Pizarro la desvergüenza con que aquella gente venía, y el motin que en la ciudad estaba hecho, llamó á los Regidores y Alcaldes y algunos Capitanes de buen juicio, que le paresció que eran hombres desapasionados, y díjoles:

«Ya saben el alboroto y motin que hay entre esta gente de D. Diego de Almagro, y que asimismo mucha de la mia, por haberla quitado los robos que hicieron en la batalla, y por ofrecimientos que de

parte del Adelantado les han hecho, se han juntado con ellos. Háme venido esta carta, en que dice que la gente de Pedro de Candía está nueve leguas de aquí; son trescientos cincuenta hombres, y, segun las palabras dicen, vienen muy desacatados; tambien teneis, señores, cargo del pueblo como yo, y habeis de mirar lo que cumple al servicio de S. M. y sosiego desta ciudad, y porque podria ser que la alteracion demasiada, ó algun desamor, me hiciese hacer otra cosa de la que os paresceria ser razon, pídoos, señores, mireis el estado en que todo está, y el daño que puede venir y la enmienda que para ello se puede tener, y como hombres de tanta honra y buen juicio me aconsejeis lo que se debe hacer, para que S. M. no se desirva y esta ciudad esté en sosiego. Y porque podria ser que algunos en mi presencia no diesen el parecer tan libre como su juicio alcanzase, yo me quiero apartar; pídoos por merced que lo mireis bien, porque yo no haré más de lo que me aconsejáredes, que más quiero errar por parecer de todos, que no acertar por el mio.»

Y así se salió, y los dejó juntos; y despues de haberlo ellos platicado y consultado, enviaron á llamar á Hernando

Pizarro, y dijeron que ellos habian mirado lo que convenia tocante á lo que pasaba y él les habia representado, y que les parescia que ningun remedio habia para pacificar la tierra si no era sentenciar á el Adelantado, pues que era tan claro que por los notorios delitos merecia muerte, y que con ésta se aseguraria la tierra y se excusarian muchas muertes que se esperaban. Hernando Pizarro les dijo, que mirasen que para con Dios él descargaba su conciencia con ponerlo en sus pareceres, y que, como les habia dicho, aunque fuese el peligro tan grande, que bien conoscia que á no hacerse la tierra se perderia, y las vidas de todos se pondrian en gran peligro, pero que á todo se pornia por no exceder de lo que á ellos les pareciese. Los cuales le respondieron, que meresciendo como merescia el Adelantado la muerte, que el ménos daño era sentencialle y esentar la suya, pues de no lo hacer se esperaba tan grande escándalo. Aquella noche tuvo Hernando Pizarro doscientos hombres en su posada, temiendo no diese en alguna trasnochada la gente de Pedro de Candía sobre él.

Luégo, de mañana, fué al Adelantado y le dijo que convenia, para acabar de cerrar el proceso, dijese su confesion, el

cual, con juramento, confesó los más delitos, y los demas, aunque les dió algun color, no los negó del todo. Tomada la confesion, le sentenció y notificó la sentencia, de la cual apeló y dijo cosas de gran lástima, tanto que Hernando Pizarro movido de compasion se salió fuera, y mandó que le fuesen á confesar. El Adelantado no se quiso confesar hasta tanto que Hernando Pizarro le tornase á ver; Hernando Pizarro le tornó á ver, y le consoló diciendo, que aunque sus delitos fueran muy más graves, él no le sentenciara, sino que le enviara á V. M., pero que los alborotos de su gente eran tantos que no daban lugar á ello, y que por la misma causa no le otorgaba la apelacion. Y así se salió para que le confesasen, no dejando de tener grandísima lástima de su muerte; el cual se confesó y ordenó su ánima. Fué aconsejado que, pues por los delitos tenía perdida la hacienda, que en el testamento la mandase á V. M., y así lo hizo. Hecho esto, se le dió un garrote en la cárcel por evitar escándalo, que, segun lo que estaba tramado, no podia sino ser mucho mal, y despues se sacó á la plaza con pregon y se le cortó la cabeza. Luégo le mandó Hernando Pizarro enterrar, y él fué á su enterramiento, y

mandó á los caballeros y Capitanes que allí estaban que llevasen sus andas; el cual se enterró muy honradamente, y Hernando Pizarro y su hermano Gonzalo Pizarro se vistieron de negro á sus honras.

Acabado de enterrar, los Oficiales de V. M., Tesorero, y Contador, y Veedor, que eran de la gobernacion del Adelantado, hicieron un requerimiento á Hernando Pizarro, diciendo que, pues el Adelantado era muerto, que á ellos como Oficiales de V. M., convenia y pertenecia gobernar, y que le pedian y requerian les dejase aquella tierra como la tenía el Adelantado. A Hernando Pizarro le paresció manera de escándalo y alboroto, que era lo mismo sobre que ántes habian debatido; mandólos prender, y luégo cabalgó para ir á castigar la gente del capitan Candía, que, como ya es dicho, venía amotinada, y llevó consigo hasta ochenta de caballo. Otro dia llegó adonde la gente de Candía estaba, y como supieron la nueva de su ida y de la muerte del Adelantado, muchos dellos huyeron, y los Capitanes les salieron á rescibir. Llegado media legua de ellos, dejó toda su gente porque no hobiese escándalo, y fuése sólo con un alguacil y un escribano, y tomó

la informacion, y aunque á todos halló culpados, á un Capitan que se decia Mesa, que habia sido su Capitan contra D. Diego, y por ofrescimientos de la parte del mesmo D. Diego de Almagro habia ordenado motin, hallóle más culpado que á todos, é hízole luégo ahorcar, y al Pedro de Candía y á algunos de los principales mandó que se presentasen ante el Gobernador. Este dia entendió en soltar muchos indios é indias que traian presos en cadenas y en hacellos volver á sus tierras, entre los cuales habia muy gran clamor, dando gracias á sus Dioses y loando á Hernando Pizarro. Porque esta gente no se deshiciese, puso por Capitan della á Peranzures, y él mesmo se fué con ellos hasta tornalles á meter en los montes por donde habian de ir á hacer su entrada, porque yendo él con ellos no osaban hacer daño á los naturales que estaban de paz, ni prenderlos ni atarlos.

Hecho esto, llegaron á Hernando Pizarro indios de Atuncollao, que era una provincia que despues de la guerra y cerco del Cuzco le habia venido de paz, pidiéndole que él los socorriese, porque Cariapaxa, señor de la provincia de Lupaca, les hacía guerra, por ser amigos de los cristianos, y les venía destruyendo su tier-

ra, llamándose hijo del Sol y diciendo que todos le habian de obedecer por tal; y que ellos habian hecho todo lo que podian por defenderse, mas que si no los socorria era imposible sostenerse por ser gente muy belicosa; tenía su tierra este Cariapaxa cincuenta leguas de Atuncollao. Luégo Hernando Pizarro tomó el camino para allá, con la gente que habia llevado y algunos peones que despues fueron tras él, y los indios enemigos, sabiendo que venía, se comenzaron á retirar y él fué en su seguimiento dos dias con toda la priesa posible, y como vió que era yerro fatigar todos los caballos, envió á Gonzalo Pizarro con treinta de caballo en su seguimiento, diciéndole que fuese largas jornadas hasta que los alcanzase; el cual lo hizo así, y se dió tanta priesa, que, aunque le llevaban mucha ventaja, los alcanzó otro dia y peleó con ellos tan animosamente, que, no pudiendo resistirle, volvieron las espaldas huyéndole, y siguió el alcance: adonde se desmandó un español, y por ser la tierra doblada le perdieron de vista, y cansándole el caballo le tomaron los indios á manos y se le llevaron. Vuelto Gonzalo Pizarro echaron ménos al cristiano, y Hernando Pizarro mandó al capitan Diego de Rojas

que con otros treinta de caballo fuese á saber dél y siguiese los indios porque no se rehiciesen. El cual los halló, parte dellos, pasado el desaguadero de la laguna de Titicaca, que es una laguna grande que boja sesenta leguas, entran en ella muy grandes rios y desagua por uno sólo, y en los que no habian pasado dió sobre ellos y desbaratólos, y de los que se prendieron se supo como el cristiano habian tomado á manos y le habian sacrificado en un adoratorio que tenían en pasando el desaguadero.

En este desaguadero tenían una puente de balsas de enea, que es como juncia, sobre sus amarres, y temiéndose que los viniesen á buscar los cristianos la deshicieron. El Capitan, viendo no ser parte para ofendellos, se estuvo allí. Hernando Pizarro venía llamando toda la tierra de paz, favoresciendo mucho á los que venían, y por el contrario castigando á los que eran rebeldes; y llegado al desaguadero mandó hacer balsas, y acaso halló allí una madera liviana que es apropiada para aquello, la cual, Guainacaba, antecesor de los Ingas, la habia hecho traer allí en hombros de indios de más de trescientas leguas, para hacer las balsas en que él entraba á se holgar en aquella laguna en

sus fiestas, y de aquella madera se hizo una grande en que se metió Hèrnando Pizarro con hasta quince ó veinte hombres, y en las otras de enea se repartieron hasta otros tantos, y mandó que toda la gente demas quedase á caballo, porque se temia de cinco mil indios amigos que llevaba, que se le habian juntado de Atuncollao y de aquellos pueblos que iba pacificando, porque no tuviesen lugar de hacer algun engaño. Pues en comenzando á pasar, echándose al agua, los indios se pusieron de la otra parte á la orilla para defendelles que no tomasen tierra, y cargaron tantos flecheros y honderos que los que remaban, por arrodelarse de las muchas piedras y flechas que llovian sobre ellos, dejaron de remar, y la furia del agua llevó las balsas el rio abajo, con tanta priesa, que los españoles no se podian gobernar.

Hernando Pizarro hacía todo lo que podia por que los indios remasen para que llegasen á tierra, mas eran tantos los flechazos y pedradas que no se podian valer, y fuera de toda órden iban por el agua abajo. Los españoles que quedaron á caballo de esta otra parte, viendo á Hernando Pizarro en tanto peligro y la priesa que le daban, echáronse al agua algunos dellos pensando poder socorrelle, y con

el peso de las armas no pudieron nadar los caballos, y ahogáronse ocho caballos con sus amos y nunca más parescieron; como esto vieron los indios, favorescié-ronse en tanta manera que daban tanta priesa á los demas que casi ahogados tornaron á tierra; Hernando Pizarro salió con todos los que metió consigo, aunque los más venían heridos de pedradas y flechazos. Los enemigos quedaron con esta victoria con tanta soberbia que llamaban á grandes voces á Hernando Pizarro, diciéndole que por qué no pasaba, el cual, estando tan deseoso de la venganza de los españoles muertos, mandó luégo esa tarde traer más palos de aquella madera liviana que allí habia mandado traer el Guainacaba, como dicho tengo, y trajéronselos por la mañana é hizo hacer dos balsas grandes, y meterlas en la laguna que estaba allí junto la boca della por donde desagua, porque la furia del agua no las tornase á llevar, y mandó que los indios hiciesen balsas para sí.

Metióse Hernando Pizarro con cuarenta españoles á pié en la una balsa de las grandes y en la otra se metió Gonzalo Pizarro y Alonso de Toro con sus caballos, y díjoles que se viniesen en pos dél y que en ninguna manera saltasen en

tierra hasta que él la tuviese ganada porque no les matasen los caballos. Mandó Hernando Pizarro que los indios, desque le viesen en tierra se echasen al rio en sus balsas, porque no cargasen todos los indios á la parte donde él desembarcase, sino que se repartiesen por todas partes; y á Gonzalo Pizarro que, porque no le flechasen los caballos, se quedase atrás hasta que él hobiese tomado tierra, como ya les habia dicho.

Los indios, viéndoles venir cargaron con toda furia allí adonde él habia de desembarcar, por defenderle que no tomase tierra, y comenzaron á flecharle á mucha priesa y á darle muchas pedradas los honderos, que no parescia sino que granizaba. Hernando Pizarro, llegado que hubo cerca de la orilla y que se parescia el suelo, echóse al agua con la determinacion que llevaba, y estaba metido en ella hasta los pechos, y los demas, como le vieron dentro y con tanto peligro, haciéndoseles vergüenza saltaron asimismo, y mandó que volviese la balsa por los caballos que de la otra parte quedaban, y entre tanto fueron peleando hasta llegar á tierra, llegando mano á mano con los enemigos; los cuales por defendérsela, y él por tomalla, fué cosa de ver lo que pa-

saban, y la priesa que los unos y los otros se daban. En esto llegó Gonzalo Pizarro con su compañero, que no fué pequeño socorro los dos caballos. Los indios amigos echaron al rio tantas balsas, que repartidos los enemigos á defender por todas partes la tierra, no pudieron resistirles que no ganasen la ribera, y les hiciesen volver huyendo. Las balsas de madera volvieron á gran furia á pasar caballos, que como allí era la boca del desaguadero, estrechábase mucho la laguna, y entre tanto andaban los españoles peleando á pié, y como estaban armados, no les podian alancear, y andábase de una parte á otra recibiendo poco daño. Y andando desta manera, llegaron los caballos y los indios amigos, con los cuales fueron desbaratados; y siguióse el alcance tres leguas, porque es la tierra muy llana, en que hubo gran mortandad de los contrarios, y de los indios que se prendieron se hizo castigo, por haber sacrificado el cristiano. Luégo vinieron de paz todos los pueblos desta comarca, y tambien los que quedaban atrás estuvieron de paz; Hernando Pizarro los rescibió muy bien, haciéndoles muy buenos tratamientos á todos los que venían, de manera que los unos llamaban á los otros.

La gente de guerra que quedó de indios de este desbarato se fué á juntar á la provincia de los Charcas, con los naturales della, que es gente muy belicosa, y se pusieron en un paso fuerte á la boca de la entrada de la dicha provincia. Hernando Pizarro fué pacificando toda la provincia de Collasuyo y la provincia de los Carangas y de los Suras sin hallar resistencia, y á los que venían de paz, hacía muy buen tratamiento y dábales de sus joyas; de que los indios estaban muy contentos, conociendo la diferencia que se les hacía en el tratamiento de la paz al de la guerra, y así era dellos muy temido y amado. Todos los señores de estas provincias, dijeron á Hernando Pizarro, como á la entrada de la provincia de los Charcas estaba mucha gente de guerra junta, que le rogaban acabase de deshacerlos, porque si se volvian, por haber ellos dado la obediencia y hecho con él paz, los destruirian y matarian á todos. Hernando Pizarro les respondió que ántes moriria él que desamparallos, que queria ir con ellos y hacer aquello que le rogaban, y que estuviesen muy seguros que por tener paz con él no les habia nadie de hacer daño; y con esto que Hernando Pizarro les dijo, quedaron muy contentos. Luégo se partió la vía de la

dicha provincia á un valle que llaman Cotabamba, por ser muy abundoso de comida, que iba su gente algo necesitada della, y á la entrada del dicho valle, que es una tierra muy áspera, se pusieron los dichos indios á defendérsela. Defendiéronle el paso cinco dias por ser muy áspero, que le pusieron en mucho estrecho por falta de la comida, y al fin peleó con ellos y desbaratólos, y los indios amigos siguieron el alcance, porque por ser tan doblada la tierra no pudieron seguilles los cristianos; y así se metió en el valle, el cual es muy fértil, y toda la gente de los Charcas tienen en él su comida, porque los montes son estériles y en aquel valle hay muy grande abundancia, y dáse muy bien todo lo que en él se siembra.

Hernando Pizarro se bajó al valle ya dicho, y este dia llegaron cartas como el Gobernador estaba en esta ciudad, que venía á verle y á poner en sosiego la tierra, y en el camino topó con los Capitanes que Hernando Pizarro enviaba á descubrir y poblar, y á todos dió sus provisiones mandándoles y encargándoles trabajasén mucho en el servicio de V. M., procurando el acrecentamiento desta tierra y de la santa fe católica. Hernando Pizarro, por estar derramada la gente y

fatigada, no pudo tornar á salirse luégo con ella; dejó á Gonzalo Pizarro que quedase por Capitan de toda ella y estuviese en el valle hasta recoger todos los indios amigos, y reformar la gente de los trabajos pasados; y díjole que le parecia que aquella tierra era muy áspera y muy doblada, y que tenía muy más áspera la salida que la entrada, y la gente de aquella comarca era más belicosa y animosa que otra ninguna; y que sospechaba que le habian de tomar los pasos, y que, si así fuese, tenía por muy dificultosa la salida. Y que si supiese que se juntaban y le tenían ganados los pasos, que no saliese en ninguna manera sino que se estuviese en el valle, que es tierra llana y abundosa de mantenimientos, y que se pusiese en el pueblo que llaman Cotabamba, que es en el medio del mismo valle, y recogiese allí mucha comida, porque cargando muchos indios sobre él no le darian lugar á recogella; habiéndole dicho que le avisase si le cercaban, que él le socorreria luégo, y que si dentro de cuarenta dias no venía carta suya, que cognosceria que estaba cercado y que no le podia escribir, que procurase de defenderse bien, que tuviese por cierto que él vendria á su socorro.

Y así se partió con solos siete de ca-

ballo, por estar toda la tierra de paz, hablando á la gente graciosamente, despidiéndose de ella, y asimismo á Paulo Inga, que era capitan general de los indios amigos; y vínose por la tierra que habia hecho de paz, y por toda ella fué bien recibido y servido de los indios hasta llegar al Cuzco, que habia ciento treinta leguas, y allí halló al Gobernador y se rescibieron con amor de hermanos. Toda la gente del Cuzco se regocijó mucho con su venida, y se quejaban dél por habellos tomado de sobresalto, que tenían ordenada gran fiesta para recibille, y él se excusaba diciendo que ya sabian ser aquella su condicion; y es así, que siempre las jornadas postreras caminaba de noche y de dia, por tomarlos descuidados y que no le hiciesen rescibimiento.

Gonzalo Pizarro hizo lo que Hernando Pizarro le habia encomendado, que se fué al pueblo de Cotabamba, y luégo supo que le tomaban los pasos y se hacía gran junta de gente para venirle á cercar, y era imposible poder salir ningun español; recogió mucha comida y despachó mensajeros indios á hacerlo saber á Hernando Pizarro, y aunque algunos tomaron, todavía llegó allá su carta. Estúvose quedo, pareciéndole ser gran locura querer salir,

y los indios, viendo que no se movian, determinaron de ir á cercallos y acometellos en el pueblo; los cuales serían hasta veinte mil (que, como se juntaron en breve tiempo, entónces no serían más, aunque cada dia dende adelante se juntaban de todas las provincias comarcanas) y acometieron á los españoles, que serían hasta cuarenta de caballo y treinta peones, por cuatro partes. Gonzalo Pizarro los concertó, juntamente con cinco mil indios amigos que tenía, de manera que pudiesen ayudarse unos á otros, y así pelearon muy gran rato sin conocerse ventaja; pareciéndole á Gonzalo Pizarro que era tiempo de poner toda diligencia en desbaratallos, entró por ellos muy animosamente, matando y hiriendo muchos; los cuales, aunque algun tanto se detuvieron, al fin, viendo el estrago que en ellos hacía, volvieron las espaldas huyendo, dejando cuatro españoles y doce caballos heridos y gran parte de los indios amigos muertos. Pero quedaron con tanto temor que no se osaron acercar más al pueblo, sino pusiéronse en todos los caminos y pasos por donde presumian poder salir, para tenellos así cercados hasta juntar gran cantidad de gente y dar en ellos; y para ponello en obra lo hicieron saber á Tiço,

que era capitan general del Inga en aquella provincia y grandísimo enemigo de cristianos, y como lo supo, en poco tiempo juntó cuarenta mil indios, y él se vino con ellos acercándose á Cotabamba, teniendo por muy cierto que en llegando él los españoles no serían parte para defenderse. Los cuales, en este tiempo, salian cada noche á dar en los indios que los tenían cercados, adonde Gonzalo Pizarro siempre entre todos se señalaba de manera que, en veces, tenían ya muchos dellos muertos.

La carta que Gonzalo Pizarro escribió llegó aquí á tiempo que Hernando Pizarro, habiendo consultado con su hermano el Gobernador lo que convenia, estaba ya de camino para ir á dar cuenta de todo á V. M.; y viendo la necesidad en que quedaba Gonzalo Pizarro, partióse luégo otro dia á gran priesa con la gente que de aquí sacó y la que se le juntó por el camino, que serían hasta cuarenta y cinco de caballo. El Gobernador partió tras él, mas los vecinos le hicieron volver, diciéndole que tenían al Inga cerca y que era causa muy bastante para que en ninguna manera saliese del Cuzco, sino que se diese órden en conquistalle; y paresciéndole que tenían razon y que Her-

nando Pizarro bastaba para aquello, se volvió de dos jornadas de aquí. Encomendó al factor Illan Xuarez de Carvajal que fuese con gente á hacer guerra al Inga, el cual estaba hecho fuerte en un peñol en el rio de Vilques. Llegado el Factor al rio, mandó á un Capitan de gente de pié que se quedase á guardar la puente, y él fué por lo alto de la sierra á dar en él, y avisó al dicho Capitan que en ninguna manera se quitase de la puente hasta que él le avisase de lo que habia de hacer. Ido el Factor, supo el Capitan, por relacion de indios amigos, que el Inga estaba con poca gente, y con codicia de prenderle y ganar él la victoria comenzó con su gente á subir la cuesta, y, como en extremo es grande y sin agua, obra de doscientos indios que los acometieron, los desbarataron y mataron al Capitan con veinte y tres de los suyos, escapando algunos por mucha ventura. El Inga huyó luégo la vía de Guamanga, porque supo que ya el Factor por la otra parte le tenía ganado lo alto, el cual, siendo avisado de que el Inga habia huido y los españoles habian sido desbaratados y algunos muertos, sintiólo mucho y dejó el camino que tenía concertado, é hízolo saber al Gobernador, que no ménos lo sintió, y luégo se partió

con algunos que le siguieron en busca del Factor, y juntado con él fueron en seguimiento del Inga, porque los indios no se favoresciesen con lo que habian hecho y fuése causa de hacerse poderosos. No pudo en ninguna manera verse con él porque se le retiró á la montaña de Guamanga, y paresciéndole hacer mucho al caso quitalle y atajalle los pasos, determinóse en fundar allí un pueblo de cuarenta vecinos, sacando de aquí y de la ciudad de Los Reyes gente para poblalle.

En esto llegó Ceballos con los despachos de V. M., y para entender en ellos vino aquí el Gobernador, y envió un Capitan con los vecinos desta ciudad en seguimiento de Villahoma, que andaba en la provincia de Condesuyo, y no pudieron hacer cosa ninguna porque los rios iban muy grandes. Hernando Pizarro, despues que de aquí partió, caminó con tanta priesa, que llegó en breve tiempo á Paria, que es un valle doce leguas de Cotabamba, y sabido por la gente de guerra como iba, creyendo entrarian al valle por camino real adonde hay pasos muy malos, pusieron en ellos pasados de doce mil indios. Hernando Pizarro hizo poner mucha diligencia ántes de entrar en saber dónde estaba toda la gente de guerra, y

supo que le tenían tomado el camino y era imposible pasalle segun la disposicion dél. Acordó dejar allí quince de caballo que venían mas fatigados, y con los treinta caminó aquel dia y toda la noche, y fué á dar sobre los capitanes y gente de guerra que venían de los Charcas, que estaban de allí quince leguas al través de Cotabamba; no pudo ir sin ser sentido de las espías, avisando tres leguas ántes que llegase, y con el sobresalto alzaron real, y sin esperarse los unos á los otros, se fueron. Como los que estaban en guarnicion por todos los pasos cerca de Cotabamba supieron los capitanes ser huidos, desampararon los sitios que tenían; como lo supo Hernando Pizarro, envió á llamar los quince de caballo que habia dejado atras, y se juntaron. Toda la guarnicion de los doce mil indios que estaban en el camino real, viendo que los españoles lo tenían en medio y sus capitanes habian huido, se retiraron á la sierra muy desbaratados, dejando el camino desembarazado, y hobo lugar para juntarse Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro; siendo su buena diligencia bastante para que no se perdiesen, porque si llegara toda la gente que venía no podian dejar de morir.

De ahí á cinco dias llegaron cincuenta

españoles de pié y de caballo que enviaba el Gobernador en su socorro. Juntos, salió Hernando Pizarro con ellos del valle para ir á dar á una provincia que se dice de los Anfaraes, que es comarca de los Charcas; por el camino salian á ellos los caciques de paz, que, como los trataban bien, Tiço y todos los demas capitanes del Inga le vinieron de paz; que todos se maravillaron, porque este Tiço ha sido el mejor vasallo que ha tenido el Inga, pero el buen tractamiento que se les hacía quitó dél todo temor, y se determinó de venir á Hernando Pizarro. Trujo consigo muchos capitanes y caciques que descubrieron secretos de minas de oro y plata; las de plata son tan buenas que se saca dellas la plata fina. Viendo Hernando Pizarro cosa tan rica, paresciόle que no era bien desamparar aquella provincia, y porque le paresció era bien entender en su jornada dejó allí la gente que traia para que se fundase un pueblo y los cristianos fuesen aprovechados, y la Real hacienda acrescentada, y tambien porque desamparándola luégo se tornaria á alzar, dejando en esto mucha órden en toda la tierra; y tomando todos los que quisieron minas, señalóse para V. M. la mejor dellas, que dicen ser la de Guainacaba,

de donde se cree será muy acrescentada vuestra Real hacienda. Hernando Pizarro se vino para esta ciudad y trajo consigo á Paulo Inga y á Tiço con mucha gente, para ir á conquistar al Inga; y créese que, segun está encerrado, no puede dejar de ser muerto ó preso, con que la tierra se reformará, porque hasta que esto se haga todo está suspenso.

Pedro Anzures volvió de su jornada porque halló la tierra dentro despoblada, y se le murieron de hambre sesenta españoles, y comieron los caballos, y quiso llegar á un rio poblado, adonde tenía noticia haber mucha gente, y hallóse á diez jornadas dél, todas despobladas; y siendo forzado morir todos, pasando adelante, dió la vuelta, adonde pasó excesivos trabajos: para dar órden en dar otra entrada á esta gente se entiende agora. Asimismo va otro Capitan con gente á la provincia de Chile para poblalla, y Gonzalo Pizarro á la de los Charcas á hacer un pueblo. El Gobernador y el Obispo entienden en reformar la tierra; tienen mucho trabajo, porque hay muchos con quien cumplir y no mucho que dar. Acabado esto, se parten á la costa de la mar, adonde en el valle de Arequipa fundarán un pueblo; y mañana se parte Hernando Pizarro á dar

cuenta á V. M. de todo lo sucedido, cuya S. C. C. M., nuestro señor, guarde con acrescentamiento de muy mayores reinos y señoríos, con general obediencia del universo. — Desta ciudad del Cuzco, á dos de Abril de mil y quinientos y treinta y nueve años.»

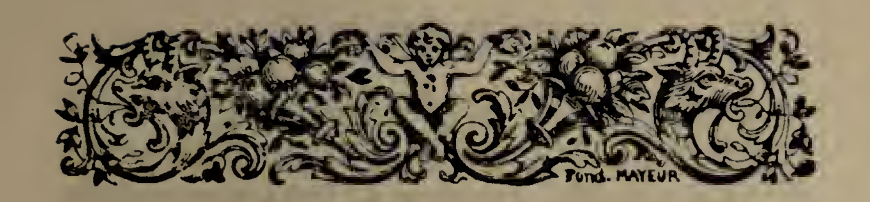


REBELION

DE

FRANCISCO HERNANDEZ GIRON

EN EL PERÚ EN 1553.



RELACION

DE LO ACAECIDO EN PERÚ

DESDE QUE FRANCISCO HERNANDEZ GIRON SE ALZÓ HASTA EL DIA QUE MURIÓ.

Francisco Hernandez Giron se alzó en el Cuzco á doce de Noviembre de mil y quinientos y cincuenta y tres años, un domingo en la noche. Estando en una boda el corregidor del Cuzco, que se llama Gil Ramirez, y otros caballeros, entró Francisco Hernandez Giron con trece hombres y dijo: «Caballeros, libertad, no se bulla naide, porque por vida del Emperador, que le cueste la vida al que se desmandare, que no lo habemos sino por el Corregidor». El capitan Palomino se levantó para se poner él en defensa, como servidor del Rey, y fué muerto luégo allí; el Corregidor, se encerró en una cámara, donde estuvo fuerte algun tanto hasta que le prometieron la vida, y

ansí se rindió, y le prendieron, y despues le envió á Lima sin le quitar alguna cosa de su hacienda; los que se hallaron demás en la boda á la sazon, huyeron dellos y se vinieron á Lima á servir al Rey, y otros quedaron con él. Mató Francisco Hernandez al contador Juan de Cáceres, que se halló á la sazon en el Cuzco, y le tomó todo lo que allí al presente tenía; mató tambien á D. Baltasar de Castilla, vecino del Cuzco. Envió luégo á Tomás Vazquez, su Capitan, á tomar á Arequipa, con ochenta hombres. Los de Arequipa, dellos le deseaban, y otros deseaban servir al Rey, ansí se fueron al Desaguadero á juntarse con Sancho de Ugarte, que era Corregidor en el Pueblo Nuevo, el cual, siendo avisado de lo que pasaba, se habia recogido allí con la gente del Pueblo Nuevo y con los demas que habia podido; otros se vinieron á Lima, los demas recibieron á Tomás Vazquez sin contradiccion alguna, y ansí, Tomás Vazquez, despues de tomar á Arequipa se tornó para el Cuzco con doblada gente más de la que habia llevado.

En este tiempo que Francisco Hernandez se alzó, estaba el mariscal Alonso de Alvarado en los Charcas proveido por Justicia mayor, para el castigo de la rebelion de D. Sebastian de Castilla y sus secuaces,

la cual habia siete meses, poco más, que habia pasado, y sabido del alzamiento de Francisco Hernandez, con gran presteza hizo gente por el Rey; en muy breve tiempo allegó cerca de mil hombres y salió con gran presteza con su campo á buscar á Francisco Hernandez.

Estos señores del Audiencia tambien habian sido avisados del alzamiento, y con presteza hicieron gente en esta ciudad de Lima, y mandato á Guanuco, y las Chachapoyas, y Trujillo, y con presteza vinieron á servir al Rey. Los Capitanes que se hicieron en Lima son los siguientes: Nicolás de Rivera, el mozo, Capitan de la guarda; Capitanes de caballo, D. Antonio de Rivera, Pedro de Zárate, Diego de Mora; Capitan del artillería, D. Felipe de Mendoza; de infantería, Ruy Barba, Rodrigo Niño, Diego Lopez de Zúñiga, Luis Dávalos, Juan Maldonado, Baltasar Vazquez Lujan, Lope Martin; de Guanuco y las Chachapoyas, Juan Perez de Guevara, Miguel de Laserna, Juan Tello; Capitan de la mar, Jerónimo de Silva. Hicieron General al Arzobispo, y al licenciado Santillan Oidor; Maestre de Campo á Pablo de Meneses. Dicen que cuando Francisco Hernandez supo que habia dos Generales en el campo de S. M. jugó cañas

y dijo: *Nostri erunt*, *Aristóteles ait mala est pluralitas principum*, etc., porque era buen latino.

En estos medios se alzó Guamanga y tomó la voz de Francisco Hernandez; dende á pocos dias se vinieron al Rey, de los de Guamanga, el capitan Peña, D. Luis de Toledo, Ontiveros, Cárdenas y otros soldados, los demas se fueron á Francisco Hernandez. Salió del Cuzco con su campo derecho á la ciudad de Lima; del campo del Rey, enviaron por la costa de la mar á Luis de Tapia por corredor con doce ó quince hombres, y despues enviaron á Lope Martin por Guadachiri derecho á Xauxa y Guamanga con veinte y cinco hombres. Dende á pocos dias enviaron á Costilla con hasta treinta hombres en su socorro. Lope Martin tiró derecho á Guamanga, la cual estaba por Francisco Hernandez; llegando á vista del pueblo, puso en un alto muchos indios con picas á vista del lugar. Los de Guamanga creyeron en viéndolos ser españoles, y ansí salieron á otra parte á se juntar con Francisco Hernandez; Lope Martin entró por la otra parte en el pueblo. Finalmente, saliendo los de Guamanga, entró Lope Martin y dende allí corrió el campo hasta Vilcas, que son doce leguas de Guamanga, y allí

descubrió á Francisco Hernandez desde un alto. Francisco Hernandez estaba en un llano con todo su campo puesto en escuadron. Lope Martin soltó del alto dos arcabuces; Francisco Hernandez le respondió con toda su arcabucería, y ansí Lope Martin se vino retirando muy cerca de Francisco Hernandez y se juntó con Costilla junto con Guamanga, y con Luis de Tapia que tambien salió á Xauxa; serían por todos más de setenta hombres, casi todos arcabuceros, y ansí se vinieron retirando hácia Lima.

Pasáronse á Francisco Hernandez dos soldados de Lope Martin. Estos señores le enviaron á mandar se viniese y quedase Costilla con doce hombres por corredor; hízolo luégo, y ansí se vino con toda la gente, salvo doce ó quince que quedaron con Costilla; llegando Francisco Hernandez á Guadachiri, tuvo noticia de los corredores del campo del Rey y envió á Piedrahita, su Capitan, con sesenta hombres á que diese en los corredores del Rey, y Piedrahita lo hizo con presteza, y á la media noche dió en Costilla que estaba descuidado, creyendo que Francisco Hernandez estaba más lejos; le prendió tres soldados y le tomó ciertas cabalgaduras, y armas y otras cosas. Costilla escapó hu-

yendo con los demas; Francisco Hernandez siguió su camino derecho á Lima. El campo del Rey estaba fuera de la ciudad dos leguas, esperando á Francisco Hernandez para le dar batalla. Habia en el campo del Rey más de mil y trescientos hombres, en que habia cerca de trescientos hombres de á caballo y más de trescientos arcabuceros, los demas piqueros, y con grande ánimo y voluntad de servir á su Rey. El número de los que Francisco Hernandez traia, hasta agora no se ha podido bien saber, porque unos dicen que traia ochocientos hombres, y otros setecientos cincuenta, otros quinientos cincuenta, y estos números dicen los mesmos que venían con él sin conformar; dicen que tenía en Pachacama setecientos cincuenta hombres. Francisco Hernandez traia por corredor de su campo á Lozana con treinta y tres hombres.

Costilla, despues que se escapó de Piedrahita, vínose al campo del Rey, é luégo proveyeron en el campo del Rey por corredor á D. Juan de Sandoval con hasta cincuenta hombres, el cual corrió el campo hasta cerca de Chinchacocha, y llegando hasta ver la gente de Francisco Hernandez, se volvió retirando, é ansí le mandaron venir y enviaron á Pedro de

Zárate con noventa hombres; y Francisco Hernandez estaba cerca del campo del Rey, y Lozana que corría su campo, llegó á Guascatar, que es en el rio tres leguas de Lima. Súpose en el campo del Rey y enviaron sobre él á Lope Martin é á Jerónimo de Silva con sesenta hombres; estos dieron en él y sin ninguna resistencia le prendieron con veintiocho hombres de los suyos, y de treinta y tres que eran solo se escaparon cinco. Y ansí fué traido al campo del Rey, y de allí enviado á Lima; dende á tres dias le cortaron la cabeza en el Collao de Lima, y á otros de los suyos ahorcaron, los demas quedaron presos.

Dícese que Francisco Hernandez enviaba á aquel Capitan por allá, para que de noche bajase por el rio de Lima abajo y diese en la ciudad á prima noche, ó como mejor le pareciese, porque la ciudad estaba desproveida de gente porque estaba toda en el campo del Rey, y la poca que habia en la ciudad estaba mal proveida de armas, y haciendo esto, la gente del campo vendria á socorrer á Lima y habria desórden, y él acometeria entónces en el campo y habria más facilmente victoria. Visto que esto le habia sucedido mal por la prision de su Capi-

tan, envió á Piedrahita, su Capitan, con ciertos arcabuceros, á tomar el fuerte de Pachacama, el viérnes de Ramos en la tarde, y aquella noche y otro dia entró Francisco Hernandez con todo su campo en el fuerte, en el que asentó su campo; el del Rey estaba dos leguas del suyo. En el campo del Rey hubo diversos pareceres de si llegarian su campo frente al fuerte, y con catorce piezas de artillería que tenían le combatirian. Unos decian que le entrasen por otra parte, otros que no era cosa llegar á combatir, otros de otros pareceres; finalmente, no se concluyó nada, mas de que el campo se estuvo quedo hasta saber lo que haría Francisco Hernandez.

El domingo de Ramos salió á correr el campo el Maestre de Campo, é D. Antonio de Rivera, y Luis de Ávalos, y Baltasar Vazquez. Francisco Hernandez echó á Piedrahita, su Capitan, por corredor de su campo, y echó dos celadas, la una por la parte de la mar é la otra hácia la tierra, para que escaramuzando con el Maestre de Campo, los suyos los cebasen hasta meterlos dentro, y ansí saldrian Tomás Vazquez y los demas que estaban en celada y les tomarian en medio fácilmente; y andando trabada la escaramuza, el

Maestre de Campo envió á pedir doscientos hombres pareciéndole, que estaba en términos el hecho con ellos; no se los enviaron, ántes le enviaron á mandar se retirase, temiendo lo que habia. Entre los que escaramuzaban de Francisco Hernandez andaba Diego de Silva, vecino del Cuzco, éste, hobiendo lugar, se pasó al Maestre de Campo con cuatro ó cinco soldados; pasaba diciendo: «vuelta, caballeros, que Tomás Vazquez está en celada, y porque están puestas dos celadas», é ansí, se retiraron. Este dia fué preso un soldado del campo del Rey; siendo llevado á Francisco Hernandez, le dijo las voluntades y gentes que habia en el campo del Rey, y ansí, visto que cada dia se le pasaban de los suyos al Rey y los del Rey estaban firmes, determinó de retirar, y el mártes de la Semana Santa, en la noche, hizo un parlamento á sus soldados, diciendo que él habia tenido esperanza que se le habia de pasar gente del Rey, y visto lo que pasaba determinaba de se retirar: los que le quisiesen seguir que le siguiesen y le desengañasen de lo que querian hacer, y que á los que no le quisiesen seguir les daba licencia que se fuesen al Rey ó á quien quisiesen, que prometia, como caballero, de no les perjudicar en

nada. Y ansí se la pidieron muchos, y él se la dió, y otros sin ella se pasaron; finalmente, él se retiró aquella noche con trescientos cincuenta hombres, pocos más, y dejó de negros, y cabalgaduras, y ropas, y plata labrada, y otras cosas, más de ochenta mil pesos de valor, de los que se le huyeron y de los que no pudo llevar, y ansí fué la vuelta de Arequipa.

En el campo del Rey hubo diversos pareceres, si le seguirian el campo todo ó enviarian algunos Capitanes á la ligera que le fuesen dando caza; finalmente, se vinieron á resumir en que fuese el Maestre de Campo con ciento cincuenta hombres, y los que se le juntarian en el camino, dándole caza. Esto fué despachado á (1) dias despues que se habia retirado, y el campo del Rey se fué siguiéndole; y ansí partió el Maestre de Campo (2) dias despues en seguimiento de Francisco Hernandez, y dende á pocos dias el campo. Visto el Maestre de Campo que con la gente que llevaba no podia ofender ni defenderse, envió á pedir doscientos hombres, diciendo que con aquellos y los que llevaba podia acabar el hecho, y sin ellos

(1) En blanco en el original.
(2) Idem id.

no podia hacer nada: en lugar de doscientos hombres le enviaron veinticuatro. Francisco Hernandez fué avisado por un soldado que se pasó del Maestre de Campo á él, el cual ántes se habia pasado de Francisco Hernandez al Rey, de cómo iba el Maestre de Campo y de la poca gente que llevaba. El Maestre de Campo, visto que aquel habia ido á dar aviso de su ida, se retiró aquella noche cuatro leguas; Lope Martin, que iba con él, dijo que no se retiraria hasta ver los enemigos, y ansí se quedó con cuatro hombres como de centinela.

Francisco Hernandez revolvió con su campo y echó un Capitan por una parte fuera del camino, y él con la demas gente, puesta en escuadron, por la otra, el camino en medio, y siete ú ocho hombres que le descubrian, y ansí vino caminando tres dias. Sábado de Cuasimodo dió en Lope Martin, el cual, viendo la una gente por la una parte, huyó hácia la otra, y ansí dió con los enemigos, que se le habian pasado adelante buen rato sin que los viese, porque iban fuera de camino, como dicho tengo, y allí fué preso y le cortaron la cabeza. El Maestre de Campo se iba todavia retirando hácia Lima, sin haber más sabido de Lope Martin y de

Francisco Hernandez, é ansí, domingo de Cuasimodo, por la mañana, amaneció Francisco Hernandez sobre él de la manera que á Lope Martin, trayendo su escuadron hecho y su Capitan por otra parte; el Maestre de Campo estaba descuidado en un llano, y saliendo un soldado de los suyos á dar agua á su caballo, vió los enemigos y volvió corriendo: «¡Arma, caballeros, que los enemigos están sobre nosotros!» y ansí se pusieron todos en órden y comenzaron á retirarse y á escaramuzar, y Francisco Hernandez con su escuadron formado, sin deshacer, ni desmandarse nadie de los suyos, salvo los que iban delante escaramuzando, les fué siguiendo más de cuatro leguas.

Á este tiempo llegó Vasco de Guevara en socorro del Maestre de Campo con los veinticuatro hombres, que eran los que enviaban del campo del Rey en lugar de los doscientos que habia enviado á pedir; créese que, si fueran doscientos como eran veinticuatro, desbarataran á Francisco Hernandez entónces. Finalmente, el Maestre de Campo fué desbaratado y muertos cuarenta y tres hombres de los suyos y cerca de sesenta presos; salió herido el capitan Luis Dávalos de un arcabuzazo, el capitan Gomez Arias de tres ó cuatro

lanzadas, que por llevar cota no hicieron mas que desgarrársela; el Maestre de Campo escapó huyendo con diez ó doce soldados. Metióse la tierra adentro, dende á cuatro ó cinco dias llegó al campo del Rey, que estaba en Chincha, que son treinta leguas de Lima. Francisco Hernandez volvió su camino y fué á La Nasca y allí estuvo cerca de un mes y medio; el campo del Rey estuvo en Chincha cerca de dos meses sin hacer nada, porque los dos Generales eran de diversos pareceres. Visto esto por el Audiencia, los quitó é hizo general á Pablo de Meneses, y Maestre de Campo á D. Pedro Puertocarrero. Francisco Hernandez, estando en La Nasca, fué avisado como venía el Mariscal con cerca de mil hombres con los que se le habian juntado del Desaguadero, que tenía allí recogidos Sancho de Ugarte, y ansí Francisco Hernandez salió de La Nasca con intincion de darle lado al Mariscal. El campo del Rey se vino á Pachacama á proveerse de algunas cosas necesarias para se ir en seguimiento de Francisco Hernandez.

Francisco Hernadez llegó casi á vista del Mariscal, y ansí, creyendo el Mariscal que le queria dar batalla, una noche le dió lado; el Mariscal le siguió con

presteza con mil hombres á la ligera, y domingo de la Trinidad amaneció el Mariscal sobre él en un lugar de indios que se llama Chuquinga. Francisco Hernandez estaba puesto en un fuerte, junto á un rio, tenía hasta trescientos cincuenta hombres; el Mariscal se puso de la otra parte del rio con su campo, que serían mil hombres y más, y ansí estuvieron aquel dia que casi no hicieron nada, aunque del campo del Mariscal murieron algunas cabalgaduras y fueron heridos algunos soldados, porque del fuerte de Francisco Hernandez se alcanzaba al campo del Mariscal con un mosquete. El lúnes siguiente mandó el Mariscal á Martin de Robles que pasase el rio con ciento cincuenta arcabuceros, y ansí se pusiese á un lado de Francisco Hernandez sin que le viesen, y á Juan Remon mandó pasar por otra parte con otro escuadron de piqueros, y se pusiese á otro lado y que ninguno de ellos acometiese si los enemigos no le acometiesen, y el Mariscal pasaria el rio con la demas gente y formaria un escuadron, y ansí acometerian á Francisco Hernandez por tres partes; y ansí pasó el capitan Martin de Robles el rio sin ser visto por los contrarios y se puso en su puesto, y Juan Remon ansí mismo en el suyo.

Martin de Robles vió salir de una emboscada siete ú ocho hombres de los enemigos, y como estuviesen cerca dellos, acudicióse á ellos y comenzaron los suyos de tirarles; y ansí fué visto por los contrarios, aunque él dice que ellos lo vieron primero que él acometiese, y ansí comenzó á escaramuzar, y Juan Remon, por la otra parte, sin guardar la órden que el Mariscal habia dado, y ansí en los primeros encuentros huyeron todos los que estaban con Martin de Robles hasta dejallo solo, que no fué parte para los poder detener por más ánimo que mostró; que se puso delante de ellos con su espada desnuda deteniéndolos y animándolos como animoso Capitan, y todo esto no bastó, y todos huyendo tornaron á pasar el rio y él tornó tras ellos, y llamándolos por sus nombres recogió setenta hombres ú ochenta y tornó á acometer á los enemigos, y desta vez ganó tres paredes del fuerte y llegó junto al escuadron de Francisco Hernandez. Los de Juan Remon tambien habian huido algunos y otros habian peleado y peleaban. El Mariscal con su gente pasó el rio, y por la primera desórden no se pudo formar el escuadron por estar tan trabada la escaramuza, y ansí acometieron los de á caballo al escuadron de Fran-

cisco Hernandez, que serían hasta sesenta hombres escasos, y D. Gabriel de Guzman, que era Capitan, fué muerto allí luégo porque rompió en el escuadron, y los demas huyeron. Y ansí se trabó la batalla, la cual duró más de tres horas; en la fin el Mariscal fué vencido y mucha de su gente muerta: á él le mataron dos caballos y salió herido de una pica.

En esta batalla murió el capitan Gomez de Alvarado, Villavicencio, Sargento mayor, y otros muchos caballeros y soldados; de Francisco Hernandez murieron solos veintidos hombres, entre ellos Juan Alonso de Badajoz, su Capitan. Parece que fué permision de Dios que teniendo el Mariscal más de mil hombres, le desbarataran trescientos cincuenta escasos, que casi tuvieron rendidos, y el campo de Francisco Hernandez, casi todo, salvo su escuadron que serían sesenta hombres escasos, y que se rehiciese y le desbaratase; aunque cierto, el Mariscal mostró en toda aquella jornada ánimo de sabio y valeroso Capitan como él lo es. Despues de desbaratado se vino á Lima con algunos de los que escaparon de la batalla á se juntar con el campo del Rey. Francisco Hernandez se estuvo en Chuquinga algunos dias descansando y rehaciéndose, por-

que habia quedado casi más desbaratado que el Mariscal. Dende á pocos dias envió á su Sargento mayor, que se llamaba Carrillo, con gente al Pueblo Nuevo y al Desaguadero y Charcas; éste, en llegando al Pueblo Nuevo, allegó, ó robó por mejor decir, de vecinos y mercaderes quinientas barras para la gente que llevaba, y como mucha della era del Mariscal, que habian sido presos en Chuquinga, estando una siesta en la cama, llegaron á él dos de estos, y el uno se dice Bolonia y el otro Segovia, y le mataron á estocadas, y alzaron bandera por el Rey y se fueron al Desaguadero con los demas que allí hallaron.

Francisco Hernandez envió á Guamanga á Juan Cobo; del campo del Rey habia salido Antonio de Quiñones por corredor, llegó hasta Guamanga: Juan Cobo se tornó á recoger con Francisco Hernandez. El General del Rey salió de Lima con mucha gente de su campo, y despues dél salido, hubo tan mala órden en acabar de salir la gente, que habia cerca de dos meses que el General habia salido, y el Maestre de Campo y parte de los soldados estaban en Lima; finalmente, acabó de salir la gente cerca de mediado Agosto. Francisco Hernandez envió á Piedrahita,

su Capitan, á Arequipa con ciento treinta hombres. Del campo del Rey habian proveido á Gomez de Solís por Capitan general del Desaguadero y Charcas, y estaban en Arequipa cuando llegó Piedrahita con su gente, que serían más de ciento sesenta hombres, y Piedrahita les acometió luégo y pelearon de entrambas partes; murieron algunos de ambas partes. Piedrahita puso fuego á las casas de Martin Lopez de Caravajal y á las de Noguerol de Ulloa y á otras, y como era de noche, con el fuego reconoció la gente del Rey, y en este medio comenzaron á tratar treguas entre ellos, en que se concluyó que los vecinos y soldados se fuese cada uno á su casa, y que Piedrahita no tomase á nadie ninguna cosa ni forzase á nadie á que le siguiese, si de su propia voluntad no se lo diesen ó le quisiesen seguir.

Dados estos medios, cada uno de los del Rey se fueron á sus posadas. Visto por Piedrahita que estaban desacandilados ninguna cosa de lo dicho guardó, ántes les comenzó á tomar armas, y caballos y dineros, y al capitan Gomez de Solís dió licencia que sólo con seis hombres saliese, el cual salió con veinte y se fué al Desaguadero; Piedrahita salió despues de Arequipa con su gente y con más que

llevó de allí, y luégo otro dia se le huyeron sesenta hombres. Francisco Hernandez se estuvo entre los dos rios Abancay y Apurima hasta que el campo del Rey llegó cerca dél, dende allí se fué retirando hasta el Cuzco y llevó á su mujer consigo. El campo del Rey fué en su seguimiento con él, y ansí se juntaron delante del Cuzco; en el rio de Apurima se ahogó el capitan Antonio de Lujan. El campo del Rey le fué siguiendo sin temor y le alcanzó cuarenta leguas más adelante del Cuzco, en unos pueblos suyos que se dicen Pucara, mártes, á dos de Octubre; Francisco Hernandez estaba metido en un fuerte tan fuerte como Milán. Aquel dia que llegó el campo del Rey escaramuzaron y otro dia, y ninguno de los suyos recibió daño, y algunos que morian eran de los del Rey; que parecia cosa extraña lo que la fortuna le era favorable.

Francisco Hernandez tenía cuatro piezas de artillería, y con ellas hacía daño en el campo del Rey, y las del Rey no le podian hacer daño á él por el fuerte en que estaba. Visto esto por los Oidores y General que estaban en el campo, hicieron otro fuerte junto al suyo, y ansí le hacian daño con la artillería, puestos en el fuerte, y la suya no podia hacer daño

á la del Rey, y la del Rey le mató ciertas cabalgaduras y un soldado, y ansí escaramuzaban cada dia, estando que se llamaban unos á otros por sus nombres, diciendo, «pasaos al Rey», y los otros «pasaos á Francisco Hernandez»: esto fué cinco dias arreo, en que hubo algunos muertos de entrambas partes, aunque pocos. Robles, yerno del capitan Ruy Barba, andando escaramuzando, dijo á su suegro que le queria hablar cosas que importaban mucho al servicio de S. M.; Ruy Barba pidió licencia á los Oidores para ello, y ansí se fué á hablar sobre seguro, creyendo reducirle al servicio de S. M., mas no le fué guardada la palabra, porque estando hablando con él echó doce hombres por una parte y otros doce por otra, y ansí tomaron á Ruy Barba y lleváronle preso al fuerte de Francisco Hernandez.

Francisco Hernandez no salió á escaramuzar el domingo porque determinó de dar la batalla ántes que amaneciese el lúnes, porque ansí le aconsejaban sus hechiceros, y ansí se salió al cuarto del alba, en acabando de ponerse la luna, tres horas ántes que amaneciese, de su fuerte con setenta ó más hombres, y más de doscientos cincuenta negros en otro escuadron, con cincuenta españoles; llevaba

más de quinientos arcabuceros españoles sin los negros; echó los negros por una parte, y él con la demas gente por otra parte. El campo del Rey se habia salido aquella noche del fuerte, porque habia sido avisado desto, y habíase puesto en un llano, y allí estaba puesto en escuadron. Francisco Hernandez, creyendo que estaba en el fuerte, mandó á los negros acometiesen por una parte, y ellos dieron en los toldos que estaban puestos, y como no habia quien los resistiese, robaron un rato á discrecion. Francisco Hernandez acometió por su parte tambien, y, visto que el campo del Rey no estaba allí, se temió de la celada y se retiró, y al volver vió las mechas de los del Rey; puso fuego á una botija de pólvora para reconocer qué gente era, y como los reconoció, los del Rey descargaron en él su arcabucería, y él respondió con tanta multitud, con ser de noche, como si ántes no hubiera disparado ninguno: y ansí duró la batalla tres cuartos de hora, y tuvo rendida la manga de Juan Remon, Capitan de la infantería. Los de á caballo tambien dicen que huyeron; Dios milagrosamente nos favoreció aquella noche, porque con haber rendido los que digo y huir los de á caballo, y mostrar los piqueros flaqueza,

él se retiró con ciento cincuenta hombres ménos, que eran de los que andaban con él del Mariscal, los cuales tiraban á dos hitos; dígolo, porque no se habian pasado en todas las escaramuzas pasadas, pudiéndolo hacer muy á su salvo, hasta aquella noche que Dios le ordenó. Él se volvió á su Milán.

La Audiencia habia enviado perdon general á todos los que se pasasen al Rey. El miércoles siguiente vinieron al Rey, Piedrahita y Tomás Vazquez, los dos hermanos Gabilanes, Juan Cobo y Mateo del Sauz, y otros muchos; de que vió que se le pasaban al Rey, determinó de huir con los que le quisiesen seguir, y dejó á su mujer encomendada al capitan Ruy Barba, que todavía le tenía preso, y le dió licencia para que se fuese al Rey, encomendándole mucho á su mujer. Él se retiró jueves en la noche, á once de Octubre, con ciento cincuenta hombres, poco más, porque los demas se le habian pasado al Rey, porque los Oidores que estaban en el campo del Rey perdonaban á todos los que se pasaban. Luégo el general Pablo de Meneses le siguió, y con sesenta hombres le fué dando alcance, y le prendió á su Maestre de Campo, que se llamaba el licenciado Alvarado, y á ochenta hombres

con él, entre ellos á Robles, yerno del capitan Ruy Barba, que era caudillo de maldades, y como los prendió dió á muchos garrote, á otros envió al Cuzco presos, y despues se hizo justicia de ellos; él siguió en su alcance, donde prendió algunos otros, y visto que Francisco Hernandez iba léjos y muy á la ligera, envió al Maestre de Campo y á Baltasar Velazquez que le siguiesen cada uno por su cabo, y él se volvió á su campo. Francisco Hernandez bajó á la costa con cincuenta y cinco hombres, poco más. El Maestre de Campo y Baltasar Velazquez se juntaron en el camino y vinieron en su seguimiento; siempre tuvo noticia Francisco Hernandez de ellos y creyó que era su Maestre de Campo que se venía á juntar con él, porque no sabía más de que venían cristianos, y ansí se venía deteniendo creyendo que eran los suyos.

Súpose en Lima cómo venía, y con presteza se hizo gente y salió toda la que habia en la ciudad, y con la que quedó en el campo quedó el licenciado Altamirano y el Arzobispo; serían doscientos hombres pocos más ó ménos los que quedaron en el campo, y enviaron sus corredores, porque tenían creido que Francisco Hernandez venía á Lima; uno de los que

corrieron el campo, que se dice Diego Delgado, escribió una carta á Francisco Hernandez diciéndole que se viniese al Rey; que de cuantas veces los soldados dejaban al Capitan dejase una el Capitan á los soldados, que le perdonarían y que no creyese que la gente que venía detrás dél era su Maestre de Campo sino del Rey, y que el suyo ya le habian prendido y le habian cortado la cabeza. Vista este carta, estando en Lunaguana reposando, apercibió á los suyos, y salió luégo la vuelta de la sierra; aunque el que escribió esta carta creyó que no erraba, hizo harto daño porque allí le tomaba el Maestre de Campo y los del campo de Lima, que ya querian ir sobre él. Él subió á la sierra; los indios le dieron chaya (1) aunque no mucha. Él subió á Xauxa, y en Xauxa estaban Miguel de la Serna y Juan Tello guardando el paso con sesenta hombres pocos más; fueron avisados de su ida y tuvieron espía que pasaba el rio. Ellos estaban de la otra parte en unos tambos, y desque él hubo pasado, salieron á vista de camino; él de que vió la gente parecióle que era mucha, y volvióse por un lado de la sierra

(1) Así en el original.

dejándolos más abajo en un llano. Por lo alto de la sierra fueron doscientos cincuenta indios honderos, con tres ó cuatro españoles y le tomaron lo alto, y le acometieron tan bravamente con sus hondas, que no se puede creer; él se metió en un fuerte con su gente, y allí se comenzó á defender y los indios á le combatir. Viéndose los suyos perdidos, le desampararon todos y se pasaron á los nuestros, donde los nuestros se vieron en harto trabajo en quitarles de los indios, segun la priesa que les daban. Francisco Hernandez quedó con una partesana en el fuerte, sólo con un compañero, y allí fué preso, domingo, dia de Santa Catalina, sin muerte de nadie, salvo un mestizo y algunos indios heridos.

El Maestre de Campo estaba una jornada dél cuando le prendieron, porque siempre le habia seguido, y solos cuarenta hombres habian quedado con él, que los demas habian quedado cansados, porque las cabalgaduras no se podian ya tener por haber sido tan largo el alcance. Juan Tello y Serna soltaron á todos los que se habian pasado, por poder que tenían de los Oidores; cuando el Maestre de Campo llegó, que fué otro dia, ya eran todos idos, y ansí partieron con Francisco

Hernandez para Lima. Entró Francisco Hernandez preso en Lima, mártes por la mañana, cuatro de Diciembre de mil quinientos cincuenta y cuatro años; el viérnes siguiente, dia de San Ambrosio, le cortaron la cabeza; lúnes, diez de Diciembre, cortaron la cabeza á D. Pedro de Ayala, que habia sido preso por Francisco Hernandez en el recuentro que habia habido con Pablo de Meneses, cuando se retiró de Pachacama. Éste le habia seguido en la batalla de Chuquinga y en la de Pucara, y jamás se habia querido pasar al Rey aunque le habian llamado muchas veces, y ansí habia venido con él hasta cerca de Puchinga, y allí se huyó y se vino á Lima con un compañero; llegando á Lima le habia prendido el licenciado Altamirano, como Alcalde de corte, y despues le cortó la cabeza: y aquel dia ahorcó á otros dos de los secuaces de Francisco Hernandez. Del número de los muertos, é por los recuentros, y por justicia, y otros que mataron indios, que son de tal condicion que al caido siempre le persiguen, unos dicen que pasan de quinientos, y otros más y otros ménos.

ROMANCE.

En el Cuzco, esa ciudad,
Grande gente se juntó,
Convocárala Giron,
Que en el Perú se alteró.
Piensa de tiranizalla,
Grande ejército formó,
Tendió estandartes, banderas,
Libertad apellidó.
Las guerras son publicadas,
La tierra se alborotó;
Guamanga le recibía,
Arequipa no negó.
En el val de Pachacama
Su rëal Giron sentó,
Atendió allí cuatro dias,
El postrero se volvió;
Dió de vuelta en Villacuri,
A muchos prendió y mató.
Este Giron, en Chuquinga,
Al Mariscal resistió,
Con trescientos que tenía,
Más de mil desbarató,
Saqueado ha todo el campo,
Quinientos y más rindió.
Tiros hace de campanas,
De sagrario las quitó;
Vencer piensa al Rey con ellos,

Mas Dios no lo primitió.
Fuerte hacen en Pucara,
El real campo allegó
De noche dió la batalla,
Con gran mal se retiró.
Los suyos le desmamparan,
Su perdicion conoció,
Conjúranse de matarlo,
No faltó quien le avisó.
Apriesa toma sus armas,
Sus gentes apercibió,
Su mujer tiene consigo,
¡Oh cuán triste le habló!
—Adios, adios, amor mio,
¿Qué me mandais, que me vo?
Hacé cuenta que marido
Jamás para vos nació;
Vendiéronme mis amigos,
Dellos mal pagado só,
Los que en esto me metieron
Cada cual se me salió.
La muerte me están tratando,
¡Ved que les merecí yo!—
En sus brazos la tomara,
En ellos se amorteció;
Las lágrimas dél la mojan,
Presto en su acuerdo volvió.
—¿A dónde vais, honra mia,
Que no me llevais con vos?
Lleváme, que á pié ó descalza

Jamás os faltaré yo.
¡Desdichada de la madre
Que tal hija parió!
Nunca yo fuera engendrada,
Pluguiera al eterno Dios.
—Ya no es tiempo, mi señora,
Que me sigais, respondió;
Quedaos con vuestros padres,
No espereis ya verme, nó;
Si vos sentís mi partida
Mucho más la siento yo.—
Tomárala por la mano,
A Barba la encomendó;
Los sollozos que dan ambos,
De vellos es gran dolor.
Hacen triste despedida,
Mortales están los dos.
Allí llega un sacerdote,
Grande priesa da Giron,
Apriesa pide el caballo;
Primero que en él subió
Besárala en el carrillo,
Palabra no le habló.
Con furia parte del fuerte;
La mujer que ir le vió,
Llorando que reventaba,
A sus soldados habló:
—¿Qué es de vuestro General?
¿Cómo no le seguís, nó?—
Todos cabalgan á priesa

Todos le han gran compasion.
Toda aquella noche escura
Va caminando Giron
Por sierras y despoblados,
Que camino no buscó.
En esa Xauxa, la grande,
Gente del Rey le prendió,
De ahí fué traido á Lima,
Do sus dias acabó.
Cortáronle la cabeza
Por traidor, dice el pregon,
Sus casas siembran de sal,
Por el suelo echadas son;
Enmedio está una coluna,
Do escrita está la razon:
«Vean cuan mal acaba
El que es á su Rey traidor.»

OTRO ROMANCE.

De ese fuerte de Pucara,
Francisco Hernandez salia
Un lúnes, á media noche,
De Octubre octavo aquel dia.
Casi mil trae consigo,
Que pocos ménos tenía,
Muy en órden su escuadron,
Caballos é infantería,
Cuatrocientos arcabuces,
Muy diestros los que los tiran.

Tocando sus atambores
Y sus banderas tendidas,
Van á dar al campo real,
Que cerca dél atendian;
Porque entónces fué avisado
Que municion no tenía,
Piensa dalle encamisada
Con la escuridad que hacía.
Los del Rey, como supieron
Que allí el tirano venía,
Los toldos dejaron solos
Y en escuadron se ponían.
Cuando tocaron al arma
Cada cual mucho se anima;
El capitan Diego Lopez
Que la municion tenía,
En aquel punto llegara,
Que á todos diera la vida.
Francisco Hernandez Giron
En dos partes repartía
La principal de su gente,
Que era el arcabucería;
Los más diesen en los toldos,
Los restantes por do él iba.
Por el lado do él marchaba,
Sin pensar que así sería,
Vió el ejército real
Que á la batalla atendia;
Y luégo como se vieron,
Dispara el artillería.

Como la noche era escura,
Ponía temor y grima,
No era más que fuego y trueno
Todo cuanto parecia;
Muchos muertos y heridos
De ambas partes caian.
Como el capitan Giron
No vió lo que pretendía,
La mayor fuerza del campo
Descargó en la toldería,
Diciendo: «alto, caballeros»,
Muy en órden se retira.
Vuelve los suyos al fuerte
Donde primero salia,
Con ménos hasta doscientos
Que quedado se le habian.
Miedo ni temor mostrando,
Más que ántes de la salida,
Alegre y regocijado,
Se está con doña Mencía,
Hasta quel dia siguiente
Tomás Vazquez se le iba
A vista de todo el campo,
Y algunos más Capitanes
Trataban con Piedrahita
Cómo poderle matar
Para asegurar sus vidas.
Viéndose él de ellos vendido
Consigo gime y sospira;
De su lecho se levanta,

Su ropa pide y vestía;
Trata de salir del fuerte
Con aquellos de quien fia.
Con lágrimas de sus ojos
A su mujer le decia:
—¿Qué os parece, mi señora,
De esta desventura mia?
Mis contrarios no eran parte
De ponerme en tal fatiga,
Véome desbaratado
De quien ántes me valía;
Mis amigos fueron solos
Los que me ponen en huida,
Ésme forzado dejaros
Aunque el alma lo sentia,
Haced cuenta que de verme
Será postrero este dia.
Ahí teneis á vuestros padres,
Estad en su compañía;
En ver que quedais con ellos
Mi mal un tanto se alivia.—
Doña Mencía lloraba
Miéntras él esto decia,
Con delicados sollozos
Responde á lágrima viva:
—¿A dónde vais, mi señor?
¿Dó vais, esperanza mia?
No me dejeis triste y sola
Con aquesta pena esquiva,
Llevadme, señor, con vos,

Donde os tenga compañía;
Haced cuenta so un soldado
Que con vos junto camina,
Que si he de quedar sin vos,
¿Para qué quiero la vida?—
Francisco Hernandez responde:
—Descanso del alma mia,
¿Cómo quereis ir conmigo
Huyendo y sin alegría,
Pues sabeis que mi camino
A huir sólo se inclina,
Y si á vos, mi bien, llevase,
La cosa toda es perdida?—
¡Oh traidor, falso, alevoso,
Lleno de mal y falsía!
No te bastaba haber seido
Traidor á quien no debias,
Sino que á tu alma lo seas
Quitándotela este dia.
Dejas viuda y sin marido
Una tan muchacha y niña,
Y áun si del todo lo fuese
Medio consuelo sería;
Pero el derecho se pierde
Do la fuerza resistia.
Despues de haber hecho aquesto,
A Ruy Barba se volvia;
Hacé mi ruego, señor,
Aunque á mí no se debia,
Encomiéndoos, señor Barba,

A mi bien, doña Mencía,
Que la lleveis á sus padres,
Pues fortuna así lo guía.
Ruy Barba le prometió
Lo que á ella más cumplia,
Y de no apartarse della
Hasta dalle compañía.
Con mil llantos se despiden,
Mil lástimas se decian.
Giron sube en su caballo,
Los demas allí atendian;
Toma camino no usado
A causa que no le sigan.

LIBRAMIENTO.

Yo Francisco Hernandez Giron, Capitan y Justicia mayor en esta ciudad del Cuzco, en estos reinos del Perú. Para la suplicacion que á S. M. se hace de los proveimientos é provisiones dadas por el Presidente é Oidores del Audiencia Real destos reinos, en perjuicio de las libertades de los vecinos y moradores é habitantes en ellos; por cuanto por la dicha suplicacion tengo juntado gente de guerra, y para los gastos della he mandado que vos, Francisco de Zamora, tengais en

tenencia é administracion los tributos de ciertos repartimientos desta, contenidos en el mandamiento que para ello os dí, para que dellos pagueis los libramientos que por mí para vos se dieren; é porque Francisco Sanchez, mercader, dió é le fué tomado para la dicha gente de guerra las sedas y mercaderías contenidas en la Memoria desta otra parte escrita, que fueron tasadas por Domingo de Tolosa, por mi mandado é de mi Maestre de Campo, en ochocientos pesos; é por mí visto la dicha Memoria é tasacion, é constándome ser ansí, dí este mandamiento para vos, por el cual vos mando, que de los pesos de oro que en vuestro poder entraren de aquí adelante, de los tributos del dicho repartimiento ó en cualquier manera, deis é pagueis al dicho Francisco Sanchez los dichos ochocientos pesos por razon de las dichas sedas, contenidas en la dicha Memoria, que se le tomaron, que, dándoselos y pagándoselos, tomad vuestra carta de pago de como los recibe, y con la cual y este mi mandamiento, vos serán recibidos y tomados en cuenta. Los dichos pesos de oro dad y pagad vos, el dicho Francisco de Zamora, de los dichos tributos é de los dichos repartimientos que teneis en administracion, sin po-

ner en ello dilacion alguna, so pena de seiscientos pesos de oro para los gastos de la dicha guerra. Fecho en el Cuzco á 3 de Enero de 1554 años.—*Francisco Hernandez Giron.*



RELACION VERDADERA

DE LAS PACES QUE CAPITULÓ

CON EL ARAUCANO REBELADO,

EL MARQUÉS DE BAIDES,

CONDE DE PEDROSO, GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DEL REINO DE CHILE Y PRESIDENTE DE LA REAL AUDIENCIA.

Sacada de sus informes y cartas y de los Padres de la compañía de Jesús que acompañaron el Real ejército en la jornada que hizo para este efecto el año pasado de 1641.

Contiene varios prodigios que precedieron á estas paces. Un volcan, que reventando con las encendidas cenizas y peñascos que arrojaba, calentó las aguas y coció el pescado de los rios. Una monstruosa bestia que corria por uno de ellos en seguimiento de un crecido y empinado árbol que iba sobre sus aguas. Dos ejércitos que se vieron en el aire, y que peleando el uno con el otro vencia siempre el de nuestra banda, y le gobernaba un famoso capitan en un caballo blanco y espada ancha en la mano. Trátase de la libertad de los cautivos españoles, y de las solemnidades y ceremonias con que los enemigos capitularon las paces, y otras cosas de gusto y provecho.

EN MADRID,

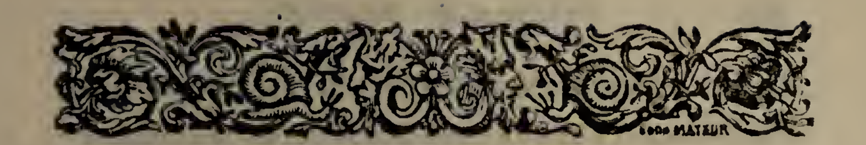
por Francisco Maroto, año de 1642.

Con licencia de los Señores del Consejo.

APROBACION.

He visto este cuaderno, que contiene noticias muy dignas de comunicarse. Refiere que los indios, rebelados de muchos años en el reino de Chile, ya se han reducido al vasallaje de su Majestad. Los motivos que estos tuvieron para rendirse de su propio ánimo y sin fuerza de armas. Representa su mucho valor, y cuán inaccesibles han sido, procurados con la violencia, los medios del agasajo y buenos tratamientos ser muchas veces el arte mejor para vencer los imposibles. Dice lo mucho que en esta parte se debe á la prudencia, gran celo y excelente gobierno del marqués de Baides, Gobernador y Capitan General de aquel reino. Las paces y concordias que ha capitulado, con formas que parece aseguran su perpetuidad. No tiene inconveniente la licencia que se pide, porque está escrito religiosa y doctamente y conforma con originales fidedignos. Madrid á 25 de Junio de 642.

DR. D. FRANCISCO GALAZ Y VARONA.



RELACION

DE LAS

PACES CAPITULADAS CON EL ARAUCANO REBELADO, EN 1641.

Levantó la cervíz el nunca domado y mal sufrido Araucano, y sacudiendo el yugo que apénas le habia puesto, el español se volvió contra él, y amotinadas las provincias y pueblos, dieron á un tiempo sobre nuestras ciudades, fortalezas y presidios, y quitando la vida al Gobernador Martin García Oñes y Loyola, la quitaron juntamente á mucha parte de la nobleza chilena, pasándolos á cuchillo y obligando al invencible valor de los españoles á despeñarse unos por las barrancas y laderas de los rios, cuyo raudal los arrebataba y hacia pedazos entre sus peñas, y otros á retirarse á los fuertes y castillos, donde sitiados con tan apretados cercos que les obligaban á comer cosas indignas, rin-

dieron sus vidas; éstos á la rabiosa hambre, y aquéllos al riguroso furor de aquestos bárbaros, cuando con no imitable osadia, rompiendo por sus reales en demanda del corporal sustento, por cuya falta vian perecer sus mujeres y sus hijos, acribillados á heridas quedaban hechos despojos de sus lanzas, flechas, picas y macanas, hasta que no quedando ya quien les hiciese resistencia, ganaron las cinco más principales ciudades de Osorno, La Imperial, Angol, Villarica, Valdivia y otras, y llevaron cautivos á los españoles que quedaron, con todas las mujeres y niños, de quienes se han servido como de esclavos por espacio de más de cuarenta y tres años. En que no sólanente se han hecho fuertes y defendídose de las armas españolas del Real ejército que milita en el Estado y castillo de Arauco, y en el campo de San Felipe y fuerte de San Cristóbal, Talcamahuida y otros muchos, sin que en tanto tiempo se haya podido restaurar ni una almena, pero en las contínuas batallas, corredurías y encuentros que han tenido con nuestro ejército, nos han muerto muchísima gente española, y entre ella mucha nobleza; dejando sembradas las quebradas de sus huesos, y regados los campos con su sangre. Mostrán-

dose en todas las ocasiones tan valerosos, intrépidos, astutos y valientes soldados como se ve, pues peleando con armas tan inferiores á las de fuego, de que usa el campo español, ellos sólos le han hecho punta en la América, y le han resistido y puesto no pocas veces en cuidado; con admiracion de insignes soldados y Capitanes de Flandes que han militado en los chilenos presidios, y de otros muchos españoles naturales de aquel reino, cuyo valor, hazañas y prodigiosos hechos, piden más larga historia y merecen más delgada pluma, que la mia sólo se ha cortado para dar una breve y concisa noticia de la buena suerte con que ha favorecido el cielo los felices principios del gobierno del marqués de Baides, conde de Pedroso, Presidente de la Real Audiencia de Chile, Gobernador y Capitan general de aquel reino, á quien parece guardó Dios la gloria de su pacificacion poniendo en su mano la palma que con tanto valor, ánimo, esfuerzo y valentía, pretendieron ver en las suyas sus antecesores. De cuyas relaciones y cartas, y de los padres de la Compañía de Jesús, que por órden de su señoría entraron acompañando el Real ejército para asistir á lo espiritual y á la conversion de las al-

mas, y fueron testigos de vista, sacaré lo que aquí brevemente refiero.

Y comenzando esta relacion, dé principio á ella lo que parece le dió de parte de nuestro Señor, á ablandar los duros corazones de aquellos rebeldes araucanos, y moverlos á rendir las armas, y tratar de las paces que ofrecen. Y fué el haber visto el año antecedente en sus tierras algunas señales y prodigios, que, interpretados á su rústico modo de entender, les sirvieron de presagios y pronósticos, de que queria el cielo se volviesen á sujetar á los españoles, y diesen la obediencia á su Rey. El primero fué haberse visto águilas reales, las cuales tienen por tradicion se vieron ántes que entrasen la primera vez los españoles en aquel reino, y que despues acá no se han visto más en él hasta el año de quarenta que dió principio á estas paces.

La segunda señal fué la que por el mes de Febrero del mismo año de cuarenta, se vió y sintió en todas sus tierras, de que dan fe todos los indios, y los cautivos españoles lo testifican con toda aseveracion, y áun en nuestros presidios y tierra de paz resonó el eco sin saber de dónde naciese, juzgando en el campo de San Felipe, cuando oyeron el estruendo, que

disparaban mosquetes ó piezas de artillería, en los demas fuertes vecinos á él; y en éstos juzgando lo mismo del de San Felipe, hasta que nuestros reconocedores lo fueron tambien del desengaño, averiguando el caso. Y fué así: que en la tierra y jurisdiccion del cacique Aliante, reventó un volcan y comenzó á arder, con tanta fuerza que arrojaba de dentro peñascos, y grandes montes encendidos, con tan formidable estruendo, que del espanto y pavor afirman malparieron todas las mujeres que en todo aquel contorno habia preñadas.

Viéronse en este tiempo en el aire formados dos ejércitos y escuadrones de gente armada, puestos en campo y órden de pelea, el uno á la banda de nuestras tierras, donde sobresalia y se señalaba un valiente Capitan en un caballo blanco, armado con todas armas y con espada ancha en la mano desenvainada, mostrando tanto valor y gallardía, que daba alientos y ánimo á todo su ejército, y le quitaba al campo contrario; el cual se vió plantado á la parte de las tierras del enemigo, y acometiéndole el nuestro, le dejó desbaratado en todos los encuentros que tuvieron. Representacion que les duró por tiempo de tres meses, para que hu-

biese ménos que dudar, particularmente en los leidos y noticiosos de las historias romanas y del segundo libro de los *Macabeos*, donde se ven casos y prodigios semejantes, y que así se hiciese más persuasible lo que afirman testigos de tanta calidad como son, entre otros, D. Pedro de Sotomayor, Doña Catalina de Santander y Espinosa, y Doña Mariana de Sotomayor, españoles cautivos que entónces lo eran del enemigo.

Todos los cuales y los demas, así cautivos como naturales de aquella tierra, añaden que fué en tanta cantidad la piedra que arrojó el volcan, y tan encendida y tanta la multitud de ceniza ardiendo, que cayó en el rio de Alipen, que ardian las aguas de manera que cocieron cuanto pescado habia en él, y corriendo su raudal hasta juntarse con el rio de Tolten, que es muy grande, le calentaron é hicieron hervir sus corrientes, causando los mismos efectos desde que se juntaron los dos rios hasta la mar, de suerte que por tiempo de cuatro meses, ni se pudieron beber sus aguas, ni probar el pescado que muerto dió en sus playas, y margenó sus riberas por el mal olor y sabor que el azufre les daba. Y, lo que no ménos espanta, con la abundancia de ceniza y pie-

dras que el volcan arrojaba, rebalsaron estos rios y rebosaron sus corrientes tanto, que llegaron sus aguas espesas como argamasa, á inundarles sus campos, hasta entrárseles por las puertas de sus casas, con tenerlas situadas en lomas, laderas y sitios eminentes.

Prosiguió el fuego del volcan con tal teson y violencia, que partió por medio el cerro, por donde abrió boca cuando reventó, dejándole dividido en dos pedazos, el uno que cayó á la parte del Oriente, y el otro á la del Occidente, y la laguna de la Villarrica creció hasta derramarse por los campos, inundando las tierras y pueblos de los indios, que huyendo de la furia con que se les entraban por sus casas, no paraban hasta ganar las cumbres de los montes, donde aún se hallaban mal seguros de tanto peligro.

Ni aumentó poco su pavor y miedo la espantosa vista de un árbol que vieron correr sobre las aguas tan sesgo y derecho, que no lo estuviera más asido de sus raíces á la tierra que le produjo. Iba todo él ardiendo, y en su seguimiento una bestia fiera, llena de astas retorcidas la cabeza, dando espantosos bramidos y lamentables voces; vision que dió motivo á la contemplacion piadosa, á interpretar

por ella aquel monstruoso animal que vió San Juan en su *Apocalipsi*, en quien reconocen los expositores sagrados á la gentilidad, idolatría y deshonestidad que tan arraigada está entre estos indios. Con que parece podemos esperar en la divina misericordia, se ha llegado ya el tiempo en que por medio de predicadores apostólicos, por quien clama ya este gentilismo, quiere que sea desterrada, á despecho suyo, esta bestia que ha tenido tiranizada á su Dios y á su Rey esta tierra, y dando voces por verse desalojada y lanzada de su antigua posesion, abriendo el abismo su boca, la trague y consuma despedazada entre los dientes de sus furiosas olas y encendidas corrientes.

Estas son las señales que parece ha dado el cielo (y así lo interpretan los indios, refiriéndolas con tan gran pavor, temblor y conmocion de sus ánimos, que mudan semblantes, alteran la voz y tiemblan de admiracion y espanto) de que quiere nuestro Señor rindan ya su cuello al suave yugo de su Cruz y ley evangélica, por medio de la obediencia y sujecion á nuestro católico Rey. Y como la divina providencia dispone aún los efectos sobrenaturales de su gracia, no siempre con milagros, sino valiéndose de humanos

medios, con que eficaz y suavemente ejecuta sus intentos, guiándolos con fortaleza hasta sus fines, quiso elegir para los buenos sucesos y pacificacion que se espera al marqués de Baides, conde de Pedroso, poniéndole en sus manos el baston de Capitan general, Presidente y Gobernador del reino de Chile, sirviéndose para este efecto, no ménos de su cristiano pecho y buen agrado, que del valor que acreditan sus calificados servicios en Flandes y donde quiera que ha sido menester mostrarle; porque segun ha enseñado la experiencia en aquel reino, el principal nervio de su conquista y pacificacion está pendiente de la cristiandad, justicia distributiva y buen celo del que le gobierna.

Salió, pues, el Marqués á 4 de Enero de 1640. A la primera campeada que hizo, despues de haber tomado la posesion deste Gobierno, y habiendo quemado y talado con su ejército las viviendas, comidas y sementeras del cacique Antegueno y de todos sus vasallos, y habiendo pasado por el rio de la Imperial á las tierras del Toque (llaman así el Capitan general) Lincopichon para hacer lo mismo, le envió sus Embajadores y tras ellos sus hijos, y lo que más admiró, por la severidad y gravedad del sujeto, vino en persona, y con

grandes cortesías y sumisiones pidió á su señoría no pasase adelante con el estrago que amenazaba el ejército en sus tierras, porque prometia por sí y por sus vasallos la paz y obediencia á S. M., y convocaria á otros Caciques convecinos á que hiciesen lo mismo, y para prenda de su fe ofreció una oveja de la tierra para que se matase á su usanza y costumbre; ceremonia con que entre ellos aseguran las paces que prometen.

Oyó el Marqués al Cacique con agrado, y llamando á consejo, lastimándose de ver perdidas tantas y tan fértiles tierras y floridos países como vino reconociendo por los caminos, y considerando cuánto importaba al Real servicio que se lograsen estos campos tan capaces para todo género de labor y crianza de ganados tan amenos, con tánta diversidad de fuentes, rios y arroyos de las más saludables y delicadas aguas que se conocen, por nacer y correr por minerales de oro, de que están llenos aquellos montes y quebradas, y generalmente toda la tierra de Chile, y cuán inacabable era esta guerra por lo inexpugnable de sus montañas, cerros y laderas, y lo mucho que encarga S. M. por sus Reales cédulas la pacificacion deste reino, la reduccion, buen

tratamiento y conservacion de sus naturales, mandando que se traten, no como á esclavos, sino como vasallos suyos, y que para conseguir esto mostraba la experiencia habia sido de poco fruto la violencia y rigor de las armas, y que sería posible fuese más eficaz medio el de las caricias y buen pasaje; se resolvió, no sin contradiccion de algunos, á aceptar las paces y sujecion que Lincopichon le ofrecia, y habiéndole agasajado y regalado á sus hijos y demas Caciques que le acompañaban con presentes de su estimacion, dejándolos á todos muy gustosos y ganados, volvió la rienda, y siguiéndole él campo se volvieron á sus presidios, sin que ningun soldado se atreviese á desmandarse en accion alguna que fuese de su disgusto.

Habiendo vuelto el Marqués á la ciudad de la Concepcion, residencia que es de los Gobernadores, continuó el Toque Lincopichon y los demas Caciques y otros que iba convocando las correspondencias de la paz prometida, enviando sus Embajadores y viniendo en persona á ver á su señoría, llamándose los unos á los otros con las buenas nuevas que llevaban á sus tierras, del agasajo, regalos, presentes y caricias, que les franqueaba su grande

liberalidad y calificada nobleza. Fuése tratando todo este tiempo de las paces, y que á asentarlas volviese el Marqués á sus tierras, haciendo segunda entrada; la cual se dispuso aún más lucida y poderosa que la primera, porque se juntó un valiente y numeroso ejército de dos mil y trescientos y cincuenta hombres de pelea, sin los muchachos y demas gente de servicio, y entre ellos no pequeña parte de lo mejor del reino, todos con muy lucidas armas y caballos, que pasaron de diez mil, los mejores, más ligeros, generosos y valientes que huellan la América, y no deben nada en sus talles, airosidad y bizarría, á los famosos andaluces que pisan las riberas del Bétis.

Eligióse por Patron desta jornada al Apóstol del Oriente San Francisco Javier, por la singular devocion con que el Marqués le venera, y así le dedicó la primera poblacion que se hiciese, y le lleva en su guion por correspondiente á la Inmaculada Concepcion de la Vírgen Santísima. Y advirtió un curioso, que en los actos públicos de solemnidades y misas cantadas que se dijeron ántes y despues desta jornada, y en el discurso della, siempre que se arrimó el guion á la pared al lado del altar quedaba el Santo á la parte de

afuera descubierto y á vista de todos; circunstancia que si fué casual respecto del paje que le llevaba, no lo fué para con aquel Señor, en cuyos ojos no hay más caso ni fortuna que su querer y disposicion, por cuyo registro pasa aún el inútil y ligero movimiento de la hoja del árbol que tan poco monta. Y así queda libre al piadoso afecto la consideracion de que la Reina del cielo, como tan honradora de los suyos, quiso hacer este favor á su siervo, poniéndole siempre por delante como escudo del real ejército, á cuya vista aumentase sus alientos con la confianza de que el conquistador que lo fué del Oriente querrá Dios lo sea ahora tambien del Occidente, y el vaso escogido que le predicó crucificado en aquellas partes le dé á conocer por medio de sus hijos en estas.

Estando ya todo á punto, y prevenidos los tercios de Arauco y Santa María, y dado órden al maese de Campo del reino y al Sargento mayor para que saliesen cada uno con su gente para incorporarse con el principal trozo del ejército en el fuerte del Nacimiento, que está más próximo á las tierras del enemigo, haciendo oracion en la catedral al Santísimo Sacramento, y en su capilla y ermita, á Nuestra Se-

ñora de las Nieves, imágen de grande veneracion y milagros, y que en la primera conquista de Chile la vieron los enemigos que capitaneando nuestro ejército, iba ahuyentando el contrario echando polvo en sus ojos; salió el Marqués de la Concepcion, Mártes 18 de Diciembre, acompañado de su Capellan mayor y de los Capitanes reformados, y caballeros ofrecidos y de algunos religiosos de la Compañía de Jesús, que quiso llevar consigo por sus confesores y capellanes, y para que hiciesen las partes de la conquista espiritual de las almas, como quien tiene bien entendido, cuán dependiente está della la que se pretende deste reino, si se ha de hacer por los aranceles de la razon, y ajustarse con las leyes de la piedad cristiana, como tan encarecidamente lo tiene ordenado S. M., y tantas veces repetido por sus Reales cédulas.

Llegando al Nacimiento, salieron dos muy principales Caciques, Clentaru y Liencura, acompañados de sus vasallos, todos sin armas, en señal de que las tenían ya rendidas á los piés de su Rey, aclamando paz y ofreciéndola de nuevo, y en prendas della, trujeron de presente al Marqués tres españolas cautivas y dos niñas, nietas de la una, las cuales recibió su se-

ñoría con tanta ternura como lo testificaron sus ojos, viendo señoras tan principales y de tanta calidad, en tan vil y despreciado traje, desfiguradas y maltratadas de los rigores del sol y frio, y como quien habia cuarenta y dos años que de sus estrados habian pasado á la miserable servidumbre y esclavitud de aquellos bárbaros; viéndose esclavas las que nacieron señoras, y sirviendo á sus mismos criados las que se criaban para mandarlos y servirse dellos. Arrojáronse á sus piés, y olvidadas ya con el tiempo del lenguaje y frase española, parte en lengua de indio y parte en la nativa, mal limada, declaraban los compasivos afectos de su corazon, y bañados sus rostros con tiernas lágrimas, le daban las gracias por su venida, y puestas de rodillas le confesaban Angel y aclamaban Redentor, no ménos de sus cuerpos que de sus almas, pues no pudieran de otra manera salvarlas si murieran en poder de aquella bárbara fiereza que les robó la mejor joya del alma, y el inestimable tesoro de su pureza, con la inexcusable violencia que les hizo el furor de su arrebatada pasion y absoluto poder.

En este fuerte se incorporaron los campos, y habiéndose dispuesto el ejér-

cito y tomado sus lugares y puestos cada compañía, llevando el bagaje enmedio, comenzó á marchar con buen concierto y disposicion hasta la ciudad antigua y ahora fuerte de Angol, y habiéndose alojado en la vistosa y fresca vega de su rio, pasó muestra toda la caballería é infantería haciendo ostentacion de sus lucidas armas y caballos. Y habiendo pasado por Curaraba, sitio donde fué desbaratado y muerto el Gobernador Martin García Oñes y Loyola, de que resultó el alzamiento general de los indios y ruina de las ciudades, dispuso la piedad cristiana del Marqués que se le hiciesen unas honras en aquel lugar, y así se erigió un suntuoso túmulo, y se cantó una misa y dijeron rezadas las que se pudieron; y habiendo concluido con estas tan pías y bien acordadas exéquias, pasó el ejército al valle de Quillin, donde se habian de celebrar las deseadas paces.

Y porque nunca falta quien se oponga á los intentos de Dios, y el demonio se desvela contínuamente, pretendiendo desbaratarlos, tomó por instrumento en esta ocasion, para estorbar estas paces, cuatro indios, que viendo salir al Marqués con tan lucido y bien disciplinado ejército, entraron la tierra adentro tocando al

arma y publicando que no querian paces los españoles, sino que los iban á degollar, y que para el intento entraban con mayor fuerza que nunca. Causó grande alboroto esta nueva, y, aunque, no se trocaron con ella los ánimos de los indios, quedaron suspensos y á la mira del suceso. Lo cual, entendido por su señoría, para desmentir á los alborotadores que habian sembrado tan perniciosa cizaña, despachó á diversas parcialidades varios mensajeros y Caciques, que asegurasen en toda la tierra la fe de su palabra y promesa, y el buen ánimo que llevaba, no sólo de estar en todo á lo capitulado con el cacique Lincopichon, sino tambien de hacerles todo buen pasaje, caricias y regalo, como en efecto lo cumplió, y á su tiempo se verá. Y no fué de poca admiracion para apoyo desto, que tanta multitud de soldados, bagaje y caballos, que, como está dicho, pasaron de diez mil los de nuestro ejército, no quebró una espiga de trigo, ni una caña de maíz al enemigo en todo el viaje.

Asegurados con esto los indios, teniendo noticia que se acercaba ya nuestro campo, no sólo no se recelaron dél, ó tomaron las armas para su defensa, pero salieron en tropas y cuadrillas, descolgán-

dose de sus montañas, de manera que al descubrir nuestro ejército el rio de Coypu, los vieron venir deshalados á encontrar al Marqués y darle la enhorabuena de su llegada, y guiarle hasta el alojamiento señalado. Venían todos sin armas, y todos, apellidando paz, se nos entraban atropados por nuestros cuarteles, entrando y saliendo por momentos entre los soldados y gente de guerra, con tanta confianza y familiaridad como si ayer no hubiéramos bañado los campos con su sangre, y ellos con la nuestra. El Marqués les recibió á todos con muy grande agrado y afabilidad; y, conociendo la grande estimacion que hacen de la honra, no quedó corto en esto sino que se la dió cuanta pudo, asentándolos á su mesa y á su lado los más principales, dándoles, tal vez, el bocado de su plato, y á beber en su misma copa; fineza que conservó su señoría todo el tiempo que duró la jornada, y por sobremesa los llenó de dones, galas y presentes, con que quedaron tan ganados, que publicando estos favores, y corriendo la fama de tanto agasajo y honras que recibian de su mano, no quedaba enemigo en los campos que no viniese, cruzadas las manos, rendido á su obediencia. Venían unos y otros cargados de regalos y presentes á

su usanza, con que se mostraban reconocidos al amor y benevolencia que experimentaban y publicaba la comun voz de todos.

Grecia por momentos el número de los indios que venian á dar la paz, pero cuando lució más el afecto con que la deseaban y fué mayor el concurso, fué la víspera y el dia de la Epifanía del Señor, que parece fué presagio de que queria Dios que en el dia que los Santos Reyes rindieron sus cetros y coronas en nombre de la gentilidad que representaban al recien nacido, Rey de los cielos y tierra, le rindiese tambien este gentilismo chileno su indómita cervíz, y la sujetase al suave yugo de su ley; y á esto parece que aludió el cielo, sorteando el Marqués estos santos entre los que (como es costumbre en aquellos presidios), se repartieron á cada uno el dia de todos. Este, pues, concurrieron más de mil cuatrocientos indios sin armas, pero muy galanes, haciendo ostentacion de sus collares que ellos llaman tacum y los tienen por grande gala, y de las espadas anchas que ellos estiman en mucho, no ménos por prendas de su valentia y despojos de las victorias que alcanzaron del español en sus batallas, que por su valor y bien templado corte de sus aceros.

Algunos dias ántes de este hubo diferencias entre los Caciques y señores más principales, sobre la asignacion del sitio en que se habian de celebrar estas paces, teniendo cada cual por caso de ménos valer el ir á tierras del otro y que no se efectuasen en las suyas; alegando Lincopichon, por medio de un hijo suyo que envió con esta embajada, que á él se le debia esta honra por ser el primero que habia abierto la puerta á estas paces, y Quelantaru, que era indecente á su persona salir de su propia tierra para este efecto, y que lo más á que se podia alargar era á salir hasta el Pino, que es el término de su jurisdiccion; y á este modo alegaba cada cual las razones que dictaba su propia estimacion. Las cuales, habiéndolas oido el Marqués, les representó las que habia de conveniencia para que no fuese otro el lugar para asentar las capitulaciones que se deseaban, sino el ya señalado de Quillin, por ser enmedio de las fronteras y sitio neutral y despoblado. Y habiendo satisfecho á sus razones con otras que les representó, obligados de las cortesías y honras con que se las propuso, vinieron en lo que habia dispuesto, y así se juntaron en este pueblo el dia de los Reyes para asentar lo prometido por parte de todos.

Debia de sentir mucho el demonio que saliese á luz este parto, y así como pretendió alborotar al enemigo con las falsas nuevas que fueron sembrando por sus tierras los alborotadores que digimos arriba, así tambien pretendió alterar nuestro ejército por medio de un indio, que, habiendo sido llevado á Lima y vendido entre otros por esclavo, se huyó desde allí á sus tierras, de donde, instigado de Satanás, se vino á nuestro campo y entró á hablar al Marqués, diciéndole que, aunque se habia huido de los españoles, pero que no les podia perder el amor que les tenía, y que así le avisaba que las paces que los indios le habian ofrecido eran fingidas. Procuró acreditar su dicho con algunas relaciones que hizo que no dieron poco cuidado; lleváronle preso hasta ver el desengaño y averiguar la verdad, como se vió este dia, viéndose patentemente era mentira cuanto habia depuesto. Cuando supieron los Caciques lo que habia pasado, llegaron al Marqués á pedir les entregase este malhechor y enemigo del bien comun, porque lo querian levantar en sus lanzas, como suelen para hacer sus ejemplares castigos; pero su señoría los sosegó pidiéndoles le perdonasen, como lo hicieron por su respeto.

Sin embargo, porque la prevencion y vigilancia nunca fué sobrada en la guerra, dió órden el Marqués saliesen todas las compañías del ejército á campaña y que se formase un escuadron de la infantería, y que la caballería é indios amigos tomasen sus puestos, dejando enmedio del ejército cogidas por todos lados las cuadrillas de los indios enemigos que venian á dar la paz. Donde fué mucho de ponderar y admirar el ánimo y valor que mostraron en esta ocasion estos valerosos guerreros; pues habiendo visto marchar nuestro campo con este órden y tomar los puestos, y hallándose cercados de nuestras armas, mostraron tan extraña intrepidez y bizarría, que no sólo no dieron señal de miedo ó flaqueza ó alteracion en sus semblantes, estando todos desarmados, sin que ninguno hiciese el menor amago de retirarse, pero todos se acercaban á porfía; con que acreditaron, no ménos la verdad de su promesa, que la reputacion de sus valerosos ánimos.

¿Pero qué no intentará la malicia de los hombres, cuando la codicia y pasion desordenada no da lugar á la razon ni al temor de Dios? Fué de admirar en esta ocasion las diferencias de discursos y pareceres que daban muchos de nuestro cam-

po, levantándose un mormullo entre ellos, diciendo unos: Estos indios son gente sin palabra ni fe, ni dellos se puede esperar permanencia en lo que prometen; demos en ellos. Decian otros: De los enemigos los ménos. Otros: Pase la palabra á los indios amigos para que les embistan. Y otras cosas semejantes á estas, que no dieron poca pena y cuidado al Marqués cuando las entreoia, y le diera á cualquiera, que, viendo rendidos á estos indios y sin armas, fiados de nuestra fe y palabra, oyese tan inconsiderados desatinos; pero como Dios parece que meneaba esta accion, como fundamento de que depende la salvacion de tantas almas, no pudo el demonio ni sus ministros prevalecer contra estas paces, que se celebraron en la forma siguiente.

PACES.

Habiendo lo primero prevenido á Dios este dia, ofreciéndole los sacrificios de todas las misas que se pudieron decir por el buen suceso destas paces, y habiéndose formado dos escuadrones de la infantería de los dos tercios, tomando el cuerno derecho el del Maese de Campo, y el iz-

quierdo el del Sargento mayor, y guarnecidos los costados con la caballería de entrambos por sus mangas, salió el Marqués con su compañía de ciento y cincuenta Capitanes y Maeses de Campo reformados, todos armados de armas blancas, tan tersas y limpias que parecian espejos en quien pudo mirarse sólo el sol, no otro alguno, sin deslumbrarse con la luz que en ellas reverberaba. Llevaba por delante sesenta y cinco Caciques, entre los cuales los más principales señores, que tenían debajo de su jurisdiccion á diez y doce Caciques, eran Lincopichon, Antegueno, Liencura, D. Antonio Chicaguala, hijo de Doña Aldonza de Castro, señora española muy principal y noble, y de un indio gran señor, que despues de cautiva la eligió por su mujer, Guaquilauquen y otros; y á la salida, los escuadrones y demas compañías dieron la carga con muy buen concierto, y pasando por medio del escuadron enemigo, llegaron á una grande ramada que se habia hecho para el intento, donde se apeó con toda su compañía y Caciques referidos, quedando las demas de guardia, repartidas por sus puestos, y formado el escuadron con cuerdas encendidas para prevenir cualquier siniestro suceso.

Habiéndose apeado todos y tomado cada cual su asiento, se hizo silencio, y queriendo comenzar el parlamento el capitan Miguel de Ibancos, lengua general del reino, se levantó el cacique Antegueno (que como el señor de la tierra traía en la mano la rama de canelo, señal de paz entre esta gente, como lo ha sido el de oliva áun entre Dios y los hombres) y tomando la mano, y en nombre de todos los demas Caciques, dijo con mucha gravedad y señorío, que su usanza era ántes de capitular y asentar cualesquier conciertos de paz, matar las ovejas de la tierra, para que quedasen más fijos y ninguna de las partes pudiese en ningun tiempo reclamar sobre lo una vez asentado; porque aquellos brutos animales, despues de muertos, servian de un vivo ejemplar de lo que deben guardar los que se juntan á semejante accion, porque así como ellos estaban rendidos y quietos, y testificaban con su sangre derramada que no se podian ya menear ni apartar de aquel lugar, así ellos no habian de moverse más, ni volver atrás de lo una vez prometido, ni faltar á la fidelidad debida, aunque para esto fuese necesario derramar la sangre de sus venas y perder la vida.

Acabando Antegueno su razonamiento,

se mandó traer luégo delante de todos, una destas ovejas (que son á manera de camellos, y, aunque no tan grandes, sirven como ellos al tragin de las cargas que se llevan de una parte á otra), y levantándose uno de los Toquis, ó General de la guerra, y tomando en la mano un baston de hasta dos varas de alto, le dió un feroz golpe con que la rindió á sus piés; y así fueron prosiguiendo los demas, dejando muertas hasta número de veintiocho. Y si tal vez no caia la oveja del primer golpe, se levantaba otro Cacique con mucha ligereza y le daba el segundo, con que la tendia en el suelo, y las que se quejaban, ó con las ánsias de la muerte agonizaban, las acababan los circunstantes de matar, y despues de muertas llegaban todos á sacarles los corazones y rociar con su sangre el canelo que Antegueno tenía en la mano. Ceremonia que, aunque gentílica, parece tiene su fundamento en muchas historias, y áun en las Sagradas no le falta, donde vemos que en señal de paz mandaba Dios rociar las puertas con sangre, como se ve en el capítulo doce del *Exodo,* y así lo entiende San Pablo en el capítulo nueve de la carta que escribió á los *Hebreos.*

Despues desta ceremonia se sentaron

todos alrededor de las ovejas muertas, y hecho silencio comenzaron á tratar y conferir entre sí sobre el asiento de las paces perpétuas, y el modo, calidad y condiciones de jurarlas y entablarlas; y habiendo hablado sobre esto con grande concierto y elegancia Lincopichon y Antegueno (que son naturalmente retóricos estos indios, y se precian de hacer un buen parlamento), y replicado de nuestra parte lo que pareció conveniente, proponiéndoles las condiciones y pactos que parecieron más importantes al servicio de entrambas Majestades, y habiendo dado y tomado sobre la materia, se levantó Liencura, Cacique muy principal, hombre sagaz, gran soldado, de muy vivo ingenio, muy entendido y práctico, de edad de sesenta años, y que hasta entónces se vivia con recelo de sus astucias, é hizo tal razonamiento á los suyos acerca de la paz y condiciones de que se trataba, representándoles la infelicidad y trabajos de las armas, y causó tal mocion en todos, que se levantaron en pié, y clamaron apellidando á voces la paz; y nombrando sus antiguas tierras, de donde los tenían desterrados las guerras, prometieron volverse á ellas dentro de los seis meses como se les habia propuesto.

Hicieron luégo las capitulaciones, y la principal de parte de los indios fué, que no habian de ser encomendados á los españoles, sino que habian de estar en cabeza de S. M. y debajo de su Real amparo, reconocerle vasallaje como á su señor, y que con esto se volverian á poblar sus tierras y los españoles podrian reedificar sus antiguas ciudades. Que estarán obligados á salir siempre que fueren apercibidos, con armas y caballos, á cualquiera faccion que se ofrezca del servicio de S. M. y le entregarán á rescate todos los cautivos españoles y españolas que tuvieren en sus pueblos; y otras á este modo. Para cuyo cumplimiento ofreció cada parcialidad dos indios de los más principales en rehenes, los cuales se trujeron á nuestras tierras hasta que ellos pueblen las suyas propias; y de hecho entregaron luégo veintidos cautivos españoles que habia en la ribera de la Imperial. Lo cual concluido, y hecho el juramento, se levantaron todos los Caciques y abrazaron al Marqués y á los demas Capitulares y religiosos de la Compañía de Jesús, que se hallaron en aquella junta, y luégo hicieron sus presentes de los regalos que traian prevenidos de sus tierras.

Con esto quedaron los indios incorpo-

rados con nuestros amigos, y estando así mezclados unos con otros, hizo silencio Antegueno, y oyéndole todos muy atentos, teniendo el ramo de canelo en la mano, comenzó un razonamiento tan elegante, y con tan vivas razones, naturales tropos y figuras retóricas acerca de la paz, y apoyando lo capitulado, que pudieran muchos oradores envidiar la facundía y energía con que el indio hablaba: poniendo por delante la mucha sangre, que, derramada de entrambas partes, estaba dando voces por aquellos campos y quebradas; sus padres, hijos, antepasados y parientes hechos pedazos ó desnaturalizados y desterrados á reinos extraños, perdida la esperanza de volverlos á ver; la desaprovechada y áun perniciosa porfía y contienda de tantos años; la inquietud con que han vivido; los sobresaltos que han pasado de noche por las montañas, y de dia con las armas en las manos, sin poderse desembarazar de ellas áun cuando las habian menester para labrar sus tierras y hacer sus sementeras.

Habiendo dicho estas y otras cosas, muy para oir y admirar, concluyó su oracion dando á todos la enhorabuena de tan alegre dia, y habiendo repartido con nuestros amigos las ovejas muertas, acompa-

ñándole todos, llevó á presentar al Marqués el jaspeado ramo de canelo con la sangre de aquellos animales, el cual recibió su señoría con grandes muestras de estimacion y cortesía, y nuestra caballería formó escaramuza en señal de la alegría y contento que todos tenían, y con esto se fué al alojamiento; y el dia siguiente marchó el campo á Repocura donde se hallaron otros treinta Caciques, que, preguntados de la causa de no haber llegado el dia ántes con los demas á celebrar las paces en Quillin, respondieron que no eran ellos ménos que Antegueno, y que pues él habia recibido la honra de dar la paz en sus tierras, tambien la querian dar ellos en las suyas, como se hizo con las mismas ceremonias que el dia antecedente.

Deste puesto pasó el campo á la Imperial, fin y remate desta jornada, donde estaban esperándole sesenta y tres Caciques de todas parcialidades. Viéronse aquellas vegas cubiertas de gente, hombres, mujeres y niños, cultivando sus sementeras de trigo, maíz y demas legumbres. Es esta tierra muy amena y fecunda, abundantísima de todo, el cielo y suelo brotando alegría, muy despejada de montañas y sólo á manchas algunas que le dan

grande hermosura; en unas partes se esplaya por vistosos y apacibles valles y en otras por muy tendidas, lo más aparejadas para cria de ganados. La gente muy bien dispuesta, generalmente blanca, de naturales dóciles, blandos y amorosos. Hay en toda la costa y ribera del rio muchos mestizos, hijos de las españolas cautivas, muy blancos, rubios y garzos, todos bautizados por los cautivos españoles, aunque sin Olio ni Crisma; los indios tambien, por lo general, son cristianos, y los antiguos que se criaron con los españoles, ántes que se levantasen con esta ciudad, les tienen cariño y amor. Conservan cruces en sus casas, invocan el dulcísimo nombre de Jesús cuando estornudan, tropiezan ó se lastiman, Muéstranse bien afectos á las cosas de nuestra santa fe católica. Claman por los Padres de la compañía de Jesús, que vivan entre ellos y les enseñen las cosas de su salvacion, y los que instan más en esto son los desdichados españoles cautivos, que, aunque tienen ya libertad para salir del cautiverio, ó ya por la vergüenza de parecer entre los suyos, olvidados de la policía y nativa lengua, ó, lo que es más cierto, por estar ya tan enviciados en las costumbres de los indios, que lo ménos que tienen apren-

dido dellos es la poligamia; pues el que ménos tiene seis mujeres, y hay españoles destos que tienen veintiocho hijos y gran número de nietos y nietas, que son otras tantas amarras ó raíces que los tienen asidos á su desdicha y con notable olvido de Dios. Nadie se admire desto, que la descomulgada tierra de nuestro corazon no lleva otra cosa que espinas y abrojos, cuando le falta el cultivo espiritual y el riego del cielo, mediante el uso de los Santos Sacramentos y predicadores del Evangelio.

Pero enmedio de tan espesas tinieblas, la centella de la fe y conocimiento de la vida eterna, que como entre cenizas se conserva en sus almas cubierta y ahogada con tantos vicios, urga y solicita sus corazones con la consideracion de que van sin remedio camino del infierno y condenacion eterna, y así toman por partido, ya que no se hallan con fuerzas para arrancar de aquel atolladero, solicitar á los Caciques que pidan Padres de la compañía de Jesús que vengan á sus tierras, y, con el celo y fervor que acostumbran, les prediquen para salir de tan miserable estado. Con que vuestra reverencia (añade aquí, escribiendo á su Provincial, uno de los Padres que entraron á esta jornada y ha

gastado con apostólico celo lo mejor de su vida en estas misiones de Chile), tiene materia para alentar los corazones fervorosos de los nuestros, á que vengan de refresco á juntarse con los que nos hallamos á la puerta de tan rico tesoro, y que vamos á ayudar á nuestros hermanos, que hallándose con el agua hasta la garganta para perecer en medio de las olas de tanta infelicidad y desdicha, nos llaman, y como quien saca la mano de enmedio de la tempestad, nos hacen señas, y como pueden nos solicitan á que les demos la nuestra para ponerse en salvo. *Ostium enim nobis apertum est, magnum et evidens, et adversarii multi;* para que, siendo tantos los enemigos y contrarios, que es fuerza haya de armar el infierno, como tan interesado en desbaratar esta espiritual conquista de las almas, siendo tambien los compacios muchos y del espíritu y fervor que requiere tan gloriosa empresa, hagamos la obra del Señor, quitando al demonio esta presa que tenía ya por suya y que tantos años ha poseido, sin que para esto nos haga volver el pié atras ni áun la misma muerte, aunque andemos tropezando con ella y la veamos á cada paso delante de los ojos; ciertos de que la sangre de los mártires, ó es semilla ó riego

de la fe, que habemos de plantar en esta recobrada cristiandad, y en más de cien mil almas destos indios que han ofrecido y capitulado la paz, y piden predicadores evangélicos para ser enseñados en las cosas de la fe, protestando que nunca tomaron las armas contra ella sino por su libertad.

Corriendo por esta Vega donde se capitularon las paces con sus Caciques, de la manera que se hizo en Quillin, pasó el ejército á la ciudad, que fué y ahora no es sino ruinas, de la Imperial. Es su sitio una eminencia que cae en el estrecho y punta que hacen dos famosos rios; el uno que tomó el nombre de la misma ciudad, y es caudaloso y grande, y el otro que llaman de las Damas por su apacibilidad y belleza, y corre margenado de vistosas arboledas de todo género de frutas de Castilla y olivos que se suben á los cielos. Cruzan y pasean los indios estos rios en sus canoas, en que tienen muy grande recreo, y de la otra banda se descubren en las caserías, muchas y muy amenas huertas, y en particular una muy grande y hermosa, que dicen fué del obispo D. Agustin de Cisneros, que murió dos años ántes del levantamiento destas ciudades amenazándoles, por los pecados que en tanto vicio y

regalo cometian, con el azote y castigo que tan á su costa aún lloran hoy las insensibles piedras de sus cimientos.

Aquí dispuso el piadoso celo del Marqués se buscasen los huesos de este santo pastor y príncipe de la Iglesia, y averiguando con los antiguos que se habia enterrado en la catedral, al lado del Evangelio, mandó profundar la cava que habian comenzado á abrir en otro tiempo con el mismo intento, aunque sin fruto, y se hallaron sus reliquias en una caja consumida ya del tiempo; las cuales llevó consigo á la ciudad de la Concepcion, donde se depositaron en la catedral, mandando hacer unas suntuosas exequias que quiso honrar el príncipe y pastor de aquel obispado, D. Diego Zambrana Villalobos, con su misa de pontifical, prebendados, canónigos y toda su clerecía.

Miéntras se buscaban estos santos huesos, se ordenó que se cantase una misa con toda solemnidad, en hacimiento de gracias por los buenos sucesos desta jornada, y para ejemplo y edificacion del gentilismo y consuelo desta arruinada y casi del todo destruida cristiandad, y fué cosa admirable que, estando altercando sobre el lugar y sitio que se eligiría, y habiendo resuelto que se dijese en la ruinas

que habian quedado de la iglesia mayor, corrió voz por dos veces que no, sino en una de aquellas huertas que sobresalia allí más fresca y apacible; y así, aunque por dos veces se comenzó á aliñar un altar para decirla en la dicha iglesia, á la tercera, parece que llevados de una fuerza secreta, se resolvieron de que se dijese en la dicha huerta, donde se compuso el altar y se levantó en él un crucifijo que llevaba consigo, para su devocion, el general D. Diego Gonzalez Montero. Y estuvo la maravilla en que, acabada la misa, se averiguó que aquella huerta fué de una señora abuela de la mujer deste caballero, la cual habia llevado consigo de España este santo crucifijo, y muerto en sus brazos; que parece quiso con esto este Señor honrar aquel primer sitio, donde habia sido honrado y adorado de sus devotos siervos. Asistió á esta solemnidad el Marqués y toda la caballería, y quedó la infantería en guarda del bagaje; celebróse con mucha música y aparato de cajas, trompetas y clarines, con notable admiracion de los gentiles, y tanta devocion de los cautivos españoles (que en cuarenta y dos años no habian visto semejante accion), que uno de ellos todo el tiempo que duró la misa tuvo sus ojos

hechos dos fuentes de lágrimas, enterneciendo y regalando con ellas los corazones de los que le miraban.

Con esto, y hecha la cuenta y cómputo de los indios que han dado la paz por los soldados de lanza que tiene cada Cacique, (son estos diez y nueve mil ochocientos y cincuenta, y regulados unos con otros á seis por cada familia, que es lo ménos, porque hay indio que tiene ocho y diez mujeres, son por todos ciento y diez y nueve mil y cien almas) dió vuelta el ejército, y el Marqués volvió más gozoso con el rescate de los cautivos españoles y con la presa y despojos de su cristiana piedad y católico celo, que con los que pudiera haberle ganado su grande valor y alentado esfuerzo, cuando emprendiera á fuerza de hierro y sangre la conquista deste reino. Pero atendiendo al poco fruto y efecto que han tenido para el intento belicosos bríos y sangrientas determinaciones, tienta el vado por otro rumbo, pretendiendo por el medio de la suavidad, caricias y halagos su pacificacion, aunque no por esto pierde de vista todas las cautelas, prevenciones y reparos que pueden afianzar la seguridad con gente tan guerrera y cebada á sangre española. Dios, nuestro Señor, prospere sus buenos intentos y mue-

va los corazones de quien puede cooperar á que salga á luz este parto de tanta gloria suya, y despierte el fervoroso espíritu de apostólicos obreros, que logren en esta tan dilatada mies los alientos del encendido afecto y amor de las almas que es menester para coger los abundantes frutos de la Cruz, con que los combida y llama el que se dignó morir en ella por su salud y remedio.



FELICES PROGRESOS

QUE

LAS ARMAS DE SU MAJESTAD

HAN CONSEGUIDO

EN EL REINO DE CHILE

DESDE 31 DE DICIEMBBE DEL AÑO PASADO DE 1657 HASTA EL PRESENTE DE 1658.

Escritos á un vecino de esta ciudad de los Reyes en este último bajel que llegó de aquel reino en 20 de Diciembre de este año de 58, por el Maestro de campo D. Martin de Herize y Salinas, Corregidor que fué de la ciudad de la Concepcion, y hoy Gobernador Lugarteniente de Capitan general en la provincia de Chiloe.

LIMA.
1658.



PROGRESOS

DE LAS ARMAS DE S. M.

EN EL REINO DE CHILE

EN 1658.

El cometa que por Diciembre del año pasado de 52 apareció en la altura de Mayre, discurriendo por más de veinte dias desde nuestra América austral á la septentrional de Nueva España, dió mucho que pensar en ambos reinos, y especialmente en aquel se predijeron las fatales desgracias, y el comun rebelion de los indios chilenos, insinuando ser mucho más lo que se dejaba al silencio que lo que se decia en el pronóstico. Y aunque es verdad que casi desde entónces se han experimentado tan costosamente, empero, parece llegaron más allá de la última calamidad, porque hasta los elementos, como

ejecutores de la divina justicia, se armaron haciendo lamentables suertes en el territorio y ciudad de la Concepcion, con aquel estupendo temblor que padeció el año de 57, á cuyo estrago y desolacion se siguió el último asalto y choque horrible del mar, que con furioso é inusitado reflujo trabajó tormentoso á aquellas pobres ruinas, de manera que á todos los igualó en la afliccion y miseria.

A esta tan urgente necesidad ocurrió con suma presteza el señor Gobernador, D. Pedro Porter Cassanate, que á la sazon estaba en campaña, siendo eficaz consuelo de aquellos afligidos ciudadanos, reparando en tan breve tiempo las defensas y avenidas contra el enemigo, que sólo con su prudente y vigorosa asistencia pudo prevenirse el caso, y evitarse el comun peligro de todos; porque el Indio, gozando la ocasion, sobrevino al mesmo punto con las hostilidades que acostumbra, intentando muchas veces extinguir las reliquias de aquella triste ciudad.

De éste y de los precedentes infortunios, tan irreparables por todos lados, han resultado conocidas mejoras en los sucesos de este año, por la contínua vigilancia del señor Gobernador, quien, militando como otro César en el desvelo y trabajo

para el acierto de los manejos militares, nunca reservó para otro dia cuantos pudo ejecutar hoy, siendo el primero en poner el hombro á las fatigas, en ocasiones que sus soldados habian menester su ejemplo, excitándolos tan ardientes y prontos, que á un mismo tiempo se vieron resueltas y ejecutadas las facciones, peleando siempre, ya con el consejo y pluma, ya con el arte y Marte de las armas.

Tenía ya en esta ocasion su señoría los fuertes de Chepe, la Estancia del Rey, y los cuarteles de Conuco bastecidos y bien municionados de todo lo necesario; pero no sosegaba el ánimo, reconociendo de cuánta importancia sería hacer pié en un puesto ventajoso de la contrapuesta ribera del caudaloso Biobio, que asegurando el paso á nuestras armas, para introducirlas en el país enemigo, fuese tambien refugio de nuestras retiradas, y un antemural á las invasiones que por aquella parte el bárbaro intentase.

Consiguió su señoría este bien fundado intento en el fuerte que fabricó de San Pedro de Alba, tan capaz y tan bien repartido, que sólo él pudo desempeñarle de este cuidado, asegurando con él muy importantes consecuencias en el manejo de esta guerra. Yace este fuerte una legua

del mar y tres de la Concepcion, en aquel continente de la opuesta ribera del Biobio, que sirviendo de vistoso márgen á un llano y apacible terreno, es firme y perpétuo regazo de la escarpada y tendida falda de un monte, que la tierra adentro poco á poco se encumbra y se hace más y más eminente en dilatado círculo, dejando libre á la vista una muy considerable parte de alegre y espaciosa campaña. En este hermoso sitio y fértil suelo se construyó el fuerte en forma de un capaz triángulo; con tal respecto á las avenidas y defensas, que los dos costados y sus baluartes aseguran de todo punto los celos del mar, campiña y monte. Hácele espaldas el alto y anchuroso rio, natural descendiente de una inaccesible y siempre nevada cordillera, que desatada en contínuos raudales lo hace correr con profunda madre, llegando humilde en su más hinchado flujo casi á besarle el pié, por rendir vasallaje y reconocer el imperio absoluto de aquel real y justamente armado dominio. Aquí, pues, se trabajó vigorosamente al amparo y sombra de las armas el tiempo que duró su fábrica; y aquí, finalmente, se erigió este seminario de Marte á los 9 de Octubre, en donde siempre y á todas horas armada de punta en blanco se aloja y reside de asiento

el alba como en casa propia, cuando en las demas sólo deja verse muy de paso. Guarnecido el fuerte, que es prólogo principal de mejores fortunas y marciales glorias, marchó su señoría á los cuarteles de Conuco, donde dió expediente á diversos aprestos para el socorro de Chiloe, enviando juntamente á la ciudad de Santiago por la provision del ejército; y aunque despues hizo algunas muestras en la campaña, por Noviembre y Diciembre de 57, las omito por referir las de mayor monta.

Á los 28 del referido Diciembre tenía recogidas el señor Gobernador las fuerzas posibles, por saber que el Indio venía á infestar las fronteras con más de mil lanzas. Y porque la primera y más segura diligencia, en que consiste el buen suceso de las armas, es solicitar á Dios nuestro Señor, único y absoluto emperador de los ejércitos, hizo su señoría lo que debió á este reconocimiento, eligiendo para mejor despacho por patrona de la batalla á la Concepcion inmaculada de la Vírgen Santísima, y por tutelar de la faccion al glorioso labrador del cielo, S. Isidro, patron de Madrid. Salió, finalmente, su señoría, confiado no en su ardimiento sino, como otro David guerrero, en la virtud y nombre del Señor Dios de las batallas,

y en la proteccion de tales patrones, contra los filisteos de esta América, que tanto han vejado la cristiandad de aquel corto rebaño de Cristo.

Á los 31 de Diciembre se halló en un paraje que se dice Coyanco, seis leguas de los cuarteles de Conuco tierra adentro, donde el enemigo se manifestó con quinientos caballos en dos tropas, y oponiéndose el señor Gobernador con su compañía y caballería del tercio, los cargó con tan vigorosa escaramuza, que el Indio, sin aguardar segundo ataque, volvió la grupa á rienda suelta. Con que nuestra vanguardia vencedora, siguiendo el alcance de seis leguas, fué siempre ejecutando en la más gruesa y cercana tropa de ellos con tan buen efecto, que perecieron más de doscientos, dejando en la campaña muchos despojos de armas y caballos, valiéndose el resto y la otra tropa enemiga de la espesura de los montes. Despues se tuvo noticia cierta que murieron de las heridas muchos Caciques, mandones principales, y capitanejos de valor, y de nuestra parte peligró solamente un Capitan de amigos.

Las aguas del paraje referido parece simbolizan, en lo fatal, con las del Mar Rojo, en donde perecieron los gitanos

ejércitos; porque Coyanco, en idioma chileno, significa agua de roble colorado. Y aunque las de aquellos arroyos no tienen por naturaleza este color, tiénenlo empero por accidente, á causa de haber muchos robles cuyas rojas raíces, buscando siempre como las de la higuera al agua, con los reflejos del sol parecen á la vista tintas en sangre, presagio de la vertida en Coyanco; así, pues, la del Mar Rojo, porque segun las historias de la India, en la descripcion del estrecho por donde los hijos de Israel se presume pasaron, se ha reconocido que del fondo, por ser en aquella parte corto, claro y limpio, sobresale con la refraccion del luminar lo encendido y bermejo de las piedras, é innumerable cascajo que en sí tiene, de cuyo accidente se derivó el nombre.

No faltó del cielo quien hiciese más memorable el referido suceso, porque muchos españoles que en la ocasion eran prisioneros y despues se libertaron, unánimes y conformes, afirmaron haber oido á los indios repetidas veces, que en nuestra batalla vieron á un Capitan incógnito, de quien salian lucientes rayos, caballero en un brioso alazan, con espada desnuda de brillantes aceros, adarga embrazada con matices de vistosos colores, iluminada de

oro, y en ella un niño Jesús de lo mismo. Y aunque esta vision no tiene más probabilidad que la referida, con todo, parece segura en buen discurso, porque si los nuestros dijeran haberla visto, pudiéramos recelar excesos del afecto, pero siendo relaciones de nuestros más sanguinolentos enemigos, que testifican, porque la vieron, en nuestro favor, hemos de inferir ser solamente impulso fuerte de la verdad, á quien se rinde la pasion más émula y el rencor más tenaz. En todos los siglos ha obrado nuestro Señor semejantes maravillas en defensa de los cristianos, que reconociendo el efecto ignoraron la causa, manifestándola á nuestros enemigos con altísimo consejo de su infinita providencia para mayor terror y confusion dellos, de cuyas voces y manos, como testigos irrefragables, recibimos testimonios favorables de nuestra salud.

Retiróse el señor Gobernador á Conuco por continuar con presteza la mesma marcha al país enemigo, y valiéndose del ardor militar, que reconoció en sus soldados, reunió las fuerzas del ejército, que constaba de mil doscientos hombres con amigos y yanaconas, diez piezas de artillería de madera, y tres mil caballos para el bagaje y servicio de la gente de guerra.

Y á los 6 de Enero deste año de 658, se manifestó en la campaña con todo empeño. Marchóse con alguna detencion hasta el 15, en que pasó el rio de la Laja; prosiguió la marcha con mucho aliento y regocijo de la gente hasta Biobio, por la caza copiosa que tuvieron de perdices, venados y raposas en aquellas campiñas, fáusto y feliz agüero para los indios amigos.

Alojóse el ejército desta parte en la ribera de Biobio, y no siendo entónces tratable el vado, hizo alto en aquel puesto hasta el 20, en que envió á D. Francisco de Cevallos, Sargento mayor del reino, con el Comisario general, Luis Gonzalez de Medina, y á los Gapitanes de caballos Luis de Laramimensa, Lorenzo Camilo, Fernando Hortiz de Balderrama, y D. Alonso Gomez Hidalgo, soldados de toda satisfaccion, con órden de que, pasando el rio con seiscientos caballos, se echase sobre la tierra de Curaco, distante tres leguas adentro de la opuesta ribera, y la corriese de modo que el Indio sintiese la ejecucion y castigo de nuestras armas: quedó su señoría en resguardo del paso y remuda de caballos con el nervio de la infantería. Y el Sargento mayor que gobernaba esta faccion, la ejecutó valeroso con sus con-

militones, y venciendo las primeras dificultades de Curaco, pusieron en fuga á los indios, degollando cuarenta que se resistieron con desesperado coraje. Consiguieron libertad cuarenta de los nuestros, que estaban cautivos; diéronse á prision veinte indios con un Cacique anciano; apresaron ciento treinta y ocho personas de sus familias, noventa y siete caballos ensillados, dos mil ovejas y considerable número de vacas; quemáronse muchos ranchos, que estaban llenos de vituallas, ropa y preseas, que nos robaron en la general rebelion.

Los indios que derrotados en la fuga atendian de léjos á este impensado golpe, humillaron la cerviz pidiendo paces, medio de que se valen siempre cuando se reconocen perdidos. Algunos Caciques, con pretexto de la paz fingida é imperada de la necesidad, que pretendieron manifiestamente la restitucion de sus mujeres cautivas, no fueron admitidos por causa del engaño, y á los mensajeros mandó su señoría detener en segura prision.

Marcharon de Curaco nuestros victorio·sos campeones, y reconociendo que en país enemigo no hay hora segura, ni se da paso que no esté circunstancionado de peligros, ordenó el Sargento mayor, como

prático y experto soldado, que, dividida la caballería en dos trozos, llevase la vanguardia el primero que habia de partir, á cargo del Comisario general, la presa en batalla, y el segundo trozo marchase de retaguardia á cargo del mismo Sargento mayor, Cabo principal de la faccion, por ser entónces el puesto más arriesgado á las avenidas que por aquella parte podian ofrecerse en la retirada. Guarnecidos los costados de la batalla, y dado el órden á los batidores, se hizo la marcha en pocas horas, y llegaron al vado sin contraste enemigo, desde donde reconocieron al señor Gobernador, que con su acostumbrada disciplina mantuvo aquel puesto, en que consistió la última perfeccion y felicidad del suceso. Incorporados con su señoría los recibió con muchos honores, debidos á tan valerosos soldados; hízose la retirada con todo el ejército á las fronteras y cuarteles de Conuco, por dar algun descanso á la gente, y que los caballos se reforzasen para otra campeada que disponia. A los 12 de Febrero repitió el señor Gobernador la campaña, por pasar á Biobio, que ya corria más tratable, y desde un alojamiento cercano á la Estancia del Rey envió cincuenta hombres, españoles y amigos, para que inquiriesen

los designios del enemigo; y marcharon con tan buen acierto, que apresaron cuatro indios corredores de ciento cuarenta lanzas enemigas que atras venian.

En este encuentro sucedió un duelo digno deste lugar, por merecerlo el valor de un capitanejo amigo nuestro, nombrado Cheuquecan; y fué el caso, que uno de los cuatro corredores presos, que tenía el mesmo nombre, dijo que lo venía á buscar para pelear con él y cortarle la cabeza por haberlo así prometido. Reconocido el intento por nuestro amigo, que era uno de los cincuenta que fueron en esta faccion, le embistió con tanta presteza y brío, que á pocos lances le degolló, dando con éste empeño testimonio de su esfuerzo y la prueba de su leal proceder.

Trajéronse al señor Gobernador los tres restantes prisioneros, y declararon que el enemigo, sito en contorno de Arauco, habia esperado á nuestro ejército con mil lanzas de emboscada en la cuesta de Villagran, y juntamente enviaba trescientos caballos para que corriesen la Concepcion.

Con estas noticias dispuso el ejército el señor Gobernador, y ante todas cosas eligió por tutelar desta jornada al glorioso mártir San Sebastian; y sin detenerse en-

derezó la marcha á Biobio, que esguazó por vado extraordinario y extendido casi una legua, con grandes incomodidades que por instantes se ofrecian: todo á fin de que, marchando por este trabajoso rodeo, excusaba el no ser visto y conseguia el cortar en la retirada á los trescientos que hubiesen ido á infestar la Concepcion. Puesto ya de la otra parte envió de vanguardia al Sargento mayor D. Francisco de Cevallos, con el Comisario general Luis Gonzalez de Medina, y Capitanes Luis de Laramimensa, D. Simon de Sotomayor, Fernando Hortiz de Balderrama, D. Alfonso Gomez Hidalgo y Juan Sanchez, con seiscientos caballlos, con órden de que marchasen de noche por los ásperos é inusitados caminos que van á la fragosa sierra de Lia; procurando noticias y avisando de todo lo que supiese al señor Gobernador, que le iba siguiendo de retaguardia.

Con esta dilatada marcha se consiguió desvelar al enemigo de Arauco y á sus muchas centinelas, que desde la eminente sierra de Villagran registraban todo el país y campaña, sin que ninguno penetrase el disignio. Montóse, pues, lo ágrio y dificultoso de Lia con feliz suceso, y bajando nuestra vanguardia á buen paso, se

apoderó del valle con tanta presteza y silencio, que cuando los indios sintieron el asalto ya estaban ejecutados en sus propios ranchos. Lonconabal y Cudigue fueron el blanco desta jornada, por ser tierras que en aquel suelo araucano servian de receptáculo á los más perjudiciales y valientes corsarios que infestaban nuestras fronteras. A los 8 de Marzo entró su señoría con el ejército, con que al enemigo se le frustró de todo punto la esperanza, poniéndola sólo en la fuga ó en el rendimiento.

Peleóse con ardiente resolucion, y fué no ménos valerosa la del alférez Alonso de Miranda, que degolló á Llancapel, Toque general indio de fama, por cuyo consejo y valentía se gobernaban los demas, y era poderoso á mantener la guerra; degolló por sí solo el Alférez á otros seis que en tropa asistian á Llancapel, y aunque salió mal herido, se portó tan brioso, que cortando la cabeza del bárbaro la trajo por trofeo de su valor, con cuya vista todos perdieron el ánimo y se pusieron en vil fuga. Perecieron otros diez indios, fueron muchos los heridos; y finalmente, no quedando alguno que pudiese hacer frente, se trató de dar fin á la jornada con la última accion de hostilidad. Tenían le-

gua y media de diversos sembrados muy abundantes, y, talados sin que quedasen de provecho, se pasó al fuego que consumió cien ranchos; apresaron trescientos caballos, rindiéronse ochenta y cinco lanzas, con todas sus familias, que montaron trescientas setenta personas. A estos puso despues su señoría en el fuerte de Chepe, donde viven acuartelados con guarnicion de españoles y artillería para su defensa; mandó asimismo les restituyesen sus mujeres é hijos que en la presa estaban cautivos, y hoy sirven con toda puntualidad y buenos efectos.

Reconociendo el señor Gobernador no ser allí necesaria su asistencia, y que el principal cuidado de hacer sombra á las fronteras le llamaba á toda prisa, por estar entre tanta ocurrencia de peligros sin el amparo del ejército, trató de retirarse por campaña rasa hasta coger la cuesta de Villagran; y marchando por ella como por camino más breve, y siempre con el seguro y disciplina conveniente, hallaron los rastros de las mil lanzas, y el puesto de la emboscada que tenian dispuesta contra el ejército, en una zanja que abrieron en la cumbre, de que el Indio habia de valerse para este y otros efectos. Bajaron, en conclusion, sin impedimento, y

al pié de ella, en un paraje que se dice Chilingo, hallaron un español ahorcado, las manos en alto atadas á los pilares de la horca, al modo que suele pintarse al glorioso mártir y milite San Sebastian, patron desta jornada, cuando para flecharlo fué amarrado en elevada postura de brazos. Vieron asimismo, que, demás de estar desnudo, tenía abierto el pecho y sacado el corazon; crueldad tan acostumbrada en estos bárbaros, que les parece aumentan el valor, y que degeneran dél si en los rendidos no ejecutan estas y otras inhumanidades, dictadas del diabólico furor y odio mortal que tienen á la sangre española.

Causó este espectáculo notable compasion en el ejército, y, viendo ser irremediable, acudió la piedad cristiana á deponer el cadáver, dándole sepultura y descanso, en concurso de aquella pompa militar que piadosa atendió al misericordioso obsequio.

Refieren los cautivos, que á la sazon traíamos, que ocho dias ántes lo mandó ahorcar Llancapel, por haberle cogido en aquel paraje haciendo fuga á nuestras fronteras, y que ántes de morir, estando pendiente, sacó del seno una estampa de vitela en que estaba la efigie de la Vírgen

Santísima, de quien, con la demostracion que podia de ósculos tiernos, solicitaba el socorro para aquel tremendo y último trance. Entónces, dicen, que teniéndola en las manos vieron toda la vitela ensangrentada, sin haber causa natural para ello. En fin, nuestro católico español fué despojado, y casi moribundo le amarraron las manos para sacarle el corazon como se ha referido.

Repetidos son los visos sanguinolentos, así en este suceso como en las aguas de Coyanco; y parece son verdaderos presagios con que la justicia divina hace señas á estos infieles para que conozcan cuán irritada y ofendida la tienen, y cuán cercano los amenaza el castigo. Los circunstantes indios, extrañando el prodigio, predijeron que sin duda moririan en breve algunos principales de los suyos; y salió tan cierto el vaticinio, que á los ocho dias murió á hierro, á manos del alférez Alonso de Miranda, su gobernador Llancapel, que dió la sentencia, teniendo el mismo fin en esta maloca el que la ejecutó, y los demas que concurrieron en la muerte de nuestro español.

Finalmente, nuestra mosquetería fué siempre asegurando los puestos celosos de la sierra y montaña, porque, alternando las

cargas de balasos con diferentes mangas, se reconocian los pasos y malezas con tal órden que nunca se marchó con más seguridad. A siete leguas de campaña rasa llegó el ejército á Biobio, que esguazado al amparo del fuerte ventajoso de San Pedro de Alba, se experimentó su importancia y cuán segura escala es para nuestras retiradas, por estar al paso principal de aquel caudaloso rio.

A los 15 de Marzo entró su señoría en la Concepcion, donde fué recibido con públicas aclamaciones y aplausos de todos, siendo la primera accion de su cuidado dar solemne y públicamente muchas gracias á nuestro Señor por tan felices progresos, y las mismas se han repetido en todo el reyno.

Mucho tiempo habia que el señor Gobernador deseaba introducir las armas en las tierras de Curi, Renayco y Molchen, por tener entendido cuánto importaria al servicio de S. M. castigar al enemigo en su propia casa, y más en aquellos que eran asilo de belicosos bárbaros, y que nos eran deudores de casi todas nuestras pérdidas, en que siempre tuvieron la mayor parte. Ofrecíanse varias dificultades, ya con el temporal que por Abril amenazaba rígido, ya porque los caballos salie-

ron tan mal parados de las antecedentes marchas, que en el corto espacio de tiempo que habian cesado del trabajo, era imposible se hubiesen reformado; con que por éste y otros inconvenientes parecia desesperada la empresa. No obstante, empero, estos impedimentos, determinó su señoría el emprenderla, porque contrapesadas las consecuencias del Real servicio con lo árduo y difícil, que era lo ménos, montaba más la reputacion y honor que se conseguia, que cuantos se ofrecian imposibles, mayormente cuando los soldados estaban ya tan hechos á vencer, que no dudaria emplearlos en mayores empeños.

Convocó su señoría los tercios, que juntos hacian mil ciento y ochenta hombres de armas, con la gente de á caballo que habia en el batallon desta ciudad, indios amigos y yanaconas de los vecinos, para hacer más numeroso el nervio del ejército, diez piezas de artillería de madera, mucho bagaje, y tres mil caballos sueltos para las remudas. Ordenado todo este aparato, trató luégo de elegir santo tutelar al suceso y acierto desta jornada, negocio de mayor importancia y cuidado que podia instar á su devoto celo, y para concluirlo con llave maestra de oro, cayó

la suerte en el invicto mártir San Lorenzo, honra de la Iglesia, corona de España, y láuro inmortal de Huesca; cuyo patrocinio con reverente culto implorado, salió el señor Gobernador á campaña á 16 de Abril de 658. Marchó con la infantería de vanguardia hácia lo más cercano de la cordillera, por ocupar el paso de Biobio, que, descabezado por aquella parte, era conveniente tránsito á nuestras armas por estar fronterizo á las tierras del enemigo, que sin noticia de nuestra inusitada marcha habia de ser acometido repentinamente; dictámen prudencial, y tan bien practicado, que nos aseguró la mitad del manejo.

Pasó, pues, el ejército, y el señor Gobernador ordenó tres gruesos de caballería en esta forma: á D. Francisco de Cevallos, Sargento mayor del Reino, que marchase con trescientos caballos á Renayco; Luis Gonzalez de Medina, Comisario general, con doscientos á Curi; y el capitan Fernando Hortíz de Balderrama con doscientos, á Molchen, para que trasnochando diesen un fuerte albazo al enemigo en las tres partes referidas, pues, siendo repentino y á un mismo tiempo, era forzoso hallarlos sin prevencion y desunidos, con que ejecutando en él los aceros obrasen

de manera que el castigo sirviese de ejemplar considerable á los demas.

Hizo de retaguardia escolta con el resto del ejército el señor Gobernador en el más preciso puesto, y nuestros caballos ligeros, dando principio á la marcha, reconocieron á muy corta distancia, cuán madura y bien ordenada fué en todo la disposicion, porque los cabos ejecutando puntuales y resueltos el órden, con todas las circunstancias de hora y tiempo segun y como á cada cual tocaba, salió tan uniforme la faccion, que manejándose las armas en tres distintos lugares pareció ser una sola en el efecto del vencer.

Al Santiago nuestro se opusieron valientes los combatidos, y aunque pretendieron aumentar el esfuerzo con la desesperacion, salió vana su obstinada porfía, porque viendo ya muertos treinta de los suyos, en que se comprendia un Toque general de la frontera de Renayco, y los principales cabezas y capitanejos, en quienes se fundaba su gobierno y total defensa, los restantes cedieron á la fortuna.

La mortandad más numerosa sucedió en Curi, por haberse defendido sus moradores con rebelde fiereza. Apresáronse ciento ochenta personas; doscientos caba-

llos, muchas sillas y frenos con que se pertrecharon los nuestros; quinientas vacas, y cuatro mil ovejas; consiguieron libertad más de sesenta españoles prisioneros, y gente de servicio con algunas señoras principales, y finalmente se quemaron ciento cincuenta ranchos, en donde tenian sus graneros tan bien fabricados, llenos de trigo, maíz y otros bastimentos, que se reconoció bien cuánto se imaginaban seguros y sin recelo de nunca ver sobre sí el justo rigor de nuestras armas. Eran recientes las cosechas y muy copiosas, y así importó el daño mucho más que la tala de una muy gruesa y contínua campeada.

Circunstancia es de reparo que en 23 de Abril se ejecutó esta memorable faccion, y en este mismo dia celebra nuestra Madre la Iglesia al glorioso mártir San Jorge, patron especial del reino de Aragon; y siendo el señor Gobernador por sangre y orígen hijo nobilísimo de la ilustre ciudad de Zaragoza, parece misterioso y no acaso el suceso, y que San Lorenzo, tutelar desta jornada, quiso corriesen las causas de su paisano por cuenta de San Jorge en primer lugar y despues por la suya, para que, estando el patrocinio á dos amarras, no sólo le faltase ninguna

más ántes con larga mano influyesen por duplicado los propicios efectos de su protectora intercesion.

Los sucesos referidos se hacen más famosos, así por la reputacion adquirida á las armas de S. M. como tambien por las consecuencias considerables, que, con probable fundamento, podemos esperar en los progresos restantes, por ser siempre unas victorias prévia disposicion para otras, y más cuando el señor Gobernador las ha conseguido en este reino, sin derramar sangre nuestra, y con tanta pérdida de la enemiga, máxima militar que observaron siempre los mayores Capitanes del mundo. Empero, si se atiende, no todas veces consiste esta prerogativa en el valor sino en la feliz fortuna del General, que á vueltas della dispone con prudente consejo y ejecuta con vigorosa resolucion.

Ya instaba la estacion del otoño, con que fué preciso retirarse el señor Gobernador, haciendo alto en Biobio, en donde tuvo aviso de la Concepcion que habia venido el capitan Silverio Ibañez de Zabala, Cabo del situado que llevó á su cargo, con cuyo socorro se aumentó el gozo del ejército.

Desde allí se prosiguió la marcha hácia el fuerte de la Estancia del Rey, si bien se

hacía á paso lento por estar los caballos muy fatigados, y porque siendo mucha la gente, el bagaje y la presa, era forzoso el embarazo á que se habia de dar resguardo con el buen órden y militar disciplina. Ayudaba tambien á la detencion el saber el señor Gobernador venian en nuestro alcance algunos de los nuestros, que ya libres del Indio caminaban ocultos por los montes, por conseguir enteramente la amada libertad.

Mereció los agasajos del señor Gobernador un indio principal de mucho séquito y opinion, nombrado Tanamilla, que, por no detenerse, dejó emboscados sus hijos, mujer y familia en la ribera del Biobio, y venía á manifestarse por amigo nuestro. Pidió escolta y caballos para reducirlos todos á nuestros lares; dióle el señor Gobernador el número de amigos y caballos que parecieron convenientes al efecto. En el camino encontraron algunos enemigos, que, echando ménos al Tanamilla y sabiendo venía á reducirse con toda su casa, lo seguian para prenderlo; quien ayudado de nuestros amigos anduvo tan valiente que los rompió y apresó tres dellos, que por ser hijos de Butapichon, cacique y capitan de fama, hizo ruidosa y de estimacion la

suerte con que el nuevo amigo Tanamilla solemnizó la entrada á nuestra amistad. Trajo su familia, á cuyo ejemplo van reduciéndose otros; y todos igualmente refieren, con los españoles prisioneros, ya libres, que el enemigo se halla confuso y desunido á causa de las muchas discordias con que perdidos se encienden, culpándose unos á otros de las presentes calamidades que padecen; y lo que más los punza y consume, son los celos y desconfianzas intestinas en que contínuamente viven, por temerse reducidos á nuestra amistad por medios de tratos secretos, y ser muchos los que lamentando sus pérdidas, huyendo de nuestras armas, se retiran á lo ágrio y recóndito de los montes.

El señor Gobernador, que atento consideraba estos movimientos, los pretendió gozar, valiéndose de mensajeros confidentes, para que asegurados del perdon los redujesen, y por el contrario amenazasen á los contumaces con el castigo riguroso de las armas; y sin perdonar medio solicitó llevar el negocio al fin deseado, y parece que nuestro Señor se sirve de concederlo así, pues se facilitó este manejo como despues se dirá.

Llegó el ejército á la Estancia del Rey que con bien merecido título se dice el

Fuerte de Buena Esperanza, el cual, restituido por el señor Gobernador, nos abrió la primera puerta á las nuevas esperanzas de los futuros progresos que hoy poseemos, experimentando en aquel contorno y en nuestras fronteras los deseados útiles de una tranquila seguridad, y habiéndose conseguido entre el horror de las armas, á cuya sombra se cultivan los campos y producen abundantes cosechas en comun beneficio, respiran auras alegres, viéndose ya ajenos de enemigas invasiones. Aquí estuvo el señor Gobernador algunos dias, y habiendo enviado la gente á sus tercios, ordenó se convoyase la provision de vituallas en Conuco dispuestas, para que las fronteras pasasen el invierno.

Marchóse hácia la Concepcion, y estando cerca se dispuso la entrada, lúnes 6 de Mayo. El señor obispo D. Dionisio Cimbron montó á caballo, lo mismo hizo el regimiento y nobleza de la ciudad, hasta la ermita, cerca de la cual estaba en lucido escuadron la gente bisoña que vino de Lima, interpolada con la del presidio veterana. Y, para que el festejo fuese más cumplido, la caballería de los amigos acuartelados en Chepe, que escoltaban al señor Gobernador, hizo una alegre escaramuza con el escuadron, ma-

nifestando con gentil destreza el regocijo de sus ánimos, haciendo repetidas salvas á su Capitan general, que agradado de aquella marcial ostentacion los atendia benévolo. Vistióse de gala el señor Gobernador muy á lo mílite; era el calzon y coleto de ante fino, bota flandina, banda con punta de plata, espadin pendiente, cadena de filigrana de camarones de plata, sombrero noguerado de castor, con blanco y ostentoso penacho, y, montando galante en un generoso bridon, era apacible lisonja de la vista y gallarda emulacion de Marte. Entró, finalmente, á la Ciudad con séquito y pompa de lustroso acompañamiento, siendo públicas y muy repetidas las demostraciones populares que lo aclamaron victorioso. Pero su señoría, refiriendo á solo Dios las glorias, llegó religioso al templo, donde con humildes obsequios dió al Señor las gracias por tantos beneficios.

El resto deste mes y los primeros dias de Junio pasó el señor Gobernador en diversas ocurrencias de muchos que pretendian reducirse, por haber reconocido cuán bien se hallaban sus paisanos en nuestra amistad, estímulo que los movia eficazmente, viéndose exaustos de víveres, sin ganados, asoladas sus casas, y, final-

mente, amenazados del rigor de nuestras armas sin tener hora segura. Y como este gentío vive siempre de rapiña, sin más ley que la de su arbitrio y propia conveniencia, deponen el feroz natural hasta conseguirla ventajosamente, mudándose despues con cualquiera ocasion, siendo sólo constantes en la enemiga y en el ingrato y bárbaro proceder.

Entre estos eran los araucanos los que juzgándose con ménos delitos (como si no hubieran en el comun rebelion degenerado de nuestra tan antigua amistad), conferían en sus parlamentos las razones que hallaban para reducirse, si bien estaban divididos en diferentes pareceres. De otros se entendió lo mismo, y para enterarse el señor Gobernador y tomar diestramente el pulso á tantos humores, envió á Juan de Monsibay, capitan de amigos, con cincuenta lanzas de su compañía y doce arcabuceros españoles, para que marchando hasta el estado de Arauco, cogiese lengua volviendo cuanto ántes para dar razon. Al mismo tiempo envió siete indios infantes á la tierra de Guachuqueo con instruccion del intento. Unos y otros corredores anduvieron tan acertados y prestos, que el Capitan apresó en Arauco tres Caciques y cinco indios, y aquellos tres

indios y seis indias, que, examinados, confesaron unánimes el mucho temor de todos, y cuán discordes estaban unas y otras parcialidades en el punto de la paz.

Con este motivo envió el señor Gobernador un Cacique prisionero nuestro, nombrado Reuqueante, á los del estado de Arauco, para que les dijese que su intento era, si se reducian, perdonarlos en nombre del Rey, nuestro señor, restituyéndolos á nuestra antigua amistad, y de no hacerlo les prostestase desde luégo la guerra. Astuto Reuqueante, se fingió con ellos fugitivo, á fin de quitarles todo recelo, para poder secretamente investigar los ánimos de los principales que habia de hablar. Fué tan acertado el disimulo, que redujo á nuestra devocion doce Caciques de los más poderosos, que unánimes respondieron, con un indio mensajero ladino, estar muy agradecidos del perdon, y que para su seguridad importaria se poblase Arauco, donde al abrigo de nuestras armas vivirian libres y seguros de los enemigos de aquel contorno, sitos en Moluilla, Paycani, Elicura, Puren, Angolmo, Ranguilue, Calcuino, Relomo y Tírua; cuya fuerza era incomparablemente mayor que la suya. Y que para asentar y resolver con todo secreto este negocio, sal-

drian los Caciques á la cuesta de Villagran, siete leguas de San Pedro, donde esperarian á su señoría; quien habiendo entendido la respuesta, retornó con el mismo indio que de allí á veinte dias los buscaria en dicho puesto.

A los 14 de Junio salió desta ciudad el señor Gobernador, anticipándose once dias al tiempo señalado por prevenir en sus tierras á los enemigos fronterizos del Nacimiento, Guachuqueo, Nabalburi y Lebueno; para que castigados como rebeldes, enterarse de camino si los araucanos procedian con fraude, por el recelo que causaban con su facilidad.

Marchó el señor Gobernador á Biobio, que esguazado por San Pedro de Alba, llegó un Cacique de Millarapue, nombrado Curimula, en nombre de los demas confederados, pidiendo acelerase la marcha por el riesgo en que los araucanos se hallaban de los confinantes, por haber penetrado el trato de las paces. No obstante aqueste aviso, marchó luégo para Lota, y de allí á Santa Juana para pasar al Nacimiento, porque no daba entero crédito al Cacique, recelándose nuevamente de los araucanos por haber anticipádose, como el señor Gobernador, al tiempo señalado. Hicieron segundas ins-

tancias con otros Caciques principales, á fin de que se apresurase la marcha, por no tener otro remedio, atento á que los confinantes los maloqueaban, y que por este temor se habian reducido con sus casas y ganados al demolido fuerte de Arauco donde esperaban al señor Gobernador, y que entretanto les enviase caballos ligeros para que los amparasen, con que se satisfaria de su verdad, quedándose en rehenes los Caciques mensajeros.

En este estado se hallaba el señor Gobernador, ya más persuadido é inclinado á los araucanos, y determinando emprender la faccion, eligió por titular della al glorioso apóstol Santiago, patron de nuestra España; porque siendo su Señoría hijo militar de su órden y armado Caballero de su hábito, deseaba tener ocasion tal y tan árdua que fuese propia de su patrocinio, reservándolo con especial providencia para sujetar á la valentía araucana. Envió cien soldados desde Lota, y al siguiente dia, estando en Colcura, le avisaron ser en todo verdadera la relacion de los Caciques.

Entónces, pues, mandó á D. Francisco Ceballos, Sargento mayor del reino, y á Luis Gonzalez de Medina, Comisario general, marchasen con toda la caballería

para socorrerlos y escoltar á los que fuesen viniendo, y quedando el señor Gobernador con el resto del ejército, siguió la misma marcha hasta alojarse en Laraquete, adonde llegaron otros tres Caciques con cartas de cautivos españoles asegurando la verdad del trato. Con lo cual se resolvió la marcha al cuartel antiguo de Arauco, alojándose en él á los 21 de Julio, donde halló el señor Gobernador muchos indios y Caciques de diferentes parcialidades dando todos la obediencia á S. M., siendo recibidos con agrado, y satisfechos de la benignidad y eficacia de la Real palabra; mejoróse de alojamiento el siguiente dia en esta parte del rio Carampangue, atento á no haber maderas para la estacada y ser muy riguroso el temporal.

Los araucanos insistieron tenazmente se reedificase el antiguo cuartel, á cuyo seguro se reducirian muchos ausentes; pero el señor Gobernador se excusó por carecer de gente, pertrechos, municiones, bastimentos y materiales, y tambien de bajeles en que conducirlos, con que se estorbó este intento, mayormente que siendo tan cortas las fuerzas del ejército no convenia dividirlo ni ser posible ejecutar faccion tan grande. Tuvo aviso el señor Gobernador que el enemigo de Tu-

capel y confinantes venían con dos mil lanzas á infestar las tierras de Quiapo y Quedico porque daban la paz, á cuyo socorro marchó el señor Gobernador con la caballería, dejando en Carampangue á la infantería con los nuevos amigos. Supo en Millarapue que el arma fué falsa por atemorizar á los amigos araucanos; volvióse al cuartel y en el camino redujo muchos que estaban en los montes.

Satisfizo el señor Gobernador á los Caciques con los inconvenientes que se ofrecian para no poblar en invierno, siendo por entónces mayor útil suyo el venirse á nuestras tierras, donde seguros de enemigos los sustentaria, viviendo en paz y quietud, hasta que el tiempo diese lugar á la poblacion en que era interesado por el servicio de S. M. Con lo cual, se resolvieron á dejar sus tierras, casas, comidas y ganados, viniéndose con el señor Gobernador mil doscientas y cuarenta personas, treinta y seis Caciques, doscientas sesenta lanzas, restituyendo setenta y dos españoles, con el resto de mujeres y chusma que apresaron en las tierras de Arauco, Penguereguа, Millarapue, Quedico, Quiapo, Colcura, Labapie y Lagunillas, y tambien la gente desta parte de Biobio, Talcamabida, Gualchi, Talcaguano y Pen-

co, quedando muchos retirados en los montes con determinacion de reducirse. Los indios de la isla de Santa María avisaron á sus Caciques haberse pasado á ella en balsas para que enviasen por ellos.

Dia del apóstol Santiago, tutelar desta jornada, se retiró el ejército, y, por noticias de que el enemigo estaba convocado para oponerse en la cuesta de Villagran, se enviaron diferentes mangas de mosquetería que examinasen los puestos celosos della, con que se reconoció ser falso el rumor y que fué á sólo fin de entrarnos en sospecha y cuidado.

Llegó el ejército á San Pedro de Alba con feliz suceso, y allí entregó el señor Gobernador á los Caciques araucanos los prisioneros indios de la Concepcion, en correspondancia de la liberalidad que habian usado cuando nos entregaron todos los prisioneros españoles y demas gente que tenían.

Esguazado el Biobio llegó un español cautivo con dos indios, en nombre de algunos Caciques que se habian quedado en Labapie, pidiendo al señor Gobernador los recibiese como á los demas, disculpando su tardanza, y, despues de haber reconocido estos el gusto con que estaban los amigos, los despachó con seguro para

que pudiesen entrar los Caciques, como lo hicieron cuatro dias despues; y porque habian dejado sus familias emboscadas en los montes, pidieron gente para reducirlas: diéronseles cien indios con diez arcabuceros á cargo de un Capitan de amigos. Pasados ocho dias volvieron con felíz suceso, y habiendo corrido la tierra, apresaron tres cautivos, diez lanzas y veintidos piezas, y quemaron sus ranchos y comidas porque no las gozase el enemigo. Encontraron á un Cacique nombrado Paulante que huido venía á nosotros. Este dió aviso que los de Quedico y Quiapo se habian retirado á Panguilemo con intento de reducirse y dar obediencia á los españoles, con quienes estaban sus Caciques, repitiendo que los de la isla de Santa María, temerosos de los de Tierra Firme, esperaban por instantes fuésemos por ellos.

Á 5 de Agosto entró el señor Gobernador en la Concepcion, con relevante aplauso de las armas de S. M. y con demostraciones públicas, repiques y regocijos populares de toda la ciudad, habiendo fenecido el manejo más árduo de vencer por consistir en la obstinada condicion de los araucanos; faccion más gloriosa que si los expugnara con las armas, porque

estas ejecutan en los cuerpos y raras veces vencen los ánimos. Alta política es hacer amigos de aquellos, que, por nativo y bárbaro valor, hacen vanidad del odio y fiereza. Primor lucido fué del quilatado talento del señor Gobernador, quien, sin dejar la lanza, supo suavizar tan diestramente los aceros, que sirviendo de triaca, redujo con el arte y necesidad la rebeldía de aquellos ánimos para ejemplar magisterio de las futuras edades.

Salió el señor Obispo á recibirlo con numeroso séquito y pompa de acompañamiento, y porque no faltase la militar· marchó el ejército en orden por la playa, haciendo galante ostentacion de regocijo, correspondiendo la artillería con repetidas salvas. Despues fué su señoría á buscar á nuestro Señor en el templo, donde haciendo la funcion de agradecido, adoró en accion de gracias con solemne culto á nuestro Dios sacramentado, con que religiosamente pío tiró la última línea de su cristiano celo, derivada del católico punto de la ilustre sangre de sus mayores.

Á los 8 deste mesmo mes, cerca de la ermita de nuestra Señora, se hicieron los pactos de la paz, en concurso de todo el pueblo y más de quinientos araucanos armados, que siendo ántes de horror, eran

ya confirmados amigos; y para que más alegres de corazon celebrasen este dia, los brindó el señor Gobernador con treinta arrobas de vino.

Las tierras de Guachuqueo, Nabalburi y Lebueno daban algun cuidado, y para salir dél y saber el estado que tenían, envió el señor Gobernador amigos espías por el mes de Setiembre; trajeron noticias de que el enemigo sito en ellas se retiraba á los montes, con que valiéndose de su mesmo movimiento, ordenó al capitan D. Juan de la Barrera, soldado de experiencia y valor, que con ciento cincuenta arcabuceros y tambien con los nuevos amigos, para empeñarlos y reconocer su fidelidad, corriesen estas tierras, haciendo en ellas todo el daño posible, y para el acierto desta faccion, eligió por patrona á nuestra Señora del Pilar, á quien por tantos títulos reconoce su señoría con cordialísimo afecto.

La felicidad del suceso comprobó la asistencia del patrocinio, porque á los ocho dias, sin pérdida alguna, volvió victorioso el Capitan; degolló siete gandules, hiriéronse otros; apresó setenta y dos indios; dieron la obediencia algunos Caciques, con cuarenta y tres lanzas y noventa y seis de chusma; cogióse un soldado

fugitivo; cuatro cautivas españolas; quemaron ciento diez ranchos llenos de comida; degollaron más de dos mil ovejas; apresaron noventa y seis caballos, veintitres mulas, sesenta vacas, diez y ocho bueyes. Con que reducidas á número todas las pérdidas, que en diferentes facciones ha tenido el enemigo en el discurso de estos meses, son las siguientes: dos mil ochocientas noventa y seis personas de todas edades, que en estos ocho meses y medio ha perdido en varias facciones y reencuentros, en que se comprenden los lanzas reducidos, chusmas de sus familias, prisioneros y cautivos españoles que se han libertado, cuatrocientos cincuenta ranchos llenos de víveres consumidos á fuego, más de mil caballos apresados, con setecientas vacas, y más de ocho mil ovejas, que la mayor parte se degollaron porque no se aprovechase dellas. Y todo lo referido, sin pérdida alguna nuestra, y sin que en este tiempo se haya atrevido el enemigo á invadir nuestras fronteras, poniendo solamente el cuidado en retirarse con toda prisa á las montañas más fragosas por asegurarse de nuestras armas. Si bien solicita á los confederados de la tierra adentro lo socorran para oponerse y tentar fortuna.

Ordenó el señor Gobernador que toda la gente amiga se alojase en los tres fuertes de Chepe, Andalien y Buena Esperanza, donde están bien fortificados, y para mayor seguridad suya les puso guarnicion española. Hánse formado tres compañías de amigos, que montan quinientas lanzas, que con otra, asistente en Itata, de amigos antiguos, hacen quinientas cincuenta, y se espera con buen fundamento pasarán á mayor número, porque cada dia vienen otros de nuevo á reducirse y dar la obediencia.

Finalmente, puedo y debo afirmar, que con estos felices progresos del señor Gobernador se ha restaurado mucha parte de lo perdido, así en el rebelion general, como en el terremoto y reflujo que padeció Penco; porque si hemos de juzgar por los efectos, se reconoce que las iglesias y conventos se reedifican, el culto divino y celebracion de fiestas se frecuenta con mucho lucimiento, las casas se reparan y se hacen otras de nuevo, los caminos están seguros, los vecinos se alientan á poblar y restituir sus estancias, los campos se cultivan, cogiendo seguramente copiosas cosechas, y en todo se experimentan á cada paso conocidas mejoras que prometen felicidades de aquel

siglo dorado y pacífico que tuvo este reino. Á Dios nuestro Señor sean dadas las gracias por tantos y tan grandes beneficios; y al excelentísimo señor conde de Alba, Virey de estos Reinos, debemos todos agradecer la suma vigilancia y cuidado con que celoso del bien publico próvidamente asiste al señor Gobernador con los situados y socorros importantes á tanta necesidad, sin los cuales fuera de todo punto imposible que nuestras armas hubiesen dado paso en la campaña, y mucho ménos podido sustentarse todo este tiempo, áun en el corto ámbito á que estaba reducida esta ciudad.

Estos son, en suma, los felices progresos, que con tanta reputacion suya y de las armas de S. M. ha conseguido el señor Gobernador en el discurso de este año; he omitido de intento algunas individuaciones, contentándome con las más considerables, porque, si hubieran de referirse todas, son tantas y tales, que piden mayor volúmen y mejor pluma, asunto grande, no para mis hombros sino para los Curcios y Homeros de nuestra América. Lo que tengo entendido, como deudor á la verdad, es que el señor Gobernador ha obrado mucho, consumándose en tan breve tiempo de manera que ha cor-

rido famoso el estadio marcial de muchos años, teniendo vinculadas sus mayores delicias en la infatigable asistencia de la campaña, cuyas tiendas ó toldos son en su aprecio ricos palacios de los Césares, y el escudo ó adarga su más regalado y contínuo descanso. No excusa desvelos ni rehusa trabajos cuando se enderezan al servicio de S. M. y al bien público de este reino; como testigo de vista, por ser uno de los consejeros en las juntas de guerra, he reconocido su capacísimo talento, tan vivo en la comprehension de los manejos como ardiente y resuelto en ejecutarlos, sin perder de vista aquel loable punto de prudencia, con que, próvido en lo presente y futuro, antevé y previene cualquiera contingente que puede hacer estorbo al fin pretendido de las facciones. La restauracion y mejoras que hoy gozamos, descifradas en estos Progresos, dicen más elocuentes cuánto es, tiene y merece su señoría que los ha conseguido. Recojo el discurso por dar satisfaccion á los sugetos, que, unos en lo espiritual de sus oficios y otros en lo militar de sus obligaciones, me ejecutan como muy beneméritos.

Capellanes que con vigilante celo han asistido en estas facciones á la obligacion de su cargo.

El licenciado D. Francisco Montesinos, Capellan mayor; ejemplar ministro, y muy celoso en el servicio de S. M. y ministerio de su oficio.

El Padre Andrés de Lira, de la compañía de Jesús, Rector que fué de Valdivia; grande en su predicacion, mayor en el ejemplo, cuyo valor ha dado mucho aliento al ejército.

El licenciado D. Juan de Roelas Sandoval, que en un tiempo fué Capitan de á caballo en esta guerra, ahora Cura y Vicario del tercio de Conuco, sirve ejemplar en la milicia de Cristo.

Consejeros de guerra, que con los Capitanes vivos han concurrido en las juntas y asisten al señor Gobernador, por ser soldados de acreditadas experiencias.

El Maestre de campo, Hernando de Mieres y Arce; varon grande y adornado de ciencia política y militar.

El Sargento mayor, Gerónimo de Molina Vasconcelos, soldado veterano y de mucho valor; ha ocupado muchos puestos en esta guerra.

El Maestre de Campo, D. Martin de Herize y Salinas, que escribe estos Progresos.

El Comisario general, Domingo de la Parra; Maestro militar desta guerra de más de cincuenta años.

Capitanes de á caballo que valerosos han servido á S. M. con sus compañías en estas facciones, con relevante crédito.

La compañía del señor Gobernador, que como principal, es la más famosa, sirviendo de índice con su valor y experiencia á las demas. Consta de Maestros de campo, Sargentos mayores y Castellanos, y más de cien Capitanes reformados; sugetos todos de notorias prendas y méritos, y que cada uno merece elogio singular.

Luis Gonzalez de Medina, Comisario general; valeroso adalid en estas facciones.

Capitan Lorenzo Camilo, soldado de notorio valor y fama.

Capitan Hernando Hortiz de Valder-

rama; puntual y esforzado ejecutor de las órdenes.

Capitan Don Alonso Gomez Hidalgo, que como tal procede á satisfaccion.

Capitan Luis de Laramimensa; cabeza vigilante y valeroso soldado.

Capitan Don Simon de Sotomayor, que sucedió á Lorenzo Camilo despues de la de Curaco; por sus prendas promete ser mayor cada dia.

Capitanes de infantería española, en quien relucc el explendor nobilísimo de la milicia, y que asimismo con sus compañías han servido á S. M. en estas facciones con reputacion militar.

La compañía del Maestre de campo general, que por estar impedido la gobernó su Alférez Juan Carbayo, soldado veterano con más de treinta años de servicio.

La del Sargento mayor del reino Don Francisco de Ceballos, que por su experiencia y valor, calidad propia de su noble sangre, fué empleado siempre en las facciones de mayor monta, cuya compañía la gobernó su Alférez Francisco Alvarez de Toledo, soldado veterano con más de

treinta años de servicio, correspondiendo siempre á sus obligaciones y á las de su Capitan.

Capitan Don Juan de la Barrera; soldado veterano y muy valeroso, de notorios méritos en este reino.

Capitan Luis de Villalpando; conocido por su reputacion y partes militares.

Capitan Juan de Fuenmayor, en quien como en fuente se halla mayor disciplina.

Capitan Don Juan de Zúñiga Arista, que por sangre y soldado de prendas es notoriamente dos veces noble.

Capitan Francisco Coronel; aunque último, merece sublime lugar por propios méritos y porque nació Coronel.

Ayudantes que han servido muy diligentes en estas facciones, como buenos soldados.

Julian Corbo de Ocampo, Ayudante de Capitan general; entendido teórico y soldado práctico.

Sebastian Rodriguez; experto Oficial.

Martin de Ubidia; constante ejecutor.

No podré escribir los progresos futuros, que espero en Dios serán grandes y muchos, porque el señor Gobernador se

sirve de emplearme en el gobierno y tenencia militar de la provincia de Chiloe, en donde es preciso, á fuer de obediente soldado, continuar el servicio de S. M.; que los nobles profesores de honra nacimos con esta natural obligacion, y así por ausente estoy excusado. Si bien no faltará algun amigo de los asistentes en campaña, que con mejor pulso satisfaga á este cuidado. Concepcion de Chile, y Octubre 20 de 658 años.—*Don Martin de Herize y Salinas.*



RELACION

DEL SUCESO QUE TUVO

FRANCISCO DIAZ PIMIENTA

GENERAL DE LA REAL ARMADA

DE LAS INDIAS

EN LA ISLA DE SANTA CATALINA.

Dáse cuenta como la tomó á los enemigos que la poseian, echándolos della, y de la estimacion de los despojos y número de los prisioneros.

CON LICENCIA EN MADRID

POR JUAN SANCHEZ

AÑO 1642.



RELACION

DEL SUCESO QUE TUVO

FRANCISCO DIAZ PIMIENTA

EN LA ISLA DE SANTA CATALINA.

YACE en el Océano una isla, nunca habitada de los españoles, aunque nombrada dellos en el mapa Santa Catalina y de los ingleses la Providencia, en trece grados y tres cuartos de altura, de la equinoccial al Norte, noventa leguas distante de Cartagena de Indias, al Noroeste cuarta del Oeste; corre su costa del Nordeste al Sudeste dos leguas y media, y de circunferencia tiene siete; guarnécenla de tal manera escollos y vajíos, que particularmente se dilatan tres leguas de la cabeza del Norte hácia este rumbo, que la hacen de muy difícil entrada; y aunque estos peligros hacen más seguro y bonan-

cible el puerto, que es casa de muchos navíos gruesos, añaden tal dificultad á su entrada, que sólo della se pudiera fiar su defensa.

Por estas consideraciones, que parece la hacian inespugnable, y por su mucha fertilidad y vecindad á Cartagena y Portovelo, de donde dista sesenta leguas al Norte, la ocuparon los ingleses el año de 629, echando voz era en nombre de un Duque; creció el número de los habitadores en pocos años, de manera que, no contentándose con la labor del tabaco, de que enviaban gran copia á Inglaterra, salian á piratear con gran número de bajeles suyos y de holandeses, á quien hacian acogida muy amigable, y tan apropósito para entrambas naciones, que há más de cuatro años que los unos y los otros tienen totalmente destruido el trato y comercio de las costas de Tierra-Firme, de que se ha seguido á la Hacienda Real y á los particulares gravísimos daños, de que tambien ha tocado buena parte á la Nueva España, á cuyas costas se alargaban, sin perdonar á la de Cuba, Campeche y Honduras, donde el año de 639 saquearon á Trujillo, cuya poblacion se rescató en catorce mil pesos porque no la quemasen.

El Maese de Campo D. Melchor de

Aguilera, Gobernador y Capitan General de la provincia de Cartagena, movido de tan intolerable infestacion, valiéndose de la ocasion de infantería que ofreció la invernada de las armadas de Castilla y Portugal, que del Brasil arribaron á aquel puerto, determinó expugnar esta Isla con ochocientos españoles de las armadas y el presidio, y doscientos negros y mulatos de las compañías milicianas de aquella plaza, y encargó esta faccion á D. Antonio Maldonado y Tejada, su Sargento mayor; el cual, con un galeon de la armada y la Capitana de Cartagena y seis fragatas, partió de aquel puerto á principio de Junio del año pasado de 640, y habiendo llegado á la Isla y echado un trozo de gente en tierra, con tan mala fortuna, que fueron rechazados y muertos los capitanes Juan de Ibarra y Nicolao de Sosa, y hasta cien soldados, volviendo los demas casi todos heridos á tomar las chalupas, no se pudo conseguir otra cosa que desengaño del desprecio que se habia hecho de las fortificaciones desta Isla de su primera fundacion, cuando con menor resto que el referido se intentó y no se consiguió su espugnacion. Averiguóse en esta infeliz jornada que, demás de la fuerza natural, tenía esta Isla en todas las pla-

yas y caletas de su circunferencia, que permitian desembarcacion, muchos baluartes y trincheras, guarnecidas de cincuenta y seis piezas de artillería gruesas y cuatro pequeñas, que la hacian inespugnable miéntras no se aplicase fuerza mayor.

Antes que llegase á España nueva deste suceso, cuando pasaba, determinó S. M. que el almirante Francisco Diaz Pimienta, que siéndolo de las armadas referidas, llegó á la sazon á España con su Almiranta y otros cuatro galeones, volviese á Cartagena á ser General dellas, y que en el ínter que llegaba el tiempo de llevar la plata á España desalojase los ingleses que ocupaban esta Isla; y aunque tuvo órden de ejecutarlo luégo que llegase, habiendo reconocido el General que la empresa requeria mayores prevenciones y aparato de guerra que las que se habian consultado á S. M., comenzó luégo á disponerlas y determinó la jornada para principio de Mayo, que en invierno, que era ya entrado, no se podia ir á buscar la Isla sin riesgo de perder la armada en sus arrecifes. En este ínter dió carena á los navíos, disciplinó la infantería, formando frecuentes escuadrones en que la ejercitó con mucho lucimiento y medra.

Juntó cuanto bastimento fué posible,

sobre dos mil quintales de bizcocho y otros bastimentos que trujo de España que reservó para este efecto, y no pudo haber desde Diciembre hasta Mayo más que el necesario para sesenta dias á dos mil plazas de guerra, y más que propuso llevar como llevó; con que se averiguó que, sin el bastimento de España, no pudiera en Cartagena abastecerse para la jornada, que no debia intentarse con ménos bastimentos que para dos meses.

Salió de Cartagena á la Isla referida, el General, á 6 de Mayo, embarcado en el galeon *San Juan*, de cuatrocientas toneladas, que eligió para su Capitana para asegurarlo con su asistencia del peligro de la mucha agua que hacía, excusando así los sustos que en el viaje le darian con nuevas de que no podria vencer este trabajo, que venía de no habérsele podido dar carena ántes de la jornada. Llevó por su Almirante á D. Jerónimo de Ojeda en la urca *Sanson*, de ochocientas toneladas; y demás de los dos navíos referidos, fueron á esta jornada el galeon *Jesús María*, de Castilla, de cuatrocientas toneladas; *Santa Ana*, almiranta de Portugal, de trescientas y cincuenta toneladas; la urca de S. M., *San Márcos*, y el *Convoy*, de cuatrocientas y trescientas; y la *Teatina*

deste último porte; *Jesús María d' Ajuda*, de Portugal, de doscientas y treinta toneladas; y la charrua *San Pedro*, y tres pataches de á sesenta y á ochenta toneladas.

La infantería que de ambas partes se pudo juntar, sin impedimento de falta de salud, llegó á mil y cuatrocientas plazas, inclusas primeras planas, y con la marinería y artilleros se cumplió el número de dos mil de ambas profesiones; de artillería, municiones y tren de campaña fué bien prevenido, y asimismo de chalupas y lanchas para desembarcar la infantería, que para este efecto fabricó y aparejó con particular atencion.

Llegó la armada á dar vista á la Isla á 17 de Mayo; tardó en montar los arrecifes por haberse hallado vientos escasos hasta 19, y como habia en ella pocos que supiesen los canales, siendo necesario, por no descaecer de las fortificaciones del enemigo, llegarse mucho á los arrecifes, cuyo peligro daba horror, el General, sondeando en una chalupa, guió por la proa de la Capitana, tan atento á no perder el barlovento, que se halló obligado á hacer dar fondo á todos los navíos en una canal estrecha cerca de arrecifes, el dia de Pascua de Espíritu Santo á las nueve de la

mañana, y luégo, habiendo reconocido el fondo y canales que habia de allí á las fortificaciones del enemigo, para no sotaventarse dellas, se volvió luégo á levar y surgió á su opósito con la armada el mismo dia á las tres de la tarde, ménos la urca *San Márcos*, en que iban doscientos y sesenta hombres, alguna parte del tren de campaña y muchos bastimentos y municiones, que no pudiendo montar los arrecifes volvió á arribar á Cartagena; por lo cual está preso el Capitan y Piloto, y se procede contra ellos, aunque todos los Capitanes tenian órden de no empeñar sus navíos debajo de la artillería del enemigo. El Almirante, fiado en que la suya alcanzaria más, surgió adonde un fuerte le iba tratando tan mal, que le echara á pique si el General no le hiciera retirar luégo que anocheció; sintiendo que se hubiese quebrantado la órden que dió, y mucho más porque á la sazon se hallaba este navío con bandera de Capitana. Ardid que inventó el General para divertir al enemigo del sitio que disponia para desembarcar la infantería, para dar el asalto; pero nuestro Señor, que tenía determinado el más conveniente para la victoria, no fué servido dar tiempo para que éste se lograse. Luégo que surgió la

armada, acompañado el General de los Ministros de más puestos, y Capitanes de más experiencia, salió en su falúa á reconocer las fortificaciones de sotavento del puesto adonde su primer dictámen le guiaba, y habiéndole tirado alguna artillería de la mayor parte dellas, reconoció su calidad y los efectos que de ella podian esperar; y, confiriendo la materia referida con las personas ya dichas, se volvió á la Capitana, que halló desamarrada al anochecer, por haber garrado y no haber fondos en que poder largar más áncoras. Largó vela para mejorarse, ordenando que la armada le hiciese farol toda la noche; no pudo volver á tomar surgidero por ser los vientos contrarios. Accidente que tuvo con gran cuidado al General, y á los que deseaban que S. M. fuese bien servido, porque se cifraba el suceso de la jornada en volver la Capitana á tomar surgidero ó nó, y era más contingente lo segundo por las corrientes y vientos contrarios.

Fué Dios servido, que el dia siguiente pudo tomar la Capitana surgidero á fuerza de todas, y este mismo dia amaneció surta entre los vasos una fragata, á quien algunas chalupas de la armada salieron á recibir, creyendo que era alguna de las

que habian salido á piratear de la Isla. Pareció venía de Cartagena con trescientas y cincuenta arrobas de carne, que remitió el almirante D. Francisco de Castrejon, y un moro, que por haberse criado en Francia, en los navíos de su piratería, era tenido por francés, el cual habia llegado de Jamayca despues de partida la armada; porque el General escribió al Gobernardor de aquella Isla, adonde supo se habia huido de un navío de los piratas de Santa Catalina, se lo remitiese para tomar algunas noticias, de que siempre se halló necesitado, pues no halló hombre que le dijese adonde podia surtir con seguridad, ni este moro lo sabia, aunque daba á entender que sí; y no fiándose dél el General para tierra, lo embarcó en la charrua, que cargada de infantería entrase en el puerto, cuya canal dijo él que sabia, y dió con ella sobre las peñas, siguiéndola otro patache, que ambos se sacaron sin daño. Luégo que este moro llegó, le habló el General á solas, habiendo leido las cartas por las cuales entendió que su relacion dejaba á Cartagena en gran confusion, y de allí adelante no permitió que nadie lo comunicase, encargándolo así á un Alférez reformado, á quien lo entregó, porque dificultó la empresa asegu-

rando que habia de hallar mil hombres en defensa de la Isla, y que estaba socorrida de cuarenta piezas de artillería y muchas municiones; el General no se dió por satisfecho de su relacion, y le mandó que no la hiciese á nadie, so pena de que le ahorcaría de un peñol. Esta prevencion fué muy necesaria, porque de la jornada antecedente, que habia sido tan infeliz, quedó la infantería con tanto horror á la Isla y á sus defendientes, que bastaría á frustrar la jornada esta relacion si les fuera notorio como á los de Cartagena, á quien tenía sin esperanza de que se consiguiese la espugnacion.

Para tomar resolucion sobre el sitio ó sitios en que se hubiese de desembarcar la infantería, y que pudiesen votar con los fundamentos convenientes los Ministros y Capitanes que habian de gobernar las tropas, que fueron D. Gregorio de Castellar, Castellano del castillo principal de Cartagena, y los Capitanes D. Manuel de Bañuelos y Velasco, Baltasar de Agayaartur, Antonio de Acebedo, y Pedro Xaques de Magallanes y otros, les órdeno el General, el segundo dia de Pascua, luégo que aseguró en buen fondo su navío, que unos á barlovento y otros á sotavento reconociesen con diferentes chalupas los parajes,

y playas que tuviesen por más capaces y convenientes para el intento referido, para que habiéndolo visto y conferido entre sí, le informasen con su parecer; hiciéronlo así con harto peligro por los muchos balazos que tiraron los enemigos, con que pasaron algunas chalupas y mataron dos hombres de los que bogaban.

El General, miéntras ejecutaban su órden los referidos, embarcándose con Don Antonio Maldonado y Tejeda, que por órden de S. M. sirvió en esta jornada de Maese de campo, volvió en una chalupilla vizcaina á reconocer las fortificaciones de barlovento, que el primero dia no habia podido ver, para mejor penetrar la materia y resolver lo más conveniente; desta vista que el General hizo con particular atencion, por haber conocido inclinacion en algunos Capitanes á desembarcar la infantería en una cañada, que era la tierra más cerca á los navíos, resultó que el General prohibiese como prohibió con precepto inraticable *(sic)* aquel sitio, porque habiéndose llegado á él con harto peligro, reconoció que bastarian cien hombres á degollar toda la infantería si allí se desembarcara, y el Gobernador de los ingleses lo confesó despues que libraba su esperanza de defenderse en la dicha

de ser acometido por allí. Esta misma noche, que se contaron 20 de Mayo, se hizo una junta en la Capitana, adonde tambien se halló el general D. Rodrigo Lobo, que lo es de la armada de Portugal, con quien el General no pudo acabar que se quedase en Cartagena gobernando lo que allí quedaba, porque con su acostumbrada bizarría le acompañó en su Capitana, adonde quedó gobernando la mar, como por la instruccion general estaba dispuesto, miéntras el General se detuviese en la faccion de tierra; y habiéndose juntado los demas Ministros y Capitanes de ambas Coronas, propuso el General que la infantería se desembarcase en diez y nueve chalupas capaces de seiscientos hombres, que en dos barcadas echarian mil y doscientos en la playa del Este de la Isla, inmediata á la cortadura del castillo principal, adonde pareció que se habia de hallar ménos oposicion porque se estrechaban los ángulos de la guerra, cuanto más cerca del centro, que es su mayor fortificacion. A todos, sin excepcion, despues de larga conferencia, pareció se hiciese así, y el General dió las órdenes necesarias para que el dia siguiente se ejecutase ántes de amanecer.

Aquella noche sobrevino mucho viento

y aguaceros que dilataron el juntarse las chalupas en el sitio determinado; y porque el General conoció que segun el viento que corria no se podia llegar á desembarcar la gente á hora conveniente, la volvió á recoger á los navíos ántes de amanecer, y ordenó á los Gobernadores de tropas que la noche siguiente, ántes de la una, estuviesen todos embarcados con su infantería, para tener resguardo de tiempo.

Ejecutóse así, y embarcada la infantería á media noche y puestas las chalupas adonde juntas podrian ir á la vela, sobrevinieron tan recios y contínuos aguaceros, que las chalupas se anegaban; no fué posible librar de que no se mojase le pólvora en los frascos, ni la que de respeto se llevaba á la campaña en zurrones, ni la cuerda que iba para el mismo efecto; dió el General vuelta, con harto sentimiento de que el tiempo le desayudase tanto, á todas las chalupas con la suya, y con gran ánsia deseó saber si alguna infantería habia podido guardar los frascos y la cuerda, en cantidad que con las primeras cargas hicieran calle á los chuzos de una chalupa; le dijo un reformado con harta gracia: «Señor, de las armas de fuego no hay que hacer caso hoy, embistamos á mochazos y

mojicones, que tambien al enemigo se le habrá mojado la pólvora y cuerda». Pero el General, considerando que los setentrionales ingleses usan carabinas de pedernal, respondió: «No me parece mal lo de los mojicones, pero recojámonos á los navíos á enjugarnos, que Dios dará mejor ocasion». Hízose así ántes que amaneciese.

Habiéndose recogido el General con desabrimiento, aunque procuraba encubrirlo, salió al amanecer de su alojamiento ordenando á los ayudantes que juntasen á comer á medio dia en la Capitana á todos los Capitanes, y en este ínter entendió en que se diese pólvora y cuerda y municiones á la infantería, y que se hiciesen como se hicieron mangas ó guardafogones de cueros de vaca, de que se llevaba prevencion para resguardar las armas de fuego de las aguas de que estaba muy metido el tiempo. Juntos todos los Ministros y Capitanes, el General les propuso los daños que cualquier dilacion en ejecutar aquella espugnacion podia causar en la mayor importancia del servicio de S. M., que era llevarle su tesoro y la hacienda de particulares, y que segun lo sucedido en los dos dias antecedentes y el fuerte viento que se continuaba, que dificultaba la ejecucion de lo acordado, habia

considerado que el medio más breve y efectivo era embarcar toda la infantería en las chalupas y tres pataches y una charrua que llevó para este efecto, y echar delante las chalupas á desembarcar la infantería dentro del puerto, que era dónde ménos le habia de esperar el enemigo, y que así por nuestras insinuaciones á barlovento como por las fortificaciones de que fiaba mucho, habia de tener con ménos guarnicion; y que para evitar parte del daño que la infantería podia recibir de la artillería de siete fortificaciones que precisamente las habian de cruzar con las balas, aunque con poco efecto por la velocidad con que irian á la vela, fuesen la charrua y los pataches embarazando las fortificaciones del barlovento con artillería y mosquetería, inquietando de manera al enemigo que tuviese harto que hacer con ellos.

Pareció á todos bien esta resolucion, y el capitan Baltasar de Agayaartur añadió que á la urca el *Rosario*, que por órden del General se habia otorgado á las fortificaciones de barlovento para ayudar al intento referido, se añadiese el otro galeon para que más se divirtiese la artillería del enemigo; y el General le ordenó que pusiese el de su cargo nombrado *Santa*

Ana María, más por condescender con los medios que podian animar la gente que por tenerse por posible, y á aquella hora ni por conveniente aventurar más que un navío de los que habian de convoyar la plata. Acabóse la junta y el General dió las órdenes necesarias para que se embarcase la infantería en los pataches, y estuviese pronta la que tocaba á las chalupas con la pólvora, cuerda y municiones y herramientas necesarias para la campaña.

Viérnes, que se contaron 24 de Mayo, al amanecer, el general Francisco Diaz Pimienta, acompañado sólo del conde Castimellor, en una chalupa vizcaina, dió vuelta á diez y nueve lanchas en que ya estaban embarcados los Capitanes y cabos de tropas con su infantería, habiendo ordenado á los Capitanes que luégo que tendiese, puesto sobre la proa, un lienzo al aire, largasen vela y le siguiesen; hizo la señal referida el General, de las seis á las siete de la mañana, y la Capitana pasó palabra con una pieza que disparó luégo que della se vió el lienzo referido en la mano del General.

Largaron vela todas las chalupas y pataches tan felizmente, que sin hacer caso de tanta artillería como de tantas fortificaciones y baluartes disparaban, que pa-

recia la Isla un infierno, habiendo reparado el General dos chalupas que ántes de llegar á las baterías se desarbolaron por el mucho viento, llegaron todas como movidas de una mano, con bizarría que no puede ponderarse, á las trincheras; de adonde ántes de llegar á tiro de mosquete les dispararon la artillería una vez solamente, porque la velocidad que llevaban las chalupas no dió lugar al enemigo á que diese segunda carga, como el General lo aseguró en la junta que habia precedido, ponderando el daño que la infantería habia de recibir de la artillería.

Llegaron las chalupas á una trinchera alta, con muy buenos traveses, coronada de fagina, á quien el terreno de adentro hacía muy proporcionada, banqueteada, como despues se reconoció, aunque la frente de la mar era de más de un chuzo de alto; hallóse guarnecida esta trinchera, y reconociendo una playa que distaba doscientos pasos della más adentro, hicieron punta las chalupas á la playa, con que los ingleses desampararon la trinchera. Corrieron á recibirlas adonde les pareció que se encaminaban, y podian hacer grande oposicion de unos manglares que sucedian á la playa; arribaron las chalupas de golpe á la trinchera con más velocidad

que llegó la infantería de los ingleses, y aunque una tropa de ochenta dellos que guarnecian otra fortificacion poco distante al Sur, la ocuparon primero que los nuestros, fué tal la resolucion de nuestra gente, que matando al Cabo de los ingleses á estocadas y á otros quince ó veinte, volvió el resto y buena copia de negros que los acompañaban las espaldas poniéndose en huida; y aunque el mayor número de gente, que en las fortificaciones de barlovento esperaba á la nuestra, marchó á gran priesa á recibir las chalupas, la velocidad se adelantó tanto que no les fué posible en llegar ántes que no se hubiese puesto en huida el número referido: con lo cual, juntándose los que primero desampararon las trincheras por suceder en la playa, y los que se pusieron en huida con los que de la parte de barlovento marchaban á recibir las chalupas, se retiraron todos de mar á mar para el castillo principal.

Luégo que el General se apoderó de las trincheras, ordenó á D. Antonio Maldonado que guarneciese las eminencias más cercanas á la guarnicion, con que luégo se puso la artillería ganada, repartiendo centinelas á lo largo que tocasen arma si el enemigo intentase emboscadas, á que

la tierra es dispuesta; y dejando así asegurадas las espaldas, marchó con el resto de la infantería por sobre la trinchera, por hacer ostentacion de la gente buena que llevaba, á acuartelarse como lo hizo en la casa del Gobernador inglés, que está al opósito del castillo principal, y tenía bastantes casas para alojar la infantería.

Habiendo llegado al sitio referido, marcharon de largo seis compañías á alojarse al opósito de la cortadura, á cuya puente levadiza se habian retirado los ingleses, que viendo que se estrechaban los ángulos y no les quedaban más bastimentos que los que habian recogido aquellos dias, como á las tres de la tarde arriaron las banderas que en los castillos tenian, y tendiendo una blanca en una chalupa que enderezó la proa al cuartel del General, por el puesto que se interponia entre él y el castillo, enviaron á parlamentear á dos frailes dominicos que habia tres años que los tenian presos.

Habiéndolos oido el General con grande alborozo y reverencia, porque le tenía lastimado la larga prision de estos religiosos, y conocido el afecto religioso con que intercedian por hombres que tan mal los habian tratado, negándoles, sin embargo, todas las condiciones que en su

nombre le pidieron, excepto las vidas y pasajes, los hizo volver al castillo acompañados de cuatro Capitanes, que en su nombre aseguraron al Gobernador inglés las vidas de todos, pasaje hasta Cadiz, y que de allí se hubiesen de ir á su costa de Inglaterra, y que los trataria con mucha benignidad, sin permitir que á las mujeres se les quitase su ropa de vestir ni de dormir, como se hizo.

Los Capitanes lo asentaron así despues de largas conferencias, y luégo volvieron acompañados del Gobernador y Sargento mayor y Capitanes, y otros muchos Oficiales, que vinieron á besar la mano al Gobernador y darle las gracias de la clemencia que habia usado con ellos, asegurando que ésta los tenía más vencidos que las armas, porque de otra manera estaban determinados á morir defendiendo su fortificacion principal, ya que Dios, tomando por medio el viento con que las chalupas pudieron tan velozmente desmentir sus intentos, se habia servido de imposibilitarlos de defender la desembarcacion de nuestra infantería. El General los consoló y agasajó, asentando sus brindis tan usados entre ellos, y ordenó que luégo marchasen dos compañías, que aquella noche quedaron de guardia en el castillo,

encargando á los Capitanes el tratar con gran cortesía á las mujeres, que todas se recogieron á él y llegaron á número de sesenta, casadas y solteras. El dia siguiente, sábado, que se contaron 25 de Mayo, el General, acompañado de el de Portugal y de su almirante Diego de Flete Mascareñas, que para este efecto y para dar la enhorabuena á su señoría se desembarcaron, y del conde de Castilmellor, que en esta jornada vengó la muerte del capitan Nicolás de Sosa, su hermano, cuya rodela halló en las trincheras, y de los demas Caballeros, Capitanes y Oficiales de ambas armadas, fué á tomar posesion del castillo, á cuyo tránsito tenian los ingleses cosa de ciento cincuenta carabinas y mosquetes, y otras armas echadas por el suelo, y á la puerta abatidas las banderas de infantería y la del castillo. Entró el General con un lucidísimo triunfo, que hizo olvidar los sinsabores y peligros de la empresa.

Tomado posesion del castillo, se dijo misa entre cuatrocientos herejes, á quien se hizo estar con la reverencia debida, y se dieron gracias á Dios con el himno de *Te Deum laudamus*. Acabada la misa y estacion de gracias, entró el General en una pieza adonde estaban las mujeres y las vi-

sitó con la cortesía de paz que se usa entre ellas, y las consoló y aseguró que hasta ponerlas en Cádiz y solicitarlas allí su embarcacion para Inglaterra, las asistiria con mucha atencion á que todos las respetasen; ellas lo agradecieron entre grandes sollozos y lágrimas que pudieran enternecer al más duro de corazon, porque son algunas mujeres hermosas y modestas.

Muy festivo fué este dia para toda la armada, y en particular para su General que tan bien logrados vió tantos desvelos como le costó esta jornada, en que se ofrecieron mayores dificultades que vencer en los ánimos de los amigos y Ministros de S. M. que en las armas de los enemigos, como es notorio á los que desta materia tuvieron noticia; pero no hay trabajo que lo parezca á la gloria del vencer, y á la experiencia que el General hizo del verdadero amor con que la infantería, agregando los unos con los otros por llegar ántes á abrazarle, acabadas de ganar las trincheras le dijeron amorosas alabanzas, tan afectuosas en los portugueses como en los castellanos.

Determinó el General la vuelta á Cartagena con la mayor brevedad que se pudiese, y que quedase guarnecida la parte de la cortadura que incluye el castillo

principal con treinta y dos piezas de artillería, muchos artilleros y copioso número de infantería, hasta que S. M. se sirva de mandar lo que más convenga, y que la demas artillería se embarcase, como se hizo; y para hacer aguada mandó que los navíos bajasen á ponerse sobre el rio, y que los demas navíos siguiesen la Capitana, adonde iba un inglés plático y el Piloto mayor que habia sondado la canal por donde habia de entrar, é hiciéronlo así todos ménos el Piloto y Maestre del navío nombrado *Nuestra Señora, d'Ajuda*, de doscientas y treinta toneladas, de particular, embargado por la corona de Portugal, que contra la órden se adelantó á la Capitana y se perdió sobre los arrecifes, de que el General salvó por su persona la artillería, pólvora, municiones y bastimentos, que es lo que pertenece á su Majestad, y los aparejos que pertenecian á su dueño.

De esta pérdida resultó que un marinero dijo á otros que este navío no podia parar en bien, pues quiso Dios que no lo llevasen á Portugal, como lo intentaban queriéndose alzar con él, y que se perdiese aquí tan bobamente. Llegó esto á noticia del General, que dentro de una hora hizo prender á dos Alféreces reformados, cabe-

zas desta traicion, y los hizo arcabucear y colgar de los peñoles de la Almiranta, el dia que la armada salió de Santa Catalina; en que el General de Portugal, á quien cometió el de Castilla la causa, y el conde Castilmellor, procedieron con grande afecto de amor al servicio del Rey, nuestro señor, pareciendo cualquiera dellos fiscal desta maldad, que entónces no pareció que habia hallado acogida en gente noble. Embarcada la artillería y los negros, que llegaron á trescientas y ochenta cabezas, ambos sexos, inclusos niños, y los ingleses, que llegaron de la misma manera á trescientos y noventa, siendo sesenta las mujeres, partió la armada de Santa Catalina de la Providencia, cuyo gobierno quedó á cargo de D. Jerónimo de Ojeda, Capitan de mar y tierra de la Almiranta de la armada, que en esta jornada sirvió de Almirante, á 6 de Junio, y entró en Cartagena la víspera de San Juan, que hizo la ciudad gran demostracion de alegría justísima, acompañado en forma de ciudad de la Capitana con diputados, y de el muelle á la iglesia y desde allí á su casa con la Justicia y Regimiento. Hoy el General gozó el dia de mayor lucimiento y aplauso, festividad de artillería, luminarias y otros regocijos que otro ninguno en las Indias;

estuvo la infantería del presidio y la miliciana disparando contínuamente, hecha calle por donde pasó el General, en cuyo semblante se conoció que no desperdiciaba la gloria que debia dar á Dios de tan singular triunfo; en que se le abatieron tantas banderas con tanta reverencia como afecto. La compañía de Jesús celebró esta victoria con un coloquio de la vida de San Pablo, y en su primer jornada lo refirió accion tan lucida como aplaudida. No halló el General las Capitanas y Almiranta Real tan adelante como creyó en las carenas, porque la larga demora en Cartagena causó necesidad de mayores reparos, que aunque con esta consideracion esperaba, por lo cual determinó pasar luégo por la plata á Portovelo sólo con los navíos que habia vuelto de la jornada de Santa Catalina, ménos el galeon *San Juan*, que no podia apénas sustentarse sobre el agua; y, aunque con este intento no permitió pasasen del castillo adentro, no pudo salir hasta 9 de Julio, porque hasta aquel dia no se acabó el reparo de los descalabros del armada, particularmente un timon nuevo de la urca *Sanson* á quien los ingleses lo troncharon de un balazo, y aunque el General, haciendo trabajar de noche, como

cuando conviene lo acostumbra, pudiera anticipar la partida, se entendió que lo dejaba de hacer porque su asistencia adelantaba las obras de las Capitanas: y por una carta que tuvo del señor Virey del Perú, hizo tan ajustado cómputo que salió de Cartagena el dia que la plata llegó al puerto de Perico, de Panamá, y sirvió de Capitana la urca *Sanson* en la conduccion de la plata á Cartagena, donde se quedó continuando la carena y obra de los navíos referidos, y de otro de particular de los de plata, que por haberlo hallado pasado de broma se aforró.

Llegó la parte de armada en que conduce la plata á Cartagena, á 15 de Julio sobre Portovelo, de adonde fué vista, y habiendo sobrevenido calma, que en tres dias no pudieron gobernar los navíos, las corrientes los llevaron hasta el Cabo de Tiburon, y el General, previniendo este accidente, por ganar el tiempo que le podria detener en la mar, despachó el dia siguiente, que se contaron 16, al capitan Juan de Sosbaga Garay, en una chalupa, con cartas para el Presidente de Panamá, y Jueces y Oficiales de Tierra-Firme, pidiéndoles que hiciesen bajar la plata á Portovelo, con tal brevedad que la armada no se detuviese ocho dias en él. No

pudo llegar por las corrientes contrarias y calmas que le continuaron hasta postrero de Julio.

No halló el General la plata en Portovelo, como creyó, sino una carta de Don Andrés de Leon Garabito, que como Oidor más antiguo preside en el Audiencia, en que le decia no haber bajado la plata, por el rebelion de Portugal y otras causas que ocasionaban reparo en la materia; por lo cual comunicó el General á la Audiéncia las últimas órdenes que en los avisos habia tenido de S. M., para que con la noticia dellos se determinase lo más conveniente á su servicio.

Viéronse las órdenes en el Audiencia; introdújose en ella junta del General de la mar del Sur, D. Francisco de Guzman y Toledo, y el Maestro de campo, D. Pedro Estéban de Avila, y otros soldados, y resolvióse, á 4 de Agosto, que se remitiese la plata luégo y se embarcase. Llegó la primera recua de treinta cargas de plata de S. M. á Portovelo á 13 de Agosto, y la última á 24, y aunque el General se hallaba apretado de unas tercianas dobles, habiendo hecho ajustar los registros, se embarcó á 27 para partir luégo; lo cual no pudo hacer hasta 30, porque ventó viento Sudoeste, que aunque era favorable para

Cartagena, no permitió la salida hasta el dia referido.

Llegó la plata á Cartagena felicísimamente, á 5 de Setiembre, y el General, ya libre de sus tercianas, hizo junta sobre la partida á 6; y, porque los Pilotos ponderaron mucho el riesgo de la conjuncion de Octubre, resolvió detenerse hasta 7 del mes, y para entónces quedó determinada la partida, y despachó á S. M. aviso para sacarle del cuidado en que lo tenía esta dilacion.

Halló la ciudad y presidio de Cartagena muy alborotada, porque el capitan Antonio de Acevedo, Caballero del órden de Cristo, de buenas partes y opinion, avisó, á 29 de Agosto por la mañana, á D. Antonio Maldonado de Tejada, Gobernador de las armas desta plaza, y al capitan D. Francisco Castejon, que habia quedado sirviendo oficio de Almirante, y aprestando cuatro galeones para llevar plata (que eran las dos Capitanas de Castilla y Portugal, Almiranta real, y otro), que la noche antecedente el conde de Castelmellor, acompañado del capitan Pedro Xaques de Magallanes, que por su órden lo habia llamado estando en su casa, le habia persuadido que le siguiese y estuviese á su devocion en lo que tenía dispuesto y pen-

saba hacer, que era ganar las cuatro fortificaciones del puerto y apoderarse de Gigimani, donde estaban almacenados en casa del General los bastimentos, municiones y velámen que el General habia ordenado á su Almirante no se embarcasen ántes de su vuelta, ni la pólvora que dejó almacenada en el castillo principal desta plaza, (no porque tuviese por fatible como ningun soldado lo ha tenido el intento que se dita, sino porque su atencion y desconfianza en que estaba lo previene todo, y sustentarlo todo hasta prevenir y armar las dos Capitanas que pensaba llevar á Lisboa), y respondiéndole Antonio de Acevedo, que cómo pensaba de un caballero de sus obligaciones y de su juicio cosa tan indigna é imposible, le respondió, que el capitan de la Capitana estaba á su devocion y se lo facilitaba. Esto se presume se lo dijo el Conde por moverlo, y reconociendo el Acevedo la determinacion de los dos, que habian quedado de mal semblante con su respuesta y podrian ponelle las pistolas en la cara, dijo que el negocio era árduo y requeria meditarlo, que le diesen término de allí á la mañana siguiente; con que se apartaron, y vuelto á su casa Antonio de Acevedo, comunicó el caso con Antonio de Acevedo Falcón,

Gobernador de infantería portuguesa, y el capitan Antonio Raposo, sus camaradas, y determinaron dar el aviso referido al Gobernador de las armas; fingiendo se veian velas enemigas, tocó cajas, y se puso en arma. Fué preso luégo el Conde, y Pedro Xaques, y los Capitanes sus camaradas y de su séquito, sin que hasta entónces hubiese contra ellos otro indicio; recogiéronse las armas de la infantería portuguesa, y dobláronse las guarniciones hasta que llegó el General, que va prosiguiendo en averiguacion, que no es fácil, siendo singular la declaracion de Acevedo, y habiendo negado Pedro Xaques en el tormento, aunque el caso se tiene por cierto y evidente, así por las circunstancias y diligencias que el Conde ha hecho para enderezar los testigos á desmentir su salida aquella noche con Pedro Xaques, como por la buena opinion que el capitan Acevedo tiene entre los portugueses, y amistad que profesaba con el Conde sin que haya habido accion contraria.

Mucho ha deslucido este suceso la estimacion y confianza con que en lo exterior ha tratado el General esta nacion, por obligarlos, y aunque la continue con los que no son indiciados en este delito,

tiénese por cierto que los llevará muy enfrenados con la tribulacion de la armada, pues el caso es tal cual no se halla en las historias, que haya gobernado otro General con tal destreza.



ÍNDICE.

Págs.

OBRAS PUBLICADAS.

I. Delicado.—La Lozana Andaluza.
II. Verdugo.—Guerra de Frisa.
III. Muñon.—Tragicomedia de Lisandro y Roselia.
IV. Cancionero llamado de Stuñiga.
V. Villegas Selvago.—Comedia Selvagia.
VI. Lope de Vega.—Comedias inéditas. Tomo I.
VII. Milan.—El Cortesano.
VIII. Pero Tafur.—Andanças é viajes.
IX. Silva.—La segunda Celestina.
X. Lúcas Rodriguez.—Romancero historiado.
XI. Hurtado de Mendoza.—Obras poéticas.
XII. Tirso y Guillen de Castro.—Comedias.
XIII. Varias Relaciones del Perú y Chile.



